VICENTE
MOLINA FOIX

La Quincena Soviética

Premio Herralde de Novela

Narrativas hispánicas

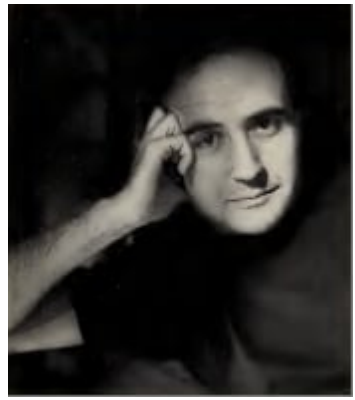
Editorial Anagrama

LA QUINCENA SOVIÉTICA

VICENTE MOLINA FOIX

Premio Herralde de Novela

Narrativas hispánicas
Editorial Anagrama



Vicente Molina Foix nació en Elche, estudió en Madrid y es en la actualidad profesor de filosofía del arte en la Universidad del País Vasco (San Sebastián), después de haber residido ocho años en Inglaterra, donde se graduó como Master of Arts en la Universidad de Londres y fue durante tres años profesor de literatura española en la de Oxford. Conocido crítico de cine y, en ocasiones, guionista, su labor literaria se ha desarrollado principalmente —desde su inclusión en la histórica antología de Castellet *Nueve novísimos*— en el campo de la novela. Principales publicaciones narrativas: *Museo provincial de los horrores, Busto* (Premio Barral 1973), *La comunión de los atletas* (cuya traducción al francés acaba de aparecer, sobre un texto original revisado y ampliado), Los *padres viudos* (Premio Azorín 1983). En 1985 se estrenó en Madrid su obra teatral *Los abrazos del pulpo*, y en 1987 recogió en el libro *Fan fatal* una selección de sus artículos periodísticos sobre televisión.

Eran todos jóvenes y provincianos, y en todos estaba tan firme la convicción política como el deseo de entrega a los requerimientos del Partido. Habían aprendido de un instructor campestre la diferencia entre el valor de cambio y el valor de uso, pero su célula quedó desmantelada y fueron enviados a Madrid, en donde pronto averiguarían que en la ciudad las cosas no tienen nombre y que los peligros de la *vida personal* también acechan a los jóvenes comunistas.

Su divertida peripecia, llena de sorpresas y centrada en esa arriesgada, quimérica y fundamental *Quincena Soviética* que da título a la novela, discurre a través de varios ejes: la España de los últimos años 60 (reconocibles, pese a la ausencia expresa de fechas, por los sucesos históricos que jalonan el relato), Madrid y sus conflictos universitarios, y, sobre todo, los saltos de identidad del protagonista

que, al margen de la lucha política, «sufre de sentimientos» y se verá enredado en una sucesión de lances eróticos y familiares de comicidad irresistible.

Luego, cuando este protagonista-narrador se aleja de aquel entorno en el que convivían recios dirigentes del Partido, escrupulosos intérpretes de Lukács y Freud, y una estrafalaria galería de «despojos del Fascio», la novela adquiere, en el largo y trepidante episodio valenciano del desenlace, resonancias metafóricas que trascienden la doble personificación de un *héroe* escindido entre el compromiso de una «servidumbre voluntaria» y las dulzuras de lo «personal».

El retrato de una época y de una generación, los fetichismos de la militancia, la crisis de las creencias dogmáticas, las fugas de una voz que oscila del yo al *nosotros*, se integran y enriquecen con una sutil reflexión sobre los simulacros de la ficción y la posibilidad revolucionaria de cambiar o reinventar la realidad recibida.

La sabiduría narrativa de Vicente Molina Foix, que sorprenderá a sus lectores por el sostenido y brillante recurso irónico de una prosa que encuentra en todo momento el equilibrio entre lo sublime y lo grotesco, hace de *La Quincena Soviética* un hito importantísimo en la trayectoria literaria de su autor y uno de los más significativos logros de la narrativa española contemporánea.

Portada:
Julio Vivas
Ilustración: cartel de L. Golovanov, 1946

© Vicente Molina Foix, 1988

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1988
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-1771-4
Depósito Legal: B. 41680-1988

Printed in Spain

Libergraf, S.A., Constitució, 19, 08014 Barcelona

El día 7 de noviembre de 1988, *La Quincena Soviética* fue galardonada, por unanimidad, con el VI Premio Herralde de Novela por un jurado compuesto por Salvador Clotas, Juan Cueto, Luis Goytisolo, Esther Tusquets y el editor Jorge Herralde.

a Rafael Ruiz de la Cuesta
a Amaya Lacasa

Yo no soy un auxilio, desgraciadamente no soy más que una vo2. Y esta voz debo consagrarla sin cesar a mi trabajo. Sólo en raras ocasiones, cuando no queda más remedio, ella irrumpe en la vida con la fuerza que ha adquirido en la soledad.

R.M. RILKE

I

Entramos en Madrid por la puerta trasera. No por las autopistas de farolas lechosas y señales colgadas de los postes, sino por un camino de tierra donde los automóviles de faros apagados nos dejaron cuando ya no podían avanzar más. Andando y tropezando en las piedras que la linterna alumbraba mal, cargando con la bolsa de muchas mudas en la espalda, lo primero que vimos de la ciudad, debajo de su cielo de letreros luminosos, fue el barranco de las montañas de basura, un cobertizo donde asaban carne y sonaba la radio, una niña gitana con un parche pirata en el ojo derecho, el rabo de un asno manteniendo a raya a los moscones.

Desde la provincia Madrid nos parecía un gran teatro más que una capital. Las fotos de sus calles del centro y sus alturas, el parque recortado entre la caravana de autobuses y coches, la distancia tan grande de una persona a otra al cruzar las anchas avenidas, eran para nosotros telones de una obra moderna a escenario vacío, segundos antes de que salga el actor.

Por eso, pese a las estrecheces y el peligro del viaje, todos nos acercábamos con la ilusión de los que van a ver su primera función. Pero esa noche de estreno no compramos billete para entrar en el teatro por la puerta de la fachada. Nos íbamos colando una vez acabada la representación de día, próximo ya el amanecer, y por la oscura entrada de artistas.

Callados, porque a esa hora no nos tocaba recitar ningún pasaje del papel aprendido, recorrimos de dos en dos las calles cortas del norte, hasta que nos vimos unos a otros con alivio concentrados, llegadas las dos expediciones sin contratiempo, bajo la torre del agua de la Plaza Castilla. El primer acto había acabado bien. El descanso consistía en bajar de nuevo separados por la gran avenida iluminada, ruidosa de los coches, flanqueada de árboles, mirando sin curiosidad los edificios de cristal.

Esa primera noche dormíamos en habitaciones provisionales, lo cual acrecentó la sensación de ser actores ambulantes que no tienen tiempo después de acabada su representación de cambiarse de ropa para salir camino del siguiente casino recreativo. Sin abrir las maletas ni quitarnos los pantalones nos acostamos en camas-turcas y colchones sacados al pasillo de un apartamento elegante de la calle Profesor Waksman, y al día siguiente, sin ver la cara de los niños de la casa que habíamos oído pedir agua en sueños durante la noche, sin hablar de nosotros mismos ni querer saber nada de la vida de la pareja que nos

sirvió tazones de café y pan tostado, abandonamos ese lugar y nos trasladamos en dos taxis a la Pensión Tiziano. Los ocho estaríamos juntos varias jornadas en el mismo rellano del edificio próximo al Museo del Prado, atendidos con mimo por la patrona colaboradora.

Todos nosotros éramos de fuera, nacidos casi todos a lo largo de una línea quebrada de pueblecitos de montaña. Éramos todos de Burgos y provincia, Y allí, en la capital donde juraron los fascistas su siniestra alianza de guerra y donde nuestros padres desfilaron por la explanada de las Huelgas bajando la cabeza ante el pendón de Miramamolín, todos nosotros despertamos a la verdad. Todos nacimos siervos burgaleses y en Burgos nos hicimos hombres libres.

Pero cayeron las' células de Burgos por una delación. Cayó, primero *Portu* (de «Portugués»; lo era), y su caída fue irreparable: cayó de un disparo al escapar por las escalinatas de la Puerta de la Pellejería, mientras en la Catedral, ajenos al crimen que se cometía a sus espaldas, los burgaleses cantaban una rogativa a su Virgen. También cayó *Cayuela*, nuestro instructor en las sierras de la Demanda, donde algunos nacimos. Y *Cayuela* cayó desde un tercer piso al patio interior de la comisaría, tan maltratado ya antes del empujón que murió dos días más tarde no por las fracturas sino por un derrame interno; la cara del cadáver, dijo su hermana al salir del depósito, estaba rameada de manchas color púrpura.

A esas dos bajas siguieron tres detenciones más de camaradas del comité de zona: se insinuó que *Cayuela* había hablado bajo las garras del comisario Merlo, pero nosotros, los que creímos en su palabra subidos a los árboles del valle del Arlanza, los que durante un año bajábamos los sábados desde la aldea a Burgos para escuchar en una casa parroquial sus lecciones de la plusvalía y leer por encima el ejemplar sobado de *Mundo Obrero,* no pudimos creer que él fuese un soplón.

Juliana y *Mercader* lograron escapar, y nosotros, aún muy primerizos para poder reorganizar el aparato provincial, nos trasladábamos a Madrid por cuenta del Partido. Burgos quedaba desmantelada por completo, a merced de las operaciones de castigo de un policía sanguinario, pero la comisión en Madrid contribuiría a formarnos para el día en que tuviéramos que regresar a nuestra tierra de origen.

Éramos todos jóvenes, todos de poco más o poco menos de veinte años, pero en todos estaba firme la convicción política y el deseo de entrega a los requerimientos del Partido. *Cayuela* no sólo nos hablaba a la sombra de los nogales de la diferencia entre el valor de cambio y el valor de uso, sino que nos proporcionó los medios de mejorar. Del grupo burgalés cuatro pudimos estudiar en la capital hasta acabar el

preuniversitario con unas becas que en casa atribuimos a un fondo generoso de Acción Católica, y otros cuatro siguieron en el pueblo haciendo agitación de plaza.

Separados por los deberes escolares y las cabras pero unidos por la palabra semanal de *Cayuela*, los ocho mantuvimos en los meses de formación y después, cuando empezaron las grandes pruebas, la camaradería de los años de juegos infantiles, fortalecida por la doctrina que nos había hecho iguales.

Al principio Madrid nos gustó a todos, a los de estudios y a los trabajadores. Puede que fuera una contradicción de base, pero la misma necesidad de cambiar con frecuencia de domicilio nos animaba: sentíamos así las emociones de la aventura cosmopolita, acostumbrados todos hasta entonces al horizonte chato del campo y a la rutina de una ciudad de desfiles militares.

La consigna de los primeros meses de infiltración fue hacerse pasar por miembros de una tuna universitaria de provincias que estaba en Madrid con el objeto de recaudar fondos para el viaje de fin de curso. Sabían nuestros camaradas dirigentes que a unos cuantos nos gustaba la música y dominábamos la bandurria y el acordeón, por haber sido de más jóvenes payadores con premio en las competiciones de la ribera del Duero. Tres de nosotros fuimos en Burgos primeras voces del coro del colegio donde, con más edad que los niños de pago, estudiamos internos con la beca.

Repugnaba a nuestros principios vestir ese disfraz de cintas, capa y calzas negras para entrar con mucho ruido de pandereta en los mesones de la Plaza Mayor, cantando alegremente a los turistas norteamericanos y recibiendo de ellos, peones del imperio, enemigos de clase, dinero fuerte. Aprendimos el repertorio de canciones de universidad, pero de vez en cuando, al retirarnos de madrugada por las calles de los humildes, nos permitíamos un desahogo de fraternidad cantando nuestras antiguas trovas de labriego y las mejores romanzas de zarzuela.

Los meses de la tuna eran de espera y ensayo, haciendo tiempo hasta que llegara octubre y los cuatro de estudios iniciásemos con matrícula en regla la carrera universitaria. Pero aun así era desesperante para unos impetuosos de la revolución cantar de noche la belleza de la española rondando a las solteras yankis de los hostales y por el día, como único gesto subversivo, darle a la manivela de la multicopista.

De las pensiones con dueñas conchabadas teníamos que trasladarnos un día, de repente, a los buenos hoteles, pagando con talones de viaje y mirando desdeñosamente a los conserjes. Fingir el despotismo era muy duro, sobre todo el día en que nos llevó el pesado baúl cargado de panfletos un botones de la Gran Vía que fue reconocido por uno de nosotros como antiguo pastor de un pueblecito de la Bureba. El niño nos miró en el ascensor, con el color de su tierra encendido en la cara, pero no identificó a su paisano.

Aprendimos el arte del disfraz, y alguno de nosotros se reveló como actor convincente a la hora de aparentar ante un propietario preguntón o un policía de paso. Menos apasionante fue el recurso de los cambios de nombre. Con estampillas y tiras de plástico, con el rodillo negro de tinta para las huellas digitales, falsificamos en una imprenta de Móstoles los carnets de identidad, pegando nuestro rostro peinado al fijador junto a apellidos patronímicos.

Costaba mucho esfuerzo acostumbrarse a responder a esos nombres de fantasía, y por ello celebrábamos al atardecer sesiones funerales: oír una y otra vez en rotación el nombre de los vivos que no existían pensando en el yo muerto de nuestros apellidos de cuna.

Y había que aprender no sólo el propio sino el de los demás. Si al cabo de unos días de ejercicio alguno de nosotros no reaccionaba cuando de sopetón, adormilado en el sofá o friendo un huevo, se le llamaba por el apelativo de su nueva persona, ése acumulaba una falta en el registro.

Como medida nuestra, al margen de la disciplina del Partido, teníamos castigos señalados. Pequeñas penitencias que sabíamos imponernos unos a otros y cuyo acatamiento contribuía no sólo a la mejora de los asuntos domésticos sino al orden de una convivencia tan sobresaltada.

Gustándonos, la vida de gran ciudad nos hacía pensar a menudo, por contraposición, en la vida pueblerina y campesina. En el campo todos éramos alguien, incluso los que no podían leer ni firmar con la mano entera; allí todos teníamos figura, un cuerpo plantado en la tierra, con los pies encima de un arado o pisando el suelo humedecido del corral, dueñas las manos del utensilio que manejan. En la ciudad no pisábamos en firme, y no sólo porque el gran hotel y la fonda simpatizante estaban en pisos altos, sino porque antes de dar un paso hay que volver la cara: nos pueden vigilar.

En la ciudad ocurren muchas cosas de mérito, y algunas las podíamos aprovechar para nuestra cultura, que era de campo y elemental. En los sembrados nunca hay acontecimientos, pero vemos enteros los esquejes, el surco, la caseta de los aperos, el animal. Y todo lo que se divisa tiene nombre. Todos nosotros somos capaces de designar hasta lo más pequeño: trailla, cruz, almiar, tijereta, mantillo, morera blanca y negra, larguero de la puerta de la casa. En la ciudad los objetos se borran muy deprisa, y no es necesario darle a cada uno una palabra. ¿Alguien sabe nombrar las cosas que se ven en la ciudad? La ciudad es abstracta.

Cuando vivíamos cerca de la naturaleza, en Burgos, en los pueblos de Burgos donde unos se infiltraban entre los jornaleros y otros nos preparábamos para tener respuesta a las preguntas más rebuscadas de la historia, los días eran continuos. Beber la leche tibia de la ubre que desde niños hemos sabido ordeñar y oír de la boca fogosa de *Cayuela* las conclusiones del XX Congreso eran actos consustanciales de una jornada; no veíamos quiebra entre bajar de la majada con las cubetas del queso reciente y entrar de noche en la ferretería del Anarquista, que nos dejaba su trastienda para confabular aunque no compartía nuestras ideas.

En el campo estábamos dentro de las cosas que nos rodean. En la ciudad andábamos a la intemperie. Abiertos todas las horas del día a una experiencia indecible, a un presentimiento que nunca dejaba de ser profecía. Sólo el objetivo de nuestra misión, las órdenes salidas de una esfera superior y más lúcida, la promesa del vuelco, nos mantenían conformes con esa fermentación insana de la vida ciudadana.

En la ciudad la militancia es menos franca que en el campo, donde la entrega a cuerpo entero de sus pobladores tiene en sí algo de profundo compromiso. En la ciudad la militancia se parece al trabajo

de una máquina; no se recoge allí el eco inmediato de las palabras que conducen a la manada. Nuestra tarea en la ciudad es más un simulacro que afecta a la apariencia de las cosas sin llegar al centro de las cosas. Los policías vigilantes y las leyes que los amparan están en la ciudad tan cerca del poder que la lucha contra ellos forma parte inmediata de la historia; en el campo se difumina la sombra de las fuerzas del orden, y es posible hacerse a la idea de estar rectificando con nuestra acción el curso de la naturaleza.

A los tres meses de la llegada a Madrid todos estábamos de acuerdo en preferir las tronadas del campo al chispazo de los anuncios publicitarios.

Y no podíamos almacenar en la ciudad: allí eran imposibles las propiedades pequeñas. Comprábamos camisas de hilo en las tiendas del barrio de Salamanca y carteras de piel de Loewe, para hacernos pasar durante cuarenta y ocho horas por industriales jóvenes en los hoteles, y tres días más tarde volvíamos a nuestro ser de tunos. Por eso acarreábamos muy a menudo maletas llenas de los objetos caros y las prendas de los señores. Hasta que un día, cuando ya se anunciaba en la prensa pero aún no en el cielo el final del verano, fuimos todos cargados a la Estación del Norte.

Allí, bajo la cúpula de vidrio y nervios de metal que repetía el ruido de la lluvia más enérgicamente de lo que ella misma había sonado en el pavimento unos minutos antes al bajar del taxi, depositamos en la consigna automática los neceseres y bolsos que nunca volveríamos a retirar.

Con el cambio de clima y de vida la vieja ropa, el disfraz de trovero, de viajante, de sereno gallego, de chico del reparto, de bobo de los pueblos, de enfermera, no hacía falta.

Pero aquel día, para ahuyentar sospechas, nos paseamos, una vez enterrado el vestuario en esas sepulturas de metal, por las salas de espera y tomamos cerveza y bocadillos, mostrando un aplomo que ninguno tenía. El expreso de Oviedo estaba a punto de partir, y nos permitimos una valentonada de disimulo: subimos a los vagones de 1.ª con seriedad, nos acomodamos a espaldas del revisor, y bajamos cuando el convoy aún no había tomado velocidad abriendo los portillos sobre una vía muerta.

Sólo de vez en cuando caíamos en esas veleidades. Flaquezas que hay que entender por el desgaste de la vida encubierta y los desequilibrios de la ciudad grande, por una inclinación natural a hacer algo distinto de esas necesarias pero decepcionantes tareas de interior que llenaban nuestro paréntesis táctico.

La bravata de la Estación del Norte fue un antojo de niños. Pero el más pensado y expuesto de aquellos meses de calor fue la tarde que pasamos en *Gladiator 2000*.

Era el local «donde *la juventud más*, baila», según decía el cartel de cartón-piedra que ocupaba la parte superior de la fachada —bajo el rótulo de tiras de color que cambiaban según el viento—, adornado de parejas muy delgadas en posición de baile, ellos pintados con pantalón estrecho y botas de vaquero, ellas con falda volandera; todos tenían ojos y pelo de extranjeros.

Y había más. A partir de las siete, cuando abrían las puertas de la sala, un arco de bombillas bicolores se ponía en movimiento siguiendo la silueta de las figuras más destacadas del cartelón: un muchacho fornido con torera de malla gruesa, rodilleras de hojadelata y abarcas, que, en la primera posición, extendía los largos brazos cubiertos de grilletes hacia su pareja, una rubia pequeña vestida con la túnica larga y la diadema de los cristianos de la primera época. Las bombillas fluctuaban y, en una segunda posición, la cristiana, empujada por aquellos brazotes, se deslizaba bajo las piernas lustrosas del luchador, con los pasos del *rock-and-roll*.

Este truco del ilusionismo eléctrico nos llamó la atención desde el primer día; desde el primer día en que pasamos ante la puerta de *Gladiator 2000*, ya que vivíamos a tres manzanas de la discoteca y era imposible no verlo a diario. Luego estaba el olor, como un reclamo para otro de nuestros sentidos más adiestrados. Olor que coincidía, también a partir de las siete, con el despliegue de luces, subiendo de los sótanos hacia donde veíamos bajar corriendo a los chicos y chicas que habían comprado su entrada en la taquilla. Olor de muchos cuerpos juntos que se sintetizaba en el olor de un cuerpo, y no malo; fuerte y pegajoso, pero con las esencias que sólo la carne que trajina sin trabajar despide.

El vaho de las siete de la tarde nos producía un picor de curiosidad en la nariz; diestros en el olfato de las flores y las bestias más puercas, aquel sudor humano nos pareció el colmo del artificio.

Lo hicimos una tarde de julio. Y lo hicimos sin apenas hablarlo.

Faltaban cuatro días para un nuevo cambio de domicilio, faltaban muchas horas para la cena, las barajas estaban calientes de lo sobadas. Con el guiño serio y bien medido de los que están acostumbrados a hablar con la mirada, lo decidimos. Tres, tres y dos, así nos agrupamos, y a las ocho, con intervalos de diez minutos, entramos en *Gladiator 2000*.

La música de baile se confundía con el rugido de las fieras; abajo continuaba la ilusión romana y anacrónica del cartel exterior. En la pared había nichos, y una red de pasillos oscuros comunicaba las cuatro barras con la zona de los servicios y el guardarropa, atendido por una matrona clásica. Los leones rugientes eran estereofónicos, pero el chico que ponía los discos desde un palco de gradas llevaba faldellín y corona de laurel, y cada vez que animaba a las parejas en el baile más suelto levantaba un tridente. Las camareras imitaban el atuendo de la muchacha mártir de la fachada; la pista, de color arenoso, tenía ya adheridos unos charcos de esmalte rojo.

Los ocho camaradas nos perdimos entre las catacumbas y los cientos de competidores, y sólo al cierre, cuando volvimos a casa con el peso de las consumiciones de cuba-libre en el cuerpo, nos contamos la experiencia individual. Éramos tan compactos, tan homogéneos, que no hubo tal. Todos habíamos hecho *la misma* trastada de desafío al personaje de nosotros mismos. Bailamos mucho y hablamos con unos y con otras bajo la bóveda inmensa de cajetines y teselas, pero en los susurros del apretón con la pareja nos habíamos presentado como los de antes. Con nuestros propios nombres propios. Un retorno a la larga y aún cálida identidad burgalesa y un disimulo de precaución para con la causa.

A los ocho, novatos de la pista, nos sorprendió la red gladiadora que en la pieza final caía desde la bóveda para cazar a los bailones recalcitrantes. Fuimos muy aplaudidos, de burla, hasta que tuvo que venir el Emperador de la tribuna de los discos a desenredarnos, porque no acertábamos nosotros solos a salir de aquella tela calada. Subimos con pena las escaleras, mientras a nuestra espalda las camareras recogían los vasos sucios montadas en la cuadriga de la basura.

Pasó el verano en medio de estos saltos de la identidad. Era octubre, y empezaban las clases. Qué gusto. No tanto por el hecho de tomar contacto con los nuevos compañeros de lucha, sino por el final del infierno de los calores. Con eso no habíamos contado, crecidos todos al frescor de los largos días del verano burgalés y aliviados por la lluvia que cae en esas fechas allí, pero nunca en la capital.

Desnudos pasamos algunas tardes de agosto, obligados por el tableteo de la multicopista a trabajar con las ventanas de nuestro chalecito de Arturo Soria cerradas, y desnudos salíamos por la noche, cuando las luces de las casas vecinas ya estaban apagadas, a respirar a la terraza después de habernos quitado la tinta de los tampones con baños de agua fría.

Lo malo que tuvo octubre fue la separación. La célula se dividía por dos, y los cuatro que entrábamos en la facultad de Derecho no viviríamos ya con los cuatro que pasaban a hacer agitación de base en una factoría de *Pegaso*. Nosotros no debemos pararnos en sentimentalismos, se sabe, lo sabíamos, y *Marcela*, la única mujer del grupo y por ello la Mujer Fuerte, la que nunca pasaba por alto los deslices caseros, la menos faltona, la que más faltas señalaba, quiso dejarlo claro tratando de impedir una cena de despedida fuera de casa, en un merendero de la carretera de Aranjuez. Pero la hicimos, y con ella, porque le hablamos de lo que un día *Cayuela* había dicho a aquellos chiquilines que nos sentábamos sobre los montones de bellotas: «No dejéis que la *vida personal* se interfiera en vuestra militancia, pero esa vida existe, y el camarada que la suprime ha de saber cómo es, cuáles son sus tentaciones, sus exigencias, porque así encontrará la manera de vencerlas.»

En la universidad, los estudiantes tuvimos pronto problemas de *vida personal*. Salió a la superficie, no pudo evitarse. En los seis meses madrileños de bajar y subir la escalera de los domicilios y cambiar de personalidad, no habíamos tenido como grupo problemas de esa naturaleza. La novedad de las calles que hierven con la substancia de la ciudad, de sabor y de temperatura tan distintos a la materia tibia del campo, nos distrajo primero lo suficiente. Y nos distrajo mucho también el desarrollo del arte del fingimiento, arte al servicio de la revolución pero arte al fin y de mucha concentración formal.

En octubre, más nostálgicos aún de los paisajes originarios y de nuestra familia natural, de la que habíamos sido liberados al dejar Burgos, algunos empezamos a sufrir de sentimientos. Siete muchachos

en vida retirada tantos meses podían haberse sentido excitados por la sola mujer de la célula, y eso, sin embargo, no pasó. (Aunque la camarada *Marcela* espantaba los sentimientos, excepto, si cabe, los fraternales, con sus manazas de paisana joven que ha conducido bueyes, su corpacho, sus tres dientes en falta, razón —decía ella— de que nunca se le viese reír.)

Pero en las aulas, aislados los cuatro *estudiantes* por estrategia, aunque al tanto todos de la rutina de los restantes, hizo su aparición la *vida personal.*

Las primeras semanas tuvimos que estudiar, pasar inadvertidos entre la multitud extraviada de primero. Ocultarse entre los empollones y los almacenistas de apuntes. Mirarlo todo, sentarse en extremos opuestos del aula y recibir una vez a la semana las consignas verbales de nuestro enlace del comité universitario, *Rosa Láinez*, una de cuarto vestida siempre muy convincentemente de burguesa, en un refinadísimo alarde de las industrias de la imitación.

Las consignas eran no hacer nada aún. Tantear de manera indirecta al compañero de pupitre o al que se nos pega en el autobús. Nada más, de momento: el Partido estaba empeñado en los dos frentes sindicales de Madrid, el obrero y el universitario, pero nosotros no podíamos participar en la lucha abiertamente. Y así llegamos a aprender de verdad las primeras lecciones de Historia del Derecho y a sacar provecho de un seminario sobre la *Lex Pletoria de circumscriptione adulescentium*. Después de Navidad todo iba a cambiar, decía *Rosa Láinez* con la mano enigmáticamente agarrada a su gargantilla de perlas que parecían auténticas, tan avispada era.

A mitad de noviembre, coincidiendo con la convocatoria del gobierno a un Referéndum Nacional, empezamos a notar ansia. Tampoco nosotros podíamos hacer campaña activa contra esa grotesca superchería de «democracia directa», y los acercamientos en el pasillo o en la clase no daban resultado, por la excesiva prudencia nuestra en sacar a colación cuestiones de fondo o por la forma de hablar de ellos, los alumnos y las alumnas: querían acabar pronto la carrera y casarse, hacer la *mili* en Milicias, heredar el bufete de sus padres; muchos iban a preparar notarías.

Pero, al mismo tiempo, *esa proximidad*, llena de atributos ajenos a nuestra manera de entender y valorar. Y una corriente en la que el peligro era dejarse llevar hacia abajo, como por la escalera de *Gladiator 2000*.

El bar de Letras. Allí se dirigían los pasos de la manada que no queríamos seguir y seguimos. Un bar más espacioso y menos sórdido que el de Derecho, con mesas largas juntas y un repertorio de estudiantes de carreras distintas y otro aspecto.

Allí estaban los estudiantes que *no estudian* pero *saben*, sentados sobre la fama de una cultura hecha contra los muros de la facultad. Ellos no iban a clase nunca, y lo que parecía es que tampoco nunca se molestaban en tirar propaganda por el hueco de las escaleras. Pero *ellos*, aunque de manera distinta a *nosotros*, sin la disciplina de partido,

decían estar en la primera línea de «la lucha revolucionaria». Su grupúsculo de ambigua denominación libertadora, «espontáneo» y «abierto», «anti-estalinista», seguía una vía al socialismo francamente tortuosa y aventurera.

Seguro que nos vieron ese día y nos reconocieron en lo que éramos, pues íbamos con tres camaradas de los últimos cursos de Filosofía Pura. Mientras tomábamos café en la barra ellos plantaban cara: y no sólo a nosotros, que, aunque rivales, no éramos peligrosos, sino al resto de la masa cerril y al ojo de los policías. Leían en voz alta libros de otro idioma y entre risas hacían como que unos a otros se examinaban sobre el destino de los protagonistas de novelas y la rima exacta de poesías poco conocidas. Todos llevaban en los abrigos chapas con los colores del Vietcong y escarapelas de la bandera cubana.

No iban nunca a clase, luchaban contra el fascismo no se sabía cuándo ni de qué forma y tampoco perdían el tiempo pretendiendo ser lo que no eran. Al revés que nosotros, ellos no se escondían bajo una máscara inofensiva. Por algo sería.

Poco frecuentamos nosotros ese bar de los sótanos de Letras, pero una mañana, a la hora de la segunda clase, les vimos avanzar por los pasillos de la primera planta de nuestra facultad. Fue un día tirante y grave, en el que a nosotros se nos habían dado instrucciones precisas de cautela. Faltaba una semana para el Referéndum de aprobación de la nueva Ley Orgánica y *ellos*, en lugar de seguir por la ciudad, como nosotros, la pegada de los carteles del *vota no* y el *no votes*, habían convocado en el vestíbulo de Derecho a una charlotada contra el plebiscito, anunciándola con el título «El Brazo de la ley nos toca el Organo».

El acto congregó a muchos estudiantes. Estábamos a diez días de las vacaciones de Navidad y, más que el sentimiento contra la ley fundamental de Sucesión que el gobierno quería imponer a través de esa votación adulterada, en el hall se vivía la promesa de fiesta.

Fue divertido a ratos. Encima del gran reloj de entrada se colocaron un chico vestido de Teresa de Jesús y una chica rolliza con uniforme militar, aunque de un ejército sin país. Debajo, entre el público, un cortejo de carmelitas falsas paseaba en andas el brazo incorrupto de la Santa, muy besado, en esos días de centenario, por el Caudillo. Otro grupo con espadones de cartón llevaba bajo el palio de una manta clavada entre cuatro punteros de clase un gran falo de trapo con música, la música grabada de un órgano. Junto al falo, un estudiante descaradamente trotskista de Arquitectura, *Goldfinger*, alto, narizotas, fácil de risa y con mandíbulas sin proporción, representaba el fantoche del Futuro Príncipe Heredero.

Y también sacaron una urna gigante que era una pecera llena de

agua y peces de madera con cara de ministros. Otros dos disfrazados —de banquero, de Tío Sam— recitaban desde las escaleras versos satíricos sobre «Las Tres Grandísimas Emes: Milicia, Monarquía y Movimiento», mientras que en el rellano del segundo piso desplegaron una pancarta que decía DIA 14 «CONSULTA» AL PUEBLO, y en la que habían dibujado un matasanos con bata blanca y tricornio auscultando con pistola el corazón de un hombre enclenque y esposado que en la frente, con sangre, llevaba inscrita la palabra PUEBLO.

Hasta que apareció la policía.

—¡El decano los ha llamado! ¡Los *grises*!

Todos los asistentes, pasando por encima del falo caído, corrieron en desorden hacia el interior de la facultad, mientras los oradores, ya en serio, sin disfraz, empezaron a gritar:

—¡Fuera policía de la universidad!

Y el Santa Teresa, arrancando a sus hermanas menores el brazo paseado —un tronco de madera con cristalitos y una mano de pata de pollo—, se lo tiró por la puerta de entrada a los policías, sin dejar de repetir:

—¡Fuera la policía! ¡¡Los de gorra de plato y los que llevan birrete académico!!

Esa frase inspiró la revuelta. La asamblea festiva, una parte de ella, se dirigió rabiosa, al frente de *Goldfinger*, hacia el decanato, donde, inexplicablemente, estaba, firmando expedientes, el decano. Este, un catedrático de Derecho Penal con fama de ser del Opus Dei y manía de ir siempre con bastón de malacca, se levantó de su sillón a la entrada de los estudiantes y no se le ocurrió otra cosa que coger con una mano el código penal y con la otra el crucifijo de su mesa. Nosotros, presentes desde un segundo término en la escena, previmos lo peor, que sucedió.

Crucifijo, código y bastón de malacca con puño, ese día, en forma de balanzas de la ley, fueron por la ventana, y el decano al suelo, aunque eso por propia voluntad, como si el hombre hubiera pensado que allí, entre los cueros del hueco de su mesa de despacho, nada *peor* podía ocurrirle.

Le levantaron y le zarandearon, pero una voz aconsejó dejarle así, como un «policía desarmado», y concentrarse en los expedientes. Otros, cansados de los aires administrativos del interior, salieron al pasillo en busca de objetos más materiales y acabaron quemando una bandera nacional sacada del despacho por el *trotsko* de los borbones. Nosotros nos dividimos, aunque todos sabíamos bien lo que hacer: *no* formar parte de esa acción precipitada llena de riesgos y provocaciones contraproducentes.

Así nos lo habían dicho. Así fue. La policía ocupó la facultad,

pegando y expulsando a todo el que veía, incluso de las aulas con profesor y alumnos sumisos, pero la parte más fea del castigo quedó para los matones de Defensa Universitaria, que habían entrado, en retaguardia de la policía, con sus cadenas.

Más de veinte estudiantes heridos de sangre por los fascistas de Defensa y treinta detenidos fue el balance de la carnavalada, que permitió además al día siguiente a la prensa franquista hablar en titulares de las profanaciones de los agitadores a los sagrados símbolos de la patria: bandera, crucifijo, código, catedrático y brazo simulado de la Santa.

El día 14, bajo el punto de mira de las armas de los tres ejércitos, tuvo lugar el Referéndum, y por supuesto ganó el *sí* del miedo. La Ciudad Universitaria parecía al día siguiente un campo de maniobras, y la única respuesta posible en la explanada entre Derecho y Filosofía fue quemar los periódicos de la mala noticia, gritar de lejos *no* y dispersarse ante el nuevo avance de la policía. Dos prochinos de Químicas lanzaron cuatro cócteles Molotov al paso de un furgón policial, y aunque les salió con mala puntería también esa imprudencia temeraria fue aprovechada en contra de nuestros intereses por el régimen. Las vacaciones de Navidad se adelantaron con un cierre de todas las escuelas y facultades del distrito.

Celebramos las fiestas en una casa del barrio de Entrevias donde vivían nuestros compañeros burgaleses. En Nochebuena, cenando todos lo mismo que otros días, oímos por la radio el mensaje del Generalísimo, sin parar de reír cuando decía: «*Tengo que preveniros de un peligro. Con la facilidad de los medios de comunicación, como la radiodifusión, el cine y la televisión, se han dilatado las murallas de nuestra fortaleza. El libertinaje de las ondas y de la letra impresa vuela por los espacios, y los aires de fuera penetran por nuestras ventanas, viciando la pureza de nuestro ambiente. El veneno del materialismo y de la insatisfacción contamina a la juventud universitaria española, con el resultado de que los fantasmas del neo-liberalismo, el progresismo y el neutralismo ideológico han entrado ya en su recinto.*»

En Fin de Año brindamos con sidra mientras los camaradas obreros contaban conmovedoras escenas de afiliación masiva en sus talleres. *Marcela*, estudiante, cantó a las uvas, quizá con una copa de más, la futura alianza de la fuerza manual y el pensamiento en el seno del grupo de Burgos. Y la noche acabó con una ligereza. Saltamos demasiado en la calle, cuando los que vivíamos en el centro decidimos volver a casa, y hubo mareos, vómitos, una caída al suelo en redondo, una brecha en la frente. Y con ello el peligro. Acudieron a auxiliarnos unos vecinos, un policía municipal, dos borrachos de buena disposición, y a punto estuvimos de acabar la fiesta en la Casa de Socorro de Entrevias. Identificaciones. Curaciones. El peligro.

Afortunadamente, *Marcela* intervino con cordura, serena de repente por el viento helado o la propia alarma. Espantó a los samaritanos presentándose como estudiante de enfermería a punto de acabar, y curando al herido allí mismo, en el bordillo de la acera, con un torniquete de tira de enagua.

A las seis de la mañana, coagulada la sangre de la frente, . pasamos por la Puerta del Sol cubierta de vidrios y de gorros aplastados de papel. A las siete, llevando los dos chicos al herido en brazos, entramos en casa, mientras *Marcela*, de nuevo alegre al pasar el peligro, canturreaba «La Internacional» a la velocidad de un bailable.

II

En enero reencontramos las caras del aula 12. *Marcela* miraba mucho al delegado de curso, un rubio muy escurrido de Almería, pero ella decía que era para captarlo. Nosotros, los tres restantes, yo en particular, también nos fijamos en otras caras.

Yo me fijaba todos los días en la nuca que tenía delante, cosa normal en un anfiteatro de alumnos que siguen atentamente las palabras del profesor. Al principio del curso hubo más de una nuca; los estudiantes tardan en decidirse por un asiento fijo, pero no era ése nuestro caso, obligados a mantener el mismo desde el primer día y por ello madrugadores del aula. En la última semana de octubre se estabilizó *mi* nuca. Piel morena, pelito corto castaño, rebeca con cremallera posterior, collar de cuentas verdes algún día. Supe enseguida, claro está, a quién pertenecía la nuca, pero entonces aún seguía estrictamente los preceptos del Partido más que las pretensiones del corazón curioso, y sólo me atreví a mirar de refilón la parte delantera de esa nuca. *Rosa Láinez*, con pendientes que parecían de verdadera amatista, nos exhortaba a evitar «las caras monas sin nada aquí dentro que tanto abundan en esta facultad».

En enero la nuca conocida no volvió a su banco, y lo que vi desde el primer día fue la coronilla clareada de un peruano que preguntaba siempre al profesor. Hay estudiantes que nunca vienen a clase en la primera semana del trimestre, pensé. Pero tampoco recuperó la nuca su lugar al comienzo de la segunda semana. Fue una osadía de los instintos lo que hice entonces: buscarla por toda la clase, banco a banco, violando el estudiado azar de nuestros puestos, incluso vigilando la entrada y salida de mis cientos de compañeros.

Nunca supe su nombre. *Nunca*. Porque esa chica de la rebeca azul celeste cuya nuca me había producido un sentimiento dejó la carrera en el segundo trimestre, murió de accidente en esas vacaciones o encontró una ocupación mejor que sus estudios. No volvió a clase. Su desaparición y mis desvelos fueron el desencadenante de los conflictos de mi *vida sentimental*.

Seguí acudiendo al bosquecillo de Letras todos los martes entre la segunda y la tercera clase, para oír el taconeo de los zapatos de cocodrilo de *Rosa Láinez* acercándose hasta nosotros por el sendero de piedra, puedo decir incluso que no descuidé mis sencillas tareas de ese segundo trimestre («el de las primeras acciones serias», dijo nuestra mentora, clavando sus ojos perfilados con rayas color fucsia en las mejillas naturales de *Marcela*). Pero la pérdida de la hermosa nuca

trastornó lo previsto. Empecé a buscar nuevas nucas y sus correspondientes rostros entre las chicas de clase. Me avergüenza decir que en febrero había encontrado novia.

Cáceres, el tercero del grupo, enseguida se dio cuenta. Sin duda porque él mismo se había prendado de una coruñesa de ojos azules que leía siempre en el tranvía libros de Freud, sin relación alguna con las materias de clase. Así formamos una alianza tácita de mutua ocultación frente a *Marcela* y .el cuarto de la clase, *López-López*, que no habían caído en los enredos del amor.

Febrero fue un mes de prueba. *Rosa Láinez* pedía ahora más, arrebujada en su aparente abrigo de piel de lobo: un *salto* en la escalera central de la facultad, con grito de consignas y tirada de panfletos convocando al paro académico.

Lo hicimos. *Cáceres* y yo, sin ponernos de acuerdo previamente, mandamos con excusa ese día fuera del recinto universitario a nuestras novias, y la acción salió bien. Colocados los cuatro en el cuerpo, superior de la escalera, en el cuarto piso, dejamos caer a la hora de más trajín los cientos de panfletos que esa misma mañana, antes de las siete, nos había entregado nuestro camarada burgalés *Luis Bautista*, en funciones de mensajero del aparato de propaganda; todos nos alegramos de verle, pese al madrugón.

La lluvia de hojas volantes, como una caída filmada al ralentí, estaba sincronizada con los gritos y palmas que en el hall, junto al reloj de la puerta de entrada, daban los de Económicas, unos quince, de primero también, venidos a nuestra facultad mientras los de Derecho iban a hacer lo mismo en Ciencias. El objetivo de la huelga era común: crear una conciencia en la mayoría despolitizada para después exigir del rectorado, con un apoyo amplio de base, la constitución de un sindicato libre de estudiantes en el distrito.

Por la tarde fui al cine con mi novia, a ver *El graduado*, que se discutía mucho. Fue el día más difícil de ese mes difícil. A la salida, mientras tomábamos una cerveza en la Glorieta de Bilbao, sentí —por segunda vez en la misma semana— la angustia de lo privado, dueño el deseo de amar, sin ninguna disputa, de la razón política.

Pensé que era hora de hablar en serio con Marisa. No lo hice. Porque ella no paraba de analizar la conducta de la Señora Robinson de la película («qué cerda, pobre chico») y parecía poco receptiva a las cuestiones abstractas.

Marisa era la hija única de un sastre militar de la calle de Relatores, un hombre, según sus palabras, de buen fondo pero mal genio, y seguidor muy convencido del Régimen. La madre no existía, no se hablaba de ella, no aparecía en foto en el cuarto de estar ni en los pasillos, y el hueco maternal llenaba de piedad la relación de la hija y el padre, por desgracia estrechada con el nudo de la religión.

El padre le pedía un favor a Dios todos los días, en la primera misa de las Trinitarias, acompañado siempre de Marisa, y por la tarde, solo, con mucho escapulario, volvía a pedirlo en la salve cantada de San Isidro. Al regreso de la función solemne, y antes de retirarse a su taller

a marcar con tiza blanca las pecheras, pasaba a saludar; había yo empezado a ir a la casa a estudiar Romano, el *hueso* de primero, con Marisa, que lo tenía atragantado, y bajo pretexto de preguntarle a ella qué había de cena el padre me miraba un ratito desde la puerta.

¿Qué le pedía al Cristo? ¿La condena eterna de la madre —me costó arrancárselo a la hija, pero al fin supe que no era huérfana, sino que esa madre borrada de la casa les había dejado muchos años atrás, para seguir a un hombre de raza mora a Gibraltar— o mi desgracia? A mí me parecía que me miraba mal, pero Marisa sostenía que no, que me estaba empezando a tomar cariño, y era muy probable que pidiera *también* por mí al Santo Cristo de la Capa, su patrono. Marisa se decía católica, pero *al día*; un cristianismo «humano», «volcado hacia fuera». Esas alienaciones las escuchaba yo sin contestar, sin indignarme, sin revelar tampoco mi creencia. La quería.

Sobre política quise establecer el segundo día en que salimos juntos un terreno de nadie; *apolítico*, le dije de mí mismo, y le gustó. Para ella *todos* eran lo mismo, «unos mangantes». No seguía a su padre en el culto del yugo y las flechas.

Pero febrero aún me dio otro disgusto. Marisa me correspondía, y ya estaba acostumbrada, dijo, a verme todos los días, en esas largas horas de estudio de la *res nullius* que terminaban con unos besos ante el cuaderno de apuntes y caricias de media parte, la de arriba, sobre la alfombra. Y entonces, el día 28, llegó la orden.

Rosa Láinez, que esa mañana nos sorprendió a todos con vaqueros y un chaquetón azul tres cuartos, de estudiante comprometido, quiso dejar muy claro por qué boca iba a hablar en esta ocasión; la voz llegaba *desde fuera* y era *la más alta.*

> —«Huelgas, manifestaciones y protestas de todo género han agitado España entera últimamente, antes y después de esa farsa de Franco y sus lacayos que ha sido el Referéndum de la Ley Orgánica, un fraude ante las urnas silenciadas para perpetuar en una monarquía-títere y en un príncipe educado como fascista el régimen totalitario salido de las sangrientas represiones de 1939. Y lo que hay de nuevo en este momento es que, superando situaciones anteriores en que la lucha corría a cargo de grupos reducidos de comunistas y otros antifranquistas de vanguardia, hoy es un hecho la participación de las grandes masas populares en ella. Resurgen clandestinamente los sindicatos obreros —y a la altura de esta frase *Rosa Láinez* levantó los ojos del papel para mirarnos con intención, con una sonrisa de homenaje a los burgaleses ausentes— y Comisiones Obreras cada vez tiene más implantación en fábricas y talleres, mientras los sindicatos verticales, instrumentos de la opresión franquista y patronal, van perdiendo su influencia entre los trabajadores. Una parte importante de la Iglesia, cuyo instinto de conservación le advierte del peligro que para su porvenir significa marchar hasta el fin con Franco, comienza a mostrar públicamente su disconformidad con el régimen, y hasta grupos capitalistas y financieros de mucho poder ponen ahora abiertamente en entredicho la eficacia de los métodos fascistas impuestos por Franco. Pero…»

Esta primera concesión adversativa del manifiesto coincidió con una sombra que vino a posarse en el semblante eufórico de *Rosa Láinez*, quien sin duda quería, hasta el extremo de compartir esa mañana el traje de batalla de los demás, infundir sólo confianza, sólo beligerancia.

—«…Pero aunque contamos con esa lucha generalizada de todas las fuerzas antifranquistas del interior y con una creciente presión democrática internacional, el Partido —y al decir la palabra, *Rosa Láinez* alejó la sombra de la duda de su cara, recobrando el gesto de la credulidad— no estima adecuada, en este momento, la convocatoria de una Huelga Nacional Política. Sin embargo —con qué emocionada elevación de tono pronunció *Rosa Láinez* esta rotunda oposición a las flaquezas precedentes— y para afianzar las relaciones entre los distintos sectores de la causa comunista, el Partido, consciente de los sacrificios que ello significará, os convoca a una iniciativa en estrecha colaboración con los camaradas intelectuales, quienes, por su mayor madurez y preparación ideológica, están capacitados para formar la vanguardia de un…»

Y aceleró entonces *Rosa Láinez* con bisbíseos su lectura, para aligerar la espesura de los considerandos finales, ya sabidos por unos convencidos como nosotros, y llegar con voz clara a los mensajes prácticos: a lo largo de la primera mitad del mes de marzo, hasta las vacaciones de Pascua, los miembros de las células universitarias participaríamos a diario en las *sesiones de repaso*, y a finales de abril, aproximadamente entre la tercera y la cuarta semana, daría comienzo la Quincena Soviética.

Por eso no tuve tardes libres durante las dos semanas siguientes, y Marisa pensó lo peor. Yo la llamaba por teléfono todas las noches, y al mediodía la acompañaba, con lo lejos que estaba su casa de la mía, a la salida de la facultad. Pero en vano, porque esas conversaciones y esas caminatas eran de continua discusión.

Ella no se creía que Burgos de repente me exigiera un desvelo diario, y no entendía por qué era tan difícil presentarle a los parientes próximos llegados a la capital en un caso de enfermedad mortal, ni perdonaba, sobre todo, que el domingo también tuviera que pasármelo en el hospital. El domingo era sagrado para Marisa: Don Luis María la liberaba ese día de obligaciones, porque, como cofrade mayor, salía muy temprano de casa para vestir al Santo Cristo y no regresaba hasta la noche, una vez terminado el culto y sus partidas de dominó con el coadjutor. El domingo era el día *para nosotros*.

El ocho de marzo, domingo, rompimos por teléfono.

Volví con los ojos enrojecidos a la mesa de la taberna futbolística *El Vizcaíno*, donde nos reuníamos todas esas tardes so capa de estudiantes excursionistas un punto revoltosos —y el punto era consumir sin beberlos de verdad tantos vinos que se nos viese *curdas* desde la barra, regentada por Iñaki, el Vizcaíno, un requeté sin mano izquierda que tenía las paredes de su establecimiento cubiertas de águilas carlistas de dos cabezas, cruces de Borgoña y, en un tabernáculo, la laureada individual que le habían dado a cambio de su mano. En la zona del fondo, la de los futbolines, había fotos con orla de las delanteras históricas del Athlétic. En ese antro del fascismo, a cubierto de las sospechas de una parroquia de mutilados, se empezó a preparar la Quincena Soviética.

En las dieciséis tardes que me costaron la novia recuperé al menos dos cosas: el bloque obrero, mis burgaleses de la *fuerza manual*, y el antiguo teatro. También venía a la taberna un intelectual, con la misión de abrirnos los ojos a los significados más difíciles de los primeros hechos de la historia del movimiento obrero de los pueblos hermanos de la URSS.

Ese domingo ocho de marzo no engañé al cuerpo con las copas falsas. Mientras el intelectual escribía en una hojita con iniciales sólo los nombres de los grandes artistas de la revolución de Octubre y hablaba de un tren largo y pintado por las mejores manos proletarias de la época, un tren que liberaba al oprimido de los Urales sólo con circular por las heladas tundras, yo me llevaba los vasos de vino a la

boca y los bebía hasta el fondo.

Ese domingo no interpreté al salir de la taberna el papelón del ebrio —que cada tarde se repartía a uno, pues la regla fijada para todos los días era que el que se acercara a la barra a abonar fuese el *borracho* del grupo, el borracho simpático que levanta las risotadas de los lisiados y el chiste burdo de Iñaki sobre el poco aguante de los muchachos de hoy.

Ese día trastabillé hasta la puerta y escuché con ganas, sin desprecio, los recuerdos de guerra de Arrásate y Tablate, los dos tuertos del Tercio San Marcial, que pese a su desgracia eran los de mejor humor de aquel grupo agrio de carlistas que alguna noche contestaban a nuestros himnos de montaña entonando «Los Voluntarios». Pagué a grandes voces, sin que me tocara a mí ese día hacerlo, y salí solo del local, seguido por el ojo izquierdo del Tuerto Primero, herido en un combate cuerpo a cuerpo a manos de un mercenario comunista «que no hablaba cristiano», y por el ojo derecho del Tuerto Segundo, víctima de una granada propia que estalló antes de tiempo en la defensa de Codo.

Al día siguiente recibí la justa reprimenda del compañero dirigente y volví al bar manso pero aún inquieto por el amor. Seguía el tren avanzando por la estepa, vitoreado por los antiguos siervos del Zar, que besaban a los grandes poetas de Moscú en las manos, no sabiendo otro modo de honrar, y yo, mientras bebía agua, pensaba en los ojos acuosos de Marisa, y les hacía un guiño a los Tuertos Complementarios, que me apreciaban ya, dijeron, por mi interés de *cachorro* en oír «gestas de la cruzada».

En las tardes de *El Vizcaíno* obreros y estudiantes decíamos formar la *Peña Excursionista Cumbres Blancas*, y llegamos a ir con botín de polaina y cuerdas a las reuniones, para dar un vestido a la conspiración. Con gritos tiroleses y un mapa desplegable de la España física convencimos a aquella patulea de despojos del Fascio de la gallardía de nuestros hechos de montaña, mientras en la memoria más que en el papel quedaban inscritas las consignas de la Quincena.

Por la mañana, en el aula 12, Marisa pasaba a mi lado como si no me viera. A lo largo de toda la clase yo sólo estaba atento a sus feos ojos verdes, color mar de puerto, que me gustaban ya, pero ella tomaba apuntes sin levantar la vista. Así hasta que, terminada la decimosexta sesión de la fase previa —que coincidió con la llegada del tren de la poesía bolchevique a la estación central de Moscú, con los grandes poetas y pintores de aquel tiempo conduciendo después hasta la Plaza Roja a cien mil campesinos siberianos sedientos de verdad—, hice una bravuconada.

Me presenté sin avisar en casa de Marisa, y salió a abrir el padre. «Pasa, Simón», me dijo, y me dio una copita de malvasía de Sitges, porque «los catalanes también hacen alguna cosa bien». Aquel licor dulzón se me atragantó, pero bebí tres copas, y como Marisa no llegaba nos animamos juntos, mientras Don Luis María cosía una casaca de capitán del Aire. A la quinta copita me abrió su corazón.

—Eres muy buen chico, tú. Burgalés tenías que ser. Allí se coció esta paz que hoy disfrutáis *vosotros*. Y se ve que la quieres. Conmigo ya lo tienes todo ganado.

Y me puso de pie en la posición de firmes, para meterme en los brazos las mangas sueltas de la casaca.

—Muy buen mozo, además.

Las miró, las midió, y después me colocó también, con alfileres, los dos cuerpos de la prenda, y así estuvimos, de prueba, media hora.

—Buen mozo, sí señor. La harás feliz, tú me entiendes, granuja. Ay, aprovéchate. No de ella, a ver si me explico. Marisa es sagrada. Cuando os caséis, ahí voy. Hazte feliz… qué digo, hazla a ella feliz. Y muchos niños. Yo no puedo. ¿Me ves joven, a que sí? Lo estoy. Es otra cosa. Una *desgracia*. La guerra, esa ladrona. Yo, que salí tan bien parado de Belchite, y tenía que ser… ¿Sabes lo que tengo…?

—¡Papá!

Era ella. No sé si había oído las confidencias de Don Luis María, pero me vio vestido de oficial, erguido y claveteado de alfileres, y

lloró. ¿De alegría, de miedo? Sus turbios, ojos verdes se aclararon; esa noche vi la orilla de su amor.

Con el padre presente, también un poco lloroso a la tijera, nos abrazamos bajo el dintel. La casaca se mojó toda, y me clavé dos agujas en los brazos.

Lo que tenía Don Luis María era la *gota militar*, porque, readmitido yo en la casa, hubo más pruebas de prendas de uniforme («tienes el canon griego, hijo mío, qué fachada») y confidencias y malvasía de Sitges en copa verde. La tarde comenzaba al lado de la hija con los estudios de la *possessio corpore*, pero a las siete y media volvía el padre del camarín del Santo Cristo y, después de darse una vuelta por la tienda, subía al piso y me llamaba enseguida al taller, para hacer de modelo.

A Marisa no le importaba perderme tan pronto. Al contrario: le agradaba mucho mi nueva circunstancia de maniquí del padre, que tanto hacía para estrechar el vínculo de los futuros suegro y yerno. A ratos se asomaba, trayendo magdalenas o galletas saladas, y sonreía al ver mi rigidez profesional y el primor de su padre con la aguja sobre mi corazón.

Era un gran sastre. Me repugnaba ver aquellas manos tan diestras ocupadas en vestir a la clase militar, dar prestancia al gris ensangrentado de la policía, pero el día en que, para agradecer mis servicios diarios, me regaló un terno a la medida demostró su arte en confección civil.

El traje era un *príncipe de gales* de espiga fina, marrón, un poco entallado de chaqueta y el pantalón con vueltas y bolsillos cruzados, según mandaba el gusto inglés; el paño de primera calidad. Vanidoso como lo suele ser la gente de la moda, Don Luis María lo *firmó*: en el bolsillo interior de la chaqueta cosió la marca de su comercio, *El capote africano*, y esa etiqueta orlada de distintivos militares la tuve, claro, que arrancar.

Aun así, el traje resultó aciago, y produjo una conflagración de vida personal y militancia. Lo metí en la maleta debajo de la cama, y sólo me lo ponía a escondidas, sacándolo del piso en una bolsa de plástico y cambiándome después en los lavabos de *El Vizcaíno*, que estaba de camino a casa de Marisa. Un día en que Don Luis María me había pedido que fuera más pronto, después de comer, porque tenía diez uniformes de gala de la Marina que terminar con urgencia para una botadura, al salir de la taberna tuve dos encuentros inesperados.

—¿Dónde vas tan deprisa, montañero?

El Tuerto Arrásate, seguido a pocos pasos por Tablate, salía detrás de mí del bar, moviendo un palillo prendido con los labios.

—¿Un carajillo? —me invitaba el Segundo, chupando un cigarrillo de mentol.

Les dije que tenía prisa y seguí sin detenerme, pero ellos iban en la misma dirección y se empeñaron en acompañarme a mi paso ligero.

Que me vieran entre aquellos vestigios del Alzamiento —los cuales, por cierto, fuera del antro de los futbolines me parecieron menos marciales, más mutilados que nunca— ya era una evidencia peligrosa, pero la Realidad Histórica se vengó no sólo de esa involuntaria fraternidad mía con el fascista sino de mi fastuoso atuendo, porque dos calles más adelante nos topamos con *Rosa Láinez*, que salía de un coche acompañada por *Blas*, de Burgos, del bloque obrero, mi camarada de célula más incompatible.

—¡Toma! ¿Y tú? —*Blas*, campechano, sin pensar, con el asombro dirigido a mi andar flanqueado por aquel par de tuertos de complemento.

—¿Qué, de boda? —más seca, más aguda, *Rosa Láinez* se fijaba en el *príncipe de gales*.

Respondí con un saludo mudo para los dos y apreté el paso, y ese gesto me fue reconocido en toda su astucia por los compañeros del comité de zona la tarde siguiente, cuando rendí cuentas y tuve que hacer mi autocrítica. Yo era culpable de una imprudencia temeraria, pero *Rosa Láinez* y *Blas* habían obrado peligrosamente al reconocerme delante de dos desconocidos de una facha tan rancia.

Al llegar a la Plaza de Tirso de Molina e indicar a los Tuertos que me quedaba en el portal de la casa de Marisa, los dos a una, con su correspondiente ojo centrado sobre mí, lo entendieron todo. Antes que yo.

—A ver si vas a ser tú el mocito de las espaldas anchas…

Los Tuertos Complementarios eran *Los Badulaques*, los oficiales de la sastrería *El capote africano* que Don Luis María siempre ridiculizaba por su falta de fantasía —Arrásate, el Tuerto Primero, era patronista— y su mano de poco pulso —Tablate, el Segundo, era el cortador—, lentos, solía decirme mientras me probaba, en terminar los encargos, nada madrugadores y bocazas, dos inútiles que se había visto obligado a emplear por «fidelidad a la Historia».

—Eso es. Nosotros somos los que desde esa trastienda maloliente llevamos *El capote*. Nosotros y no él.

Y se alejaron hacia la cercana tienda entre risas, burlándose de mí en la distancia, pues medían el aire con las manos abiertas y aplicaban el módulo a sus canijas espaldas, y hasta marchaban a un paso bufo de milicia por delante de la fachada ornamental del teatro que hay en esa plaza.

Al doblar la esquina de la calle Relatores entonaron a dúo el himno de sus tardes de taberna:

«VIVA DIOS QUE NUNCA MUERE,

Y SI MUERE RESUCITA.
VIVA LA MUJER QUE TIENE
AMORES CON UN CARLISTA.»

Después de tantos sobresaltos, no había nadie en casa. La portera, que me oyó llamar al timbre con insistencia, subió para decirme que Don Luis María había recaído («de lo suyo, ya sabe», me dijo en voz baja, con una mezcla de sorna y repugnancia) y habían tenido que ir, padre e hija, al dispensario.

Salí corriendo de aquel barrio de malas compañías y en el Retiro, solo, mustio, muy dividido, preparé mi autocrítica.

Coincidiendo con las vacaciones de Semana Santa empezaba la siguiente fase preparatoria de la Quincena, para la cual ya no podíamos continuar en la taberna de los carlistas. Ahora se hablaba claro y se distribuía material y se hacían presentaciones de caras conocidas de las letras, y habíamos pasado a unas dependencias de la iglesia de los Mártires Concepcionistas, donde un párroco de simpatías teóricas con el comunismo nos camuflaba de congregantes.

En la sacristía, mientras el sacerdote y un pequeño equipo de mujeres piadosas cubrían con sayales morados los altares y preparaban el Monumento del jueves en la nave central, tuve yo que contar mi infatuación amorosa, los vínculos que por Marisa —a la que me atreví a llamar «novia»— había establecido con un padre que vestía santos y militares, las tardes de repaso a la lección del *animus transigendi* y *lucrifaciendi*, el rol de maniquí por encima del rol de yerno; no se me tuvo en cuenta el *paseo* con los Tuertos Complementarios.

Sólo fui acusado de «aventurerismo», «inmadurez» y «tendencias pseudo-revolucionarias». Y allí mismo, en la parroquia, se me destinó, aprovechando el azar de mis conexiones antidisciplinarias, a desempeñar el papel más comprometido del desenlace de la Quincena.

A los Mártires Concepcionistas acudían camaradas de otras facultades y algunos no-estudiantes, un responsable del sector de la Construcción, otro del Metal, dos del grupo *manual* de Burgos, pero el grueso lo formaban los intelectuales, un poeta de verso libre que había cantado al minero asturiano, dos novelistas del Sur, quiero decir, de los problemas agrarios del sur de España, una ensayista vasca que servía de enlace con los trabajadores de la margen izquierda del Nervión, y un autor teatral de mucho éxito en los escenarios burgueses de Madrid, el Comediógrafo del Día, el hombre que a las siete entretiene a las damas con chascarrillos de adulterio y por la noche contribuye a la revolución con las grandes taquillas de sus obras.

Como esas reuniones de la iglesia no duraban mucho ni tenían lugar todos los días, no tuve que mentir esta vez a Mi Novia. Pero Marisa regresó del dispensario la tarde de la recaída y no me encontró en ningún sitio: ni en su portal ni en «mi pensión» ni mucho menos en la taberna del Vizcaíno, donde los Tuertos le insinuaron que podía estar yo hablando de escaladas.

Al día siguiente la localicé, después de comer, y se volvió a enfadar conmigo, porque, ocupado en los razonamientos de mi autocrítica, no

pude acompañarla al hospital, donde su padre había pasado la noche en observación; dado de alta ya, «gracias a Dios no ha sido más que un susto», ella iba a recogerle. Para calmarla me acerqué a su casa ese día, por primera vez en nuestro noviazgo después de cenar, después de la autocrítica, y pude saludar a Don Luis María y besar los ojitos nublados de ella, emocionada de verme y de ver bien al padre tras el susto.

—Simón, hijo, ¿vienes un momento? Hay aquí unos abrigos de paseo…

Pero era falso. No me quería de figurín esa noche, ni iba a trabajar él, débil aún tras los dolorosos tests de la uretra, sino que me llamaba, apartándome de Marisa, para la confidencia. La botella de malvasía de Sitges estaba en el centro de la mesa del taller.

—La guerra, hijo mío, la guerra. *Ella* fue. Yo aún no era novio de la madre de ésta. Ni de nadie. El novio de la muerte, si acaso. Pero tú no sabes lo que es estar en la trinchera horas y horas sin luchar, sin ver nada, sin desfogar el ansia de patriota matando por lo menos a un enemigo. Luego vas de permiso y pasa lo que tiene que pasar. Las putas de Pamplona. ¿Sabes lo que se dijo en guerra? Que los *rojos* habían mandado secretamente a Burgos y a Salamanca y a Pamplona caravanas de mujerzuelas contaminadas: brasileñas, canarias, a las que inoculaban gonococos y virus tropicales para que los soldados del Requeté y otros valientes del bando *nacional* cayeran entre sus brazos como moscas. Yo caí.

Estaba helado. (Me refiero a mí.) No quería beber esa noche, por las tensiones acumuladas en el debate que siguió a mi confesión parroquial, y en el taller hacía mucho frío, que Don Luis María no sentía por el licor. Se crecía. Es más: se caldeaba.

—Ay, tu no puedes saberlo. En una guerra, incluso una guerra como la nuestra, a la que uno iba alegre, convencido, hueles a todas horas la tragedia. Mi Tercio sufrió mucho. El que más bajas tuvo en los combates. Yo era sargento provisional, y no sabes la cantidad de muertos que tuve que apartar de mi camino para seguir avanzando en el campo de batalla. Doce mil muchachos pasaron por las filas de mi Tercio, sustituyendo al final los jovencitos a sus hermanos caídos un mes antes. Y te ibas a Pamplona y, claro, pues las *chicas*, pagadas o no por el gobierno *rojo*, blenorrágicas o no, vete tú a saber. Subías por la tarde al barrio chino y allí estaban, recién lavadas, recién salidas, a esas horas, las muy barraganas de ellas, de la cama, frescas, fresquitas, mujeres de bandera alguna, no te creas. Uno se volvía mochales. Y caía. Yo. Así me ves hoy.

Retrocedí, temiendo que bajo los efectos del alcohol catalán fuera a mostrarme sus vergüenzas tal y como estaban, aquejadas del virus, pero no, sólo se había erguido para servirse otra copa y acercarse más

a mi oreja. Venía la parte más confidencial de aquella confidencia.

—Purgaciones. La Alicantina. Estoy seguro. Una belleza de Almoradí, un poco entrada en carnes pero alta, muy hecha, elegante para las circunstancias de esa guerra que tú no puedes saber… Iba siempre tan curiosa, tan pintadita, que la llamaban *La Parisién*, aunque era alicantina, de Almoradí. Ella tuvo que ser. Diez veces que subí a Pamplona y las diez se ocupó conmigo en los altos de un bar americano de la calle Descalzos, bautizado el *Palas* en lugar de *Palace* que se llamaba antes de la guerra. Me lo debió pegar a la tercera, y eso que yo tenía mis cuidados. No me ponía gomas porque no las había, pero me preocupaba de lavarme bien, ya sabes, la piróla, antes de encamarme y después de acabar. Al principio no noté nada. El microbio dormía, por el frío. Y volví un par de veces más con la Alicantina, que me cogió cariño y me llegó a decir que se quedaba en Pamplona por mí, esperando mis permisos, aunque una tal Ermelinda, de Recife, estado de Pernambuco, que para mí que era de las más inyectadas por el enemigo, le proponía hacer carrera en Burgos, tu tierra, hijo, porque allí los jefes *nacionales* manejaban dinero fuerte y a menudo pagaban con cigarrillos de importación y joyas incautadas. Y te digo una cosa: yo llegué a querer a *La Parisién* de la Vega Baja, a pesar de haberme dado cuenta antes de la sexta vez de que aquel pus que me salía al orinar se lo debía a ella.

El resto me lo dijo, sin preocuparse ya de hablar en alta voz y aturrullado, saliendo del taller y de regreso al comedor, donde Marisa había preparado unas tacitas de poleo para calmar los nervios del día.

—La guerra, hijo mío, es para luchar y no para curarse nada. Me dieron permanganato y un específico de sales de mercurio, me trató un enfermero que tenía dos cursos de medicina aprobados, pero todas las mañanas yo me levantaba del jergón con la punzada *ahí*. La meada, un calvario. La gotita traidora me hizo sufrir más que las balas *rojas*. Y como por cariño yo seguía visitando a *La Parisién*, pues que no se me iba. Ella lo sabía, ¿eh? Se lo dije, y tomábamos juntos el mercurio, ella dejó de irse con los otros soldados y me esperaba en casa, apoyada económicamente por *La Pernambuqueña*, pero todas las veces acabábamos metidos en la cama. ¿Quién se aguanta, hijo mío, cuando el día antes has matado a tres fulanos?

Me volví y me enamoré en ese instante de Marisa, a la que hasta entonces sólo había querido. Con la cabeza apoyada en el papel de escudos nobiliarios de la pared, plegada en el asiento con una mirada de comprensión hacia los hombres, esbozando una sonrisa que, como sólo las mujeres pueden lograr, tenía dos significados, uno lanzado al padre —los labios del perdón— y otro al enamorado —el beso de la picardía—, llegué a ver a través de los nubarrones de sus ojos la claridad de un cielo prometido. Dejé a Don Luis María echarse encima

de la camisa el poleo y la besé en su hermosa boca de doble sentido, delante del padre, bajo la lámpara de lágrimas, entre los fardos de pantalones caqui y gorras cuarteleras.

Y mientras llevábamos al borracho a su dormitorio y le metíamos aún con ropa entre las sábanas, mientras él insistía atolondradamente en que «¡el pus vuelve!, eso es lo traicionero de la *gota militar*, se mitiga cuando eres joven, pero nunca se cura, y cuando pasan los años te convierte en un viejo verde, o sea, no, en un viejo con una gota verde en la punta de la piróla», mientras Marisa amorosamente le desvestía y le besaba para darle las buenas noches, yo, que hasta entonces sólo me había ido a la cama con las profesionales de Burgos, sentí el deseo de besar a Marisa con una fuerza distinta a la fuerza impulsiva de antes, con la necesidad de que mis labios llegaran ahora más lejos y ocuparan más cuerpo, buscando en su piel la carne que esa piel no dejaba ver.

A los primeros ronquidos del padre nos acostamos, también nosotros vestidos, en su estrecha camita de soltera con colcha floreada, bajo la mirada protectora de una gran Dolorosa reflectante que en las horas siguientes de luz apagada y apretujones cariñosos me dejó percibir el suave pecho blanco de Marisa, la erizada cresta de sus pezones, la maraña de vello que le cubría el pubis, densa y enredada como el monte bajo que la mano del explorador aún no ha desbrozado.

En la penumbra del cuarto me confié. Y quise responder a las confianzas de Marisa con algo *mío* que sólo ella pudiese tener. Le di la única posesión que me quedaba del tiempo anterior a mi entrega a la causa. La memoria secreta que —al igual que la ropa, las maletas, el aire de los campos, las personas del campo— pasó a ser un despojo de la vida de la capital.

—Marisa…

—Sí.

—Quiero decirte algo.

—Dime, Simón.

—No.

—¿No qué?

—No me llames Simón. No me llamo Simón.

—¿Qué dices ahora? ¿Y eso?

—Es muy largo. De contar, digo. Simón es como… un mote… que se me ha quedado. Así me llaman. Yo ya lo he hecho mío. Pero de niño yo era Ramiro. Ese es mi nombre… de verdad. En la facultad seré *Simón*, y que me llamen todos así. Pero tú no. Tú cuando estemos solos dime Ramiro.

—Bueno, sí, claro, ay, no sé. Qué raro es esto.

—Tiene su historia. Ya te la contaré.

—Ahora que lo pienso… Me hace gracia.

—¿El qué?

—Pues que no sabes que yo también he tenido *nombres*.

—¿Más de uno?

—No lo sabes tú bien: ¡tres!

—Ah.

—Cuatro, en realidad.

—¿Y cómo?

—No, lo que pasó es que mi madre, ya sabes, de pequeñina me llamaba Margot, que a papá le parecía un nombre de extranjera y de mala mujer. Cuando ella se fue él me puso Riquina, que era como yo pronunciaba entonces mi nombre de bautismo, Margarita. Así crecí: de Riquina. Hasta que en los primeros cursos del bachillerato, de oírselo a las otras chicas me di cuenta de lo cursi que sonaba, y me puse yo misma éste. Marisa se llamaba mi madre, María Luisa. Papá no se opuso. Y lo tuyo, ¿de qué?

—Es algo parecido. Ya te lo contaré. Otro día. Pero tú llámame…

—Sí, Ramiro. Ra-mi-ro. Ahora dame un beso, Ramiro. Y ten tú. —Se estaba quitando su medalla de Santa Margarita con un baño de plata, pasó después un dedo por la cabeza en relieve de la mártir pastora, separada del tronco liso y de las manos de felón, y al fin me la entregó—. Tenia tú. Pero no te la quites nunca si no quieres hacerme llorar.

Marisa lloró dos veces después de la entrega de la medalla de la santa de su nombre.

La primera cuando yo, tratando de ser tan delicado como ella lo había sido desnudando al padre, le fui quitando la ropa sudada. La segunda al amanecer; la Dolorosa ya no me alumbraba con su fosforescencia al apartar el vello, pero, guiado por la primera luz del día, entré con los labios en el claro del bosque.

Esa noche pasada en la habitación de Marisa bajo mi nombre original resultó ser el principio y la despedida de nuestro amor. Salí del piso, llevando la medalla en el pecho, antes de que la portera abriese el portón de la calle, y al llegar a casa *Cáceres* tuvo que levantarse de la cama para abrirme la puerta, ir conmigo hasta la cocina para poner al fuego la cafetera, aguantar una disertación distinta de la que horas antes había escuchado en la parroquia.

Las contadas palabras de auto-inculpación fueron sustituidas por largas parrafadas probablemente dichas sin concierto de la gramática: esa noche no había probado la malvasía, pero estaba bajo el efecto de un licor destilado que no me bajaba de la cabeza. Y en el atrevimiento de la embriaguez sin alcohol recuerdo que le dije:

—Ayer tuve todo el día la boca amarga. Cada palabra que pronuncié en la iglesia me dejó un regusto en la garganta. Todas tenían sabor. Y mientras las decía lo notaba; subían con desgana por la tráquea, a tropezones, haciéndose las tontas, y a cada esfuerzo mío por expulsarlas se vengaban soltando acíbar. ¿No te diste cuenta? Estuve a punto de ahogarme hacia el fin de la explicación. Tenía la laringe llena de disculpas rebeldes, decididas a quedarse allí. Ya sabes que no perdoné. Una a una, las fui sacando, pero sentía cada vez la amargura de la palabra que se resiste a ser oída fuera de la boca. Lo primero que hice cuando acabó la reunión fue volver aquí a casa y lavarme los dientes. Luego me bebí medio bote de leche condensada.

El café borboteaba, y *Cáceres*, prudente o dormido, no replicó a mi franqueza. Sirvió el café en las tazas y sacó el azúcar de la despensa. Yo tuve que volver a la habladuría amorosa.

—Y ahora tengo otra vez ese gusto amargo. Un amargo dulcísimo. Pero no en la garganta. Aquí. —Y le saqué la lengua, recorriendo con ella la superficie seca de mis labios, donde aún quedaba un resto del sabor de los labios mojados de Marisa, abiertos por vez primera esa noche—. Perdona, pero yo no quiero café. Tómate el mío, y así te despejas. Aún me queda mucho que contarte de la cama de Marisa.

Cáceres me miró entonces con curiosidad. A pesar de compartir la culpa de las novias clandestinas nunca habíamos hablado de nuestros sentimientos amorosos más allá de las estrategias con que a veces nos cubríamos mutuamente un lapso o una escapada. Mi entrada en la bendita alcoba de la modosa hija de un fascista beato le sorprendió; es más, le despejó del todo, antes de que bebiera los cafés, y le abrió la boca.

El atravesaba un mal momento en sus relaciones con Mari Cruz, la coruñesa. Era ésta una chica de ideas avanzadas que sabía ya la afiliación de su novio y había incluso colaborado, sin estar en el Partido, en la preparación de alguna asamblea de facultad. Pero vivía —me dijo *Cáceres* mirando a la nada del fondo de la despensa, donde dormían un sueño vegetal los productos del campo de Burgos que nos pasaba un compañero de la *fuerza manual*— obsesionada por Sigmund Freud.

No asistía a clase, no estudiaba, había presentado en blanco las hojas de examen de los parciales, y se reía de nuestras mal dichas citas en latín sobre la *ferruminatio*. Ella estaba, decía, *inmersa en un viaje interior*. «Vuestra política —le había confesado un día a *Cáceres*— es útil. Posiblemente necesaria. Y la respeto. Pero no es lo mío. Yo me estoy descubriendo, y lo que veo dentro de mí no me gusta. Freud dice.»

—No sabes lo que es. —Y *Cáceres* tomó definitivamente la iniciativa del relato de vidas amorosas, dejándome a mí con la hiel en los labios— Freud está con nosotros todo el día; es nuestra carabina. La menor tontería que yo le diga a ella es contrastada inmediatamente con las doctrinas de ese doctor. Mari Cruz lleva un libro muy grueso a todas partes, de Freud, en dos volúmenes, en el que dice ella que están las respuestas a todos los enigmas de la mente, y si le doy un beso en un bar o en el parque me pongo cariñoso se lanza ella a mirar las páginas correspondientes, porque así llega a mis «motivaciones profundas». Anteayer me detectó cuatro actos fallidos, y dice que va a tener que escarbar en mi dormido complejo de Edipo: me ve aún detenido en una fase francamente oral-sádica. Hace dos meses que vengo yo insistiéndole en que va siendo hora de acostarse. Ella dice estar intelectualmente preparada para consumar las pulsiones libidinales. Pero su *ello* no le deja. ¡Su *ello*! Un día, en las filas de atrás del Cine Azul, le abrí la cremallera de la falda y llegué con la mano hasta su sexo, seco. Yo estaba a punto. Pero ella entonces se levantó, no excesivamente sofocada, y salió del patio de butacas. La seguí como pude, abrochándome la bragueta, ocultando con la americana mi hinchazón, y la encontré en un sillón del *hall* consultando el tomo uno de Freud. Acababa de descubrir, gritó llorando al verme, su *escena primitiva*. Acudió el acomodador alarmado, pero la comprendía, le dijo, porque esa película —que era *El manantial de la doncella*, fíjate, la gran obra maestra— tenía «cochinadas, que no se cómo la han dejado pasar». Le contesté al hombre que no, que no ocurría nada, y que esa película era una joya. *A-r-t-e*. Pero cuando salimos Mari Cruz y yo del cine, paseando por la acera derecha de la Gran Vía, me terminó ella de contar, más sosegada, lo ocurrido. El *superyó* había sucumbido en las guerras del *ello*. Y todo gracias al toqueteo del Cine Azul. Porque

en el momento en que, por vez primera en su vida adulta, una mano ajena tocó los labios secos de su vagina, había recobrado nítidamente su *escena primitiva*. El fantasma de un coito que a los cuatro años vio a sus padres, quienes, a veces, en verano, creyendo que la niña dormía en su cunita, hacían el amor en la hora de la siesta bajo un nogal que había en la parte trasera de su casa de campo de Miranda del Castañar. Pero un día la niña no se durmió, ni tampoco lloró, como era su manía; sólo se incorporó de su cunita y entre los barrotes vio al padre, estrafalariamente disfrazado, con cara de mujer, de rodillas, meter la mano —«como quien mete un libro en el estante de una biblioteca, ¡ahora lo veo todo!», chilló a la altura de la Red de San Luis— en la rendija húmeda de la madre, que estaba desnuda pero con una venda de lana blanca en el pelo y un gran velo sobre los hombros, erguida junto al tronco del árbol. A sus pies, en un brasero sin campana, ardía el fuego. El padre mantenía baja la mirada y sudaba, en la tarde de agosto y abrigado con muchas prendas, alguna, en su recuerdo, de doméstica. Y la madre lloraba, alimentando la hoguera con astillas, como una sacerdotisa. Hasta que, de repente, sacó la mano del marido de su cavidad y le dio un puñetazo en la barbilla; una cofia saltó de la cabeza calva del padre. Entonces sí que rompió la niña a llorar, y los padres se le acercaron asustados. La *escena primitiva* se cierra en su memoria con una gran cortina de lágrimas, probablemente caídas de los seis ojos participantes. Todo eso estaba atascado en su *ello*, me contó Mari Cruz al llegar al final de la calle Montera, por culpa de los frenos del *superyó*, y todo corre ahora libre por su cabeza, aunque anárquicamente. Parece, según Freud (y me dijo la página, en el volumen dos), que la angustia de aquella escena de Miranda del Castañar había ocupado su subconsciente desde entonces. Y por eso le resulta imposible, aun hoy, hacer el amor con un hombre. En todos nosotros ve al padre arrodillado alargando la mano de uñas largas pintadas de escarlata a la hendidura materna, que ella identifica con la propia. Y eso lo siente aún como amenaza. El puñetazo, el llanto: la sexualidad asociada a la violencia. Pero poco a poco va separando las sombras de su mente y viendo claro. El *yo* ata cabos y actúa de tercero entre el *ello*, ese revuelto, y el *superyó* de ella, que es de los peores. Aún le quedan por restañar las heridas más simbólicas. Y Freud la respalda.

III

Tercer trimestre. Primer día de clase. Marisa no había vuelto aún de su viaje de Pascua a Santander, a que Don Luis María respirara los aires marinos y de paso a ver a una tía sola; apenas me quedaba el buen sabor de boca.

Sereno y jovial, pese a todo, salí esa mañana de casa en compañía de un concomido *Cáceres* y del inmune *López-López*, que hojeaba sus apuntes de Natural. *Marcela* se había marchado temprano, según ella para leer libros sobre constructivismo ruso en la biblioteca de Arquitectura, y para mí que a verse con nuestro delegado de curso, el almeriense, a quien seguía prefiriendo mucho fuera de nosotros tres y fuera de las aulas.

Habíamos decidido asistir por lo menos a la última clase, para mantener en ese comienzo de un período que iba a ser revuelto una apariencia de normalidad, pero en la facultad, a mitad de las explicaciones del ayudante de Historia, se presentó al otro lado de la ventana, surgiendo de improviso por el campo, *Rosa Láinez* con boina bretona y bufanda de seda japonesa, y nos hizo salir. Esa tarde iba a haber una reunión *extraordinaria* en Mártires Concepcionistas.

En esa reunión que tuvo que hacerse mientras en la iglesia el párroco bautizaba a unos gemelos, yo ocupé el sitio principal, sentado junto al Comediógrafo del Día, Sepulcre, la otra pieza clave de la Quincena según el plan de las alturas.

Sepulcre llegó con un abrigo-capa negro de cuello de astracán y botones dorados, vestido, por lo tanto, de comediógrafo, y antes de que empezaran los discursos tuvo tiempo de contar en voz alta un chiste entresacado de sus comedias, que le rieron los novelistas del latifundio. Enseguida intervino con un fajo de papeles en la mano el camarada del comité ejecutivo *Juan Anido*, un apuesto hombre mayor de mucho pelo blanco que hablaba nuestro idioma con un deje gutural y alguna vacilación, como si lo estuviera a cada frase reencontrando.

—La creciente implantación del Partido conlleva en los últimos tiempos múltiples intentos de la reacción nacional e internacional por destruirnos o al menos apartarnos de nuestra senda revolucionaria. La persecución policial, las torturas, detenciones y asesinatos son una prueba de ello. Esta represión feroz no alcanzará nunca su fin de destruirnos ni hacernos desistir de nuestros objetivos. Es más, gracias a la resistencia de nuestros camaradas dirigentes a lo largo de los duros años de la postguerra y el exilio, y al arrojo y combatividad de la militancia clandestina del interior, cada golpe policiaco se convirtió

en un nuevo acicate para desarrollar y multiplicar nuestra actividad entre las masas. De todos los actos del criminal aparato franquista en su afán de destruirnos, los más peligrosos han sido sin lugar a dudas las intentonas escisionistas y fraccionalistas, surgidas desde el interior del Partido y apoyadas por la reacción, la socialdemocracia y los oportunistas de toda laya. Nuestro Partido ha sufrido en años aún recientes varios intentos de fracción, movidos por elementos turbios al servicio de la policía, el revisionismo social-fascista y la intelligentsia pequeño-burguesa. Con ellos arrastraron a unos cuantos militantes que, desmoralizados o confundidos, acabaron por abandonar todo tipo de actividad política. Pese a los apoyos recibidos del gran capital y el fascismo, ni una sola de las plataformas políticas creadas por los fraccionalistas subsistió más allá de unas semanas. Y esto en gran parte se debe a la firmeza ideológica y política con que el conjunto del Partido combatió los intentos de dividirlo. Gracias a la correcta y contundente lucha ideológica librada en el seno del Partido, los fraccionalistas fueron ampliamente desenmascarados, y la línea marxista-leninista salió de la pequeña crisis reforzada. El objetivo de estas jornadas de extensión cultural y concienciación que hemos llamado *Quincena Soviética* es precisamente recapitular las conquistas del comunismo de la URSS, homenajeando en el año en que se va a cumplir el glorioso cincuentenario de la Revolución al gran país fraterno cuya praxis proletaria sigue hoy siendo un faro constante que ilumina la lucha de sus camaradas internacionales…

Se había producido un movimiento de pies en los bancos intelectuales. Parecían impacientes. Los burgaleses no; nosotros escuchábamos ansiosos pero conformes, pues detrás de esas vibrantes palabras venía por fin el orden minucioso de los actos a realizar. Pero en ese momento tuve que levantarme.

—A nuestro camarada *Simón* le ha correspondido llevar a cabo la «acción desencadenante».

Y pasó a relatar mi participación en la segunda fase de la Quincena, que empezaba al día siguiente, coincidiendo con las asambleas informativas y tiradas masivas de propaganda que tendrían lugar a lo largo de esa misma jornada en las facultades del distrito y en algunos puntos seleccionados del cinturón industrial madrileño para señalar la constitución del Sindicato Libre de Estudiantes, otro gran logro del Partido.

El desenlace de la Quincena, la «acción concluyente», me tendría a mí de apuntador y al Comediógrafo del Día de convidado de piedra, y por eso entonces *Juan Anido* nos presentó, retirándonos los tres al trascoro de la iglesia para ensayar.

Yo quedaba dispensado del seguimiento de los actos universitarios de la Quincena en razón de mis especialísimas acciones, la

«desencadenante» y la «concluyente». Y lo sentí, no por heroísmo, sino por las ganas que tenía de asistir al recital que unos poetas leoneses iban a hacer de Maiakovski, a las conferencias sobre Gorki y otros padres de la moderna narrativa soviética que se daban en Económicas, y, sobre todo, a las proyecciones semiclandestinas en una sala de los jesuitas de Areneros de los mejores clásicos del cine de la revolución, incluido, se nos había dicho, un largometraje documental sobre el tren de los artistas bolcheviques que en 1918 había recorrido los páramos helados de Estonia y Bielorrusia hasta llegar, con las masas encendidas por el arte, a la capital moscovita.

A la tarde siguiente, mientras los camaradas se iban en grupitos de tres a ver *La tierra* de Dovzhenko, yo *me tuve que ir* al piso de Marisa.

Volvía muy contenta, me había dicho antes por teléfono, pero su voz sonaba amortiguada. Abrieron padre e hija la puerta; me costaba mirarla a la cara. Sin duda había llorado, en el mar o en Madrid, después de las dos veces de la noche pasada conmigo, y sus ojos volvían a tener el color de las aguas estancadas. Pero en cada gesto suyo, en cada palabra, en el modo en que me sirvió, pese a mis protestas de estar inapetente, unos calabacines rehogados y una merluza frita, en el beso de las mejillas con que me saludó, noté el temblor de la rectificación.

Por el tiempo perdido en las inflamaciones de la uretra y el viaje a Santander, Don Luis María llevaba muy atrasado un pedido extra de trajes de faena para la fuerza aérea de la República del Paraguay, y no veía la hora de acostarse. Yo le acompañé, y me brindé a dejarme probar todos los monos con hombreras de cuchillo y firuletes que quisiera. Estuvimos hasta las tres y media, con una Marisa adormilada que preparaba café y a las dos se marchó a la cama dejándonos un termo lleno. Esa noche no había malvasía, y dominaba el sastre sobre el padre y sobre el requeté. No me habló de la *gota* ni del Tercio ni de los Badulaques, pero tuvo, pasadas ya las tres, una vena elegiaca, y sacándose la cartera de la chaqueta me enseñó dos fotos.

—Lo único que guardo de ellas dos. A ésta la conservo, a pesar de lo que me pegó, por amor verdadero. A la otra, por *ella*, por *tu* Marisa. Al fin y al cabo, por mucho que la odie, ella me la dio. Y ya ves cómo es Marisa. Qué perla, qué alegría. Un carácter de los que ya no hay.

Una era de *La Parisién* de la Vega Baja, manchada por el tiempo y sin esquinas, gastada de sacarse de su escondrijo. Y lo que se veía: una mujer joven y grandiosa, de labio grueso y mejillas subidas, pelo de permanente, mitones en las manos, y una firma florida con la dedicatoria: «A mi Luisón, valiente, pinturero, de su Elisa almoradideña.»

La otra, más entera, era de carnet. Una Marisa llena de cara, más risueña, con labios muy pintados y cejas depiladas, ojos claros pero ya sombreados por la bruma de la familia, y vestida de viaje. La madre fugitiva.

—Las dos mujeres de mi vida, por extraño que te parezca, hijo. La una, el corazón. La otra, el hogar. Es que Marisa *es ella*. Su retrato. Por eso y no por otra cosa la llevo en la cartera. De todas formas la foto no

la ha sacado bien. Ella estaba mejor. Eran tiempos todavía duros, la sastrería no arrancaba, y no pudo casarse de blanco, sino de lo que entonces se llamaba «de viaje». Un sombrero de paja negra con aleta fruncida, una falda *midi* seis dedos por encima del tobillo, cortada de una pieza de seda verde esmeralda que iba a juego con el jubón de pajita bordada. Encima, una preciosa capa corta de raso cosida a las hombreras del corpiño. Todo hecho por mí. Muy guapa. Yo de oscuro. Y de la iglesia a Atocha. Y de allí a Sevilla. Qué días. De las noches… qué te voy a contar. Aún no se le había metido a ella en la cabeza el gusano del juego. La brisca la perdió. De ahí pasó a los hombres.

Se le había acabado el jaboncillo de sastre y los ojos se le cerraban. Entonces yo le dije, aún vestido de oficial paraguayo: —Mañana por la tarde voy con usted a la tienda. Así la veo de una vez por dentro. Y de paso compruebo cómo van quedando estas chaquetillas, que de tanto probármelas les he cogido cariño.

A la mañana siguiente, poco después de las diez, me presenté, como habíamos convenido en el trascoro, en casa del Comediógrafo del Día, situada en la calle de Velázquez.

Me retuvo el portero hasta que recibió por un auricular de trompetilla el mandato de paso del propietario, y en la escalera, a la puerta del ascensor de asiento forrado, me recibió el Comediógrafo, que ese día había dado asueto a sus dos empleados del hogar.

—Estaba dando los últimos retoques a mi nueva comedia *La luciérnaga de las alcantarillas*, pero no es *ésa* la que a ti te interesa, ja, ja. Pasa. Espera un poco en el salón. ¿Un té a la menta?

El piso era un teatro, o eso me pareció, con un vestíbulo de espejos en las cuatro paredes y su salón contiguo al que daba acceso una doble cortina de escenario. Entrar en esa enorme habitación de suelo de madera listada era pisar las tablas; columnas de escayola separaban el mirador del fondo del cuerpo de la sala, y conté cuatro espacios de estilo distinto, cada uno explicado en una cartela: un *fumoir* turco con banquetas de cordobán y mesillas de laca ajedrezada, un comedor Louis XV con los manteles puestos y toda la vajilla desplegada, una biblioteca Chippendale con estantes chinescos rematados en forma de frontones de techo de pagoda, y al otro lado de las columnas, junto al ventanal, un tresillo de cuero Art Déco con lámparas de pie de bola alzada por danzarinas de malla de platino.

Me senté, sin querer violentar el orden escénico del mobiliario, en una solitaria silla de tijera escurialense que no parecía formar parte de ninguna tramoya. Allí le esperé diez, quince, veinticinco minutos, imaginando un drama.

Una rendija se abrió en los cortinones, y vi aparecer un rostro emplastado, familiar sólo por los ojos, única zona que no estaba cubierta de tintura. Era Sepulcre, que venía a decirme:

—Ya no tardo. Es que *esto* requiere una operación muy delicada.

El Comediógrafo tenía mal cutis, y *esto* eran sus mejillas, mentón y sotabarba, jabonados en cuadrículas que se marcaban sobre la piel.

—Para afeitarme, chico, me pongo más afeites que la vaca de la Brufall cuando hace de dama joven en mis obras, que es siempre. Pero yo sólo tengo una caracterización: la de hombre-lobo.

Debajo de la espuma estaban, con sus colores, las distintas pomadas suavizantes y un compuesto indeleble de mejorana que a diario combatía el eccema de su cara, especialmente feo en la frente, donde, en vez de jabón, se había aplicado papelines de extracto de

pino. Por eso la cuchilla pasaba «lenta pero devastadora, como una guadaña por el campo de los rastrojos» sobre esa superficie florecida.

Volvió al cabo de un cuarto de hora, limpia la cara de pelo y cosméticos pero con puntas de sangre en cada cresta de la erupción.

—Cuando quieras, *Simón*. —Y se rió, encendiendo un cigarrillo de papel dorado que había metido en la boquilla de nácar—. El teatro está cerca, podemos ir andando.

En Goya nos detuvimos a desayunar en la cafetería *Nebraska* (yo por segunda vez pero con ganas, al ver la carne de los *brioches*), y tres señoras se acercaron a la mesa, al principio con respeto, después habladoras.

—No sabe cómo nos gustó *El árbol que sólo daba fruta verde*. La Peiró lo bordaba.

—Sí, aunque se está volviendo usted atrevidillo.

—Yo no me pierdo una de las suyas, pero la que prefiero es *Las trompetas del Juicio Final están desafinadas*. En ésa daba usted margen a la esperanza.

El Comediógrafo del Día, atendido con expresiones serviles por los camareros, habló unas palabras con sus admiradoras, les firmó las servilletas del café y salió sin mirarme. Le alcancé en la acera.

—Pesadas. Les gusta lo peor que uno escribe. Pero *me debo* a ellas. Tú ya sabes a lo que me refiero —y volvió a reírse apretando la boquilla con los dientes.

Las reverencias se reprodujeron al llegar al teatro Infanta Beatriz, donde hacía dos semanas que habían empezado los ensayos de *Los amantes de mi mujer… son mis amigos* «una cosa ligera, de pocos personajes, pensada sobre todo para provincias». Se trataba de presentarme, en virtud de los planes trazados en la parroquia, como un meritorio de los teatros universitarios amigo de familia que quería ver por dentro «un templo de la profesión». El director, Laborda, me miró mal, pero agachó la cabeza con pleitesía, y la primera actriz, la Brufall, de macizo acento catalán, me dio a besar la mano.

Por supuesto, no me interesé en las intrigas de aquella comedieta de armarios practicables ni seguí el diálogo, que una cuadrilla de limpiadoras reía a carcajadas, hasta que fueron expulsadas por atacar los nervios de la Brufall. Con excusa de enseñarme el coliseo de sus mejores éxitos, el Comediógrafo me mostró los pasillos más escondidos, los rincones lujosos del ambigú, el bar modesto del anfiteatro, las salidas de emergencia y el portillo de los camerinos, y después volvimos al patio de butacas a tiempo de oír el desenlace de la pieza, donde el autor volvía, según me dijo él mismo en voz baja burlona desde el pasillo central, «a la poesía propia de la casa».

—«Un solo minuto desconfié de ti. Pero ese minuto me

transportó a la torrentera donde nace, con sus retortijones, el verdadero amor. El amor que tiene que fluir con meandros y con cascadas. Ahora ya sí que sé que te voy a querer hasta que la Vida nos separe.»

Y estalló un aplauso del equipo de dirección, seguros todos, le decían al Comediógrafo, de «un triunfo superior al de *A la Dama le falta una camelia*».

Cuando salí, ya solo, del teatro y me volví a mirar las grandes letras del nombre del autor que estaban pintando en la fachada, olvidé las frases sentenciosas de la Brufall para admirar al hombre que lo arriesgaba todo por *los demás.*

Comí en la facultad con *López-López* y *Marcela*, emocionados aún por los versos del gran poema *Lenin* que habían escuchado esa mañana en el Aula Magna de Biológicas, antes de que llegaran los *grises* a echarles a porrazos; pero a las tres y media estaba ya en *El capote africano* con su dueño.

—Hola, Ramiro. ¿Te sorprende? Ella no me oculta nada. Ya me lo explicarás, pero te digo una cosa: me gusta más Ramiro. Es más recio, más castellano. Y tiene algo señorial. Hala, vamos a la trastienda. Allí estaremos más a gusto hasta que lleguen esos Badulaques a enredar.

La sastrería era pequeña y humilde, pero los figurines uniformados del escaparate y las largas ringlas de guerreras con entorchados y botonadura metálica le daban una amplitud simbólica, un boato de parada. Trabajamos un poco en la comanda paraguaya, me enseñó la casaca de gala del Almirante Jefe del Cantábrico y llegaron los Badulaques.

—Buenas tardes, Sargento —dijo el Tuerto Primero con respeto, mientras me ofrecía una sonrisa de dientes amarillos.

—A sus órdenes —acompañó el Segundo, pero cuando Don Luis María se volvió me dedicó el rápido corte de mangas a su patrón.

—Descansen —dijo el jefe, y mi presencia creo que alivió un poco la disciplina de la tienda.

Don Luis María no se mostró interesado en averiguar la antigüedad del vínculo amistoso que me unía con los Complementarios, y la tarde transcurrió en una atmósfera castrense de escasa camaradería. A las ocho, los Tuertos vinieron a la trastienda.

—¿Ordena usted algo, mi Sargento?

—Nada. Podéis iros.

Y se fueron. Momento que aprovechó Don Luis María para insistir con rencor en el desastre de los Badulaques, otra secuela de la guerra «tan pesada o más que mi gota».

—Eran soldados rasos del «San Marcial». Dos badulaques. .Voluntarios por no hacer otra cosa. Los primeros para la francachela y los últimos en la línea de fuego. Pero el Santo Cristo les castigó. Lo mío al menos no se ve.

Yo había tenido tiempo en esas horas transcurridas entre paredes que olían a caserna de fijarme en todos los recovecos de la tienda, pero esperé a la marcha de los Tuertos para entrar en acción: mientras Don Luis María apagaba las luces del escaparate cogí del cajón central del mostrador el juego doble de llaves que había visto depositar allí a

los Badulaques. Me fijé también bien en los interruptores.

—No, ahora no. Mañana la veré, en la *facul*. Me voy a estudiar. La semana que viene tenemos un parcial de Natural, y lo llevo muy flojo.

Llegué al cine-club de Areneros a tiempo de ver bajar por la escalinata del puerto de Odessa un cochecito de niño sin el freno de la mano de la madre, momento de la cinta soviética del día ovacionado por el público que llenaba la sala. A la salida noté que *Cáceres* había llorado; *Marcela*, por el contrario, estaba radiante, casi guapa, y tardé en darme cuenta del porqué: se había arreglado la dentadura, y la primera sonrisa de su boca sin agujeros era para el delegado de curso, el rubio de Almería, definitivamente captado para la causa. *López-López* seguía siendo el único insensible.

Tomamos los cuatro, una vez que el almeriense se despidió, dándole una palmada en la mejilla a *Marcela*, varias rondas de cerveza y una ración de patatas picantes en un bar de Guzmán el Bueno, haciendo tiempo hasta la una. A esa hora llegamos *Cáceres* y yo a la calle de Relatores, oscura porque el teatro de enfrente no tenía función.

Entrar fue fácil. Lo difícil era no hacer ruido, no llamar la atención de los serenos, elegir bien los uniformes. Pero sobraba en el llavero una llave que no abría los armarios altos donde estaban las gorras de la policía. Fue *Cáceres* el que se fijó en la puertecilla disimulada al fondo de la trastienda. En esa cerradura sí cabía.

Entramos a oscuras en un cuarto de mal olor. *Cáceres* encontró al cabo de unos segundos la luz. ¿Qué era aquello? Un museo, un cementerio.

Ante los ojos ciegos por la luz brillante del neón se desplegaba un ejército, cincuenta soldados vestidos de uniforme. Poco a poco pudimos distinguir esa tropa formada. *Cáceres*, que venía de una familia de militares, fue el que adivinó antes que yo que allí había, en riguroso orden de graduación, una completa muestra de sastrería de todos los ejércitos franquistas de la guerra. Pero lo más curioso era que, pese a estar ajustadas en figurines de época con el rostro sin faz de las estatuas, no eran prendas nuevas ni estaban limpias: aquella indumentaria había sido tocada por la muerte.

El General de Estado Mayor que abría la hilera, nada más franqueada la puertecita, tenía el agujero de una bala a la altura de la divisa del gorrillo, la faja roja anudada a su cintura estaba desgarrada, y en el cuello de piel de su *canadiense* quedaba sangre seca. A su espalda, un comandante en uniforme de gala llevaba el fajín celeste muy descolorido, y los calzones *beige* de montar tenían ya peladas sus remontas de ante. Al lado, la sahariana del capitán mostraba intactos

sus correajes y trenzados, pero en el sitio del corazón una mancha oscura despedía aún un olor de persona. Un teniente de la Legión de polvoriento capote-manta miraba a un sargento porta-guión de la 1.ª Bandera con galleta amarilla; de la bandera sólo quedaba un jirón. Entre los dos, a la distancia de respeto, completaba el grupo legionario un cabo gastador con manopla y cordones: a su camisa verde oliva le faltaba una manga.

No muy lejos de ellos, acoplado en un mástil que hacía con brío las veces de montura, se erguía un lancero de la escolta montada del Caudillo con capa blanca negrecida y el turbante flojo. Pero la pica tenía aún intacto el filo, y el banderín de la España rebelde estaba tieso.

Avanzábamos *Cáceres* y yo asombrados. Él debía de pensar en sus antepasados, en el padre suboficial de infantería, en el hermano reenganchado de cabo al acabar su *mili*; yo pensaba en el Laberinto de los Horrores de la feria anual de Covarrubias, donde en las hornacinas que embestía el carricoche saltaban con disfraz sanguinolento los monstruos que asustan de noche. Quedaba una gran parte del recinto por explorar, pero yo hacía esfuerzos para no marearme por el tufo a calzado poco aireado y una atmósfera de climas invisibles que rezumaba substancia orgánica, como si cada figura de soldado defendiera el suelo que pisaba con las emanaciones de unas telas vivas sobre sus miembros muertos.

A *Cáceres* esos vapores fétidos no le afectaban, o, al contrario, le producían efectos saludables, porque me indicó con gran animación una fila nueva, que sólo se podía ver bien con la luz de unos focos adosados a la pared; ya había encontrado el interruptor. Empezaba a leerme los rótulos.

Había allí Regulares de Marruecos (llamativos la chilaba bordada del oficial y el fez rojo de los suboficiales), Tiradores de Ifni con sus paños de cara para el viento siroco sujetos al turbante, Nómadas del Sahara de manto azulón apolillado, músicos militares con la oxidada corneta pegada a una boca sin labios, cabos de infantería en traje de campaña, una dama enfermera con su capita abierta por el forro, el soldado esquiador de mono blanco y patines astillados, un enlace motorizado recubierto de cuero y con la chichonera abollada, oficiales de la Guardia Civil con la capota rasgada por la espalda, Milicias de Falange, con el apuesto Jerarca de uniforme negro y estrellas de plata rozadas en las puntas, el Jefe de centuria vestido de parada, el soldado de choque con el gabán caqui y las vendas de pierna derrumbadas sobre la bota, el abanderado de camisa azul arremangada, con la herrumbrosa hebilla del yugo y las flechas clavada en la banda que le cruzaba el pecho, y una airosa señorita de la Sección Femenina con delantal blanco manchado de humores y la coqueta boina ladeada.

Apartados del grueso había especímenes de la tropa extranjera: un voluntario «camisa negra» cargado de macuto, un teniente de la división *Dio lo vuole* en escotado uniforme de verano, un carrista imponente con chaquetón de piel y casco de aletas. Por lo poco vistas me llamaron la atención las plumas verdinegras desmochadas en el sombrero de los *bersaglieri*, y también el abrigo gris de un oficial de la Legión Cóndor. Y en todos los vestidos el orificio fatal de la herida.

Pero al fondo del cuarto, protegidos por el cristal de una vitrina alzada sobre bolas de madera, estaban, más nuevos, más enteros, mucho más cepillados, siete representantes del Requeté, y a éstos el coleccionista había querido darles una cara; los figurines tenían los rasgos pintados a mano, muy viriles, sufrientes o feroces, y en todos fui encontrando parecidos con personas reales de *El Vizcaíno* y *El capote africano*.

En ese armario, tapado hasta los ojos con un pasamontañas y apoyado sobre la garrota, estaba un teniente de las Brigadas Navarras herido en una mano, un cabo de la Columna Redondo con pañolón al cuello, un bigotudo Tambor Mayor de la Junta Carlista con el tabardo gris y la Cruz de Borgoña a la altura del pecho, un cristóforo del Tercio Montejurra con su gran crucifijo enhastado en la pértiga, dos voluntarios con pantalón bombacho metido en unos abultados calcetines, alpargata cerrada y camisa de felpa a grandes cuadros. Al primero de estos dos soldados un parche amarillo le ocupaba el campo del ojo izquierdo; otro de color negro cubría el derecho del que le acompañaba.

Dentro de la vitrina pero en un altillo descollaba el Sargento Provisional.

Era ésta una figura alta y elegante, y todas las guarniciones de su ropa tenían calidad: la boina roja era de paño fino y su borla plateada parecía de plata, la cazadora gris daba cuerpo al muñeco, y a la altura del bolsillo izquierdo brillaba un óvalo de fieltro con el corazón grana bordado sobre fondo blanco; ensartado con hilo de oro se leía el lema «Deténte, bala, el corazón de Jesús está conmigo». La cartuchera no tenía pelados, las botas de cordón alto relucían, los pliegues del calzón de montar estaban abombados, los puños abrochados, y, después de examinarlo todo con cuidado, sólo advertí una falla: en el guante blanco de manopla de la mano derecha el dedil del meñique, sin la carne del figurín, estaba desplomado, señalando en su caída los ojales desabotonados de la bragueta del calzón.

Entonces se oyó el puntazo del chuzo de un sereno; y nos asustamos. Apagué las luces del relicario y volvimos a la trastienda. Allí estuvimos quietos más de cinco minutos.

Fue una falsa alarma, pero *Cáceres*, estimulado seguramente por el modo de los cuarteles que aquella compañía le había devuelto a la

memoria, decidió obrar sin miramientos; de un codazo rompió el cristal de la estantería cerrada de las gorras y en pocos minutos llenamos las bolsas de lavandería con los trece uniformes que habíamos antes elegido. Después se asomó a la entrada de la tienda y me hizo un gesto para que avanzase. La calle Relatores, estrecha y oscura, estaba desierta.

Salimos con la carga a la Plaza de Tirso de Molina, y pasó delante de nosotros una tartana de traperos que recogían cartones de las aceras; desde el pescante, el más tiznado nos gritó que les diéramos algo: «la bolsa o la vida», eso dijo.

Seguimos a buen paso en dirección a Atocha, mirando con recelo a todas las bocacalles, como el amante mira en las comedias las puertas laterales por si acaso llega el marido a la alcoba intempestivamente.

A la mañana siguiente tenían lugar las acciones universitarias de mayor envergadura, pero de eso no tenía que ocuparme; mi próxima intervención era por la tarde.

Yo había pasado la noche en claro, después de los desvelos de la tienda. Me llegué a meter en la cama, aunque sabía que no podría dormir, y oí toda la noche a mi lado los ronquidos de *Cáceres* en' la suya y un lamento inarticulado con el que acompañaba, cada vez que el cuerpo quedaba bocarriba, sus manotazos de apaciguamiento del pene levantado.

Con los ojos cerrados y la conciencia despejada tuve algún sueño.

El más grato fue ver a Marisa en varias poses y varios fondos, como en los avances condensados de las películas de estreno; la mejor escena era la última vivida con ella, que mi razón en vela sabía que sería el desenlace pero que la memoria, más confusa y profusa en sus prestaciones, me devolvía con detalles de bulto, con aromas perdurables y con palabras de otra ocasión.

Otros sueños fueron peores, más expeditivos, y hasta los hubo amargos, y muy inesperados, por haberlos desalojado mi cabeza en los meses de Madrid. En concreto, los que me representaban en el pueblo nevado, pasada la hora escolar, oyendo el desvarío de mi abuelo sobre las guerras africanas, en las que yo sabía que no había combatido, cambiado su destino militar por la cuota pagada a un mozo más voluntarioso. O aquel otro que me situaba en Burgos un día de desfile de la Victoria, empinando los pies sobre la tierra de un alcorque del Paseo del Espolón y alzando mis ojitos de niño que sufría de orzuelos para ver en primerísimo plano —como la mano que el sacerdote ponía todos los jueves delante de la cámara para nublar los besos del cine— el brazo de mi padre levantándose en movimientos cortos con la intención de que yo aprendiera el saludo fascista. En uno salía yo con uniforme de niño de la OJE y banderín; cruel recuerdo que la memoria, siempre vaga para las fechas, superpuso a una buena tarde de correrías en piragua por el Arlanza.

Sin hacer ruido me levanté; *Cáceres* dormía ahora más benignamente, aunque aún destapado. Encogido en la posición fetal, sólo el rugido de su garganta de fumador revelaba su ser de adulto.

No había amanecido, y entré en la cocina; cuando empezaba a llenar de agua el tambor de la cafetera me quedé paralizado. La memoria, en sus desmanes, ofrecía un envío de última hora. Un resto de amargura —del amargo de los labios bajos de Marisa, no del

amargo de mis culpas— se refrescó en mi garganta. Dejé la cafetera y vacié la jarrita de leche que tenía al lado preparada, me senté en la banqueta de pelar las legumbres y allí, oyendo más lejos las bocanadas de *Cáceres* y más cerca el siseo del lápiz del impasible *López-López*, que pasaba las noches en su cuarto subrayando y aprendiéndose las obras de Lukács, disfruté de las repeticiones del sabor femenino.

Así estuve hasta las ocho, hora en la que la casa se empezó a mover con los pasos de *Marcela* camino, siempre ella la primera, del lavabo, el último gemido de *Cáceres* al colarse por la ventana el principio de realidad, las memorizaciones de párrafos de estética marxista que *López-López* hacía en voz alta antes de cerrar sus cuadernos.

Coincidiendo con el último día del homenaje a la cultura soviética, el Partido, a través de nuestro clandestino Sindicato Libre de Estudiantes, había convocado, a la salida de la charla que clausuraba el ciclo sobre «Praxis de la novela, teoría de la Revolución», una marcha de reivindicación sindical desde la explanada de Filosofía y Letras hasta el barrio de Argüelles, y *Marcela y Cáceres* eran los encargados de coordinar la salida de los manifestantes de Derecho.

Los dos se fueron pronto de casa, sin desayunar, y *López-López* y yo, *en reserva* para la tarde, nos quedamos frente a frente en la cocina con una torre de galletas *maría* entre nosotros. Pero *López-López* era el inapetente sentimental, recordé, y aquel día no estaba yo para oír su plática del substrato ideológico de la obra de arte en el realismo auténtico.

—Me voy un rato a la Universitaria a ver el ambiente. Sí, no te preocupes. Me pondré a cubierto de la *moni*.

Era un día de verano anticipado, y, dejando de lado el Puente de los Franceses, paseé por el Parque del Oeste, florecido pero vacío de los ancianos que, cuando lo aconseja la prudencia, se sientan en sus bancos a admirar el paso de la juventud de más futuro.

A mi espalda, en las escuelas y los colegios mayores de ladrillo rojo, no se veían movimientos de beligerancia, y enfrente, al otro lado del lecho agrietado del Manzanares, una naturaleza de colores subidos invadía los muros del mundo extra-académico, que empezaba allí con mucho tráfico de automóviles.

Quise visitar el Museo de América, y me dijo un portero que subrayába a lápiz la sección de inmobiliarios del *YA* que era el día de cierre, por lo cual me contenté con disfrutar, desde los altos de la contigua Iglesia Universitaria, del paisaje de la Casa de Campo. Pero por más que yo mirase el cielo despejado y los macizos de árboles tan robustos como en la tierra regada por ríos de otro caudal, no tenía más remedio que fijarme en lo que estaba a mis pies, más cerca, en la falda del terraplén del templo. La policía a caballo.

La conferencia no llegó a darse. A las siete de la mañana, mientras yo me pasaba la lengua por los rincones del paladar, la caballería y un coche-manguera tomaron las primeras posiciones junto al Rectorado. Seis delegados de facultad, entre ellos el nuestro, el de *Marcela*, habían recibido de madrugada la visita de la Brigada Político-Social, y tres, los imprudentes que dormían en casa, estaban ya en los calabozos de la Dirección General. A las once, y en la misma puerta de la facultad, fue detenido al bajar de un coche el conferenciante, crítico literario de *A la vencida*, la revista semanal más leída por las izquierdas; los estudiantes, muchos llegados de otras facultades, llenaban a esa hora el aula magna de Filosofía y habían ya empezado a entonar una canción-protesta valenciana que en esas ocasiones servía de preludio al canto de consignas contra la policía. Pero enseguida se corrió la noticia de la detención, y los alumnos más insumisos, sin dejar de corear, rompieron los cristales del aula para que por allí saliera, burlando la vigilancia de los *grises* apostados en la puerta de la facultad, el primer contingente de la manifestación.

Todo eso lo supe más tarde. Porque desde mi protegido promontorio de la parroquia de Santo Tomás, ese día sin feligreses, sólo podía intuir lo que pasaba por el creciente volumen de los mensajes de radio que un teniente de la policía recibía, mientras los caballos husmeaban la hierba de los rieles del tranvía.

Sobre las doce aparecieron por las aceras de la avenida del Arco de la Victoria los primeros grupos aislados de manifestantes, surgiendo algunos de los setos con la cara tapada y las cintas de libros en bandolera, como contrabandistas de Sierra Morena. La manguera del coche-manguera, para hacer una prueba de su movilidad, giró con indolencia, como la trompa de un elefante al que pican las moscas en el lomo, y volvió al reposo sin despedir su líquido. Los jinetes subieron a sus monturas, que en las horas de holgazanería habían dejado la calzada llena de excrementos. Al teniente seguían atronándole desde jefatura.

A la una, la columna de Filosofía que había engañado a los *grises* del Paraninfo se dejó ver a la altura de la Escuela de Navales, avanzando ya en desafío por el asfalto de la avenida. La policía montada formó en línea, y los caballos, por vez primera avisados de que su puesto en el mundo de ese día no era pacer y defecar fuera de los cuarteles sino servir de fundamento a los mamelucos, empezaron a patear nerviosos y a levantar el hocico a las nubes pidiendo guía. La manguera del coche-manguera llevó a cabo una segunda demostración, esta vez de alcance: se irguió hasta su tope y arrojó un chorro de agua tintada sin apuntar, como hacen los juguetones de la manada en la orilla del río.

Llegaron refuerzos: cuatro *jeeps* y dos coches-furgón, y la franja de

la calzada más cercana a mi punto de observación, que hacía esquina con la avenida de los Reyes Católicos, quedó enseguida interceptada por dos cordones de policía a pie y la cortina de los caballistas. Pero mis compañeros no se detuvieron. La fila de cabeza, donde reconocí a unos camaradas de Económicas, empezó a gritar «¡Libertad sindical!», y el teniente, dudando entre atender al clamor de su radio o concentrarse en la voz conjuntada de los estudiantes, tomó al fin un megáfono y pidió a los manifestantes que se dispersaran. Cada vez llegaban más; calculé unos dos mil, marchando a paso lento, y también junto a mí, ante la fachada de la iglesia, había aumentado el grupo de mirones, estudiantes pasivos o compinches vestidos de paisano de los policías inferiores.

El teniente, galvanizado por el último chillido de las ondas, corrió hasta el grueso de sus fuerzas y ordenó un movimiento. Los *grises* de infantería, que ya tenían la porra en mano, abrieron las filas, y entonces, a un signo indescifrable del oficial, en nada parecido al que hace mover a los ejércitos en las películas napoleónicas, avanzó la caballería. Los animales perdieron definitivamente su estampa de criaturas involuntarias que siguen los designios de un primer motor y embistieron con diferente ferocidad, mostrando en sus caras poco antes igualadas por la indiferencia a los preparativos marciales unos más diligencia de ataque que los otros, simplemente fogosos en el trote. Empecé a ver caer estudiantes y a algunos recibir porrazos y patadas de los caballos, mientras una gran parte de los manifestantes corría en desbandada por los parterres del parque y el grupo de cabeza pedía resistencia pasiva dando ellos mismos ejemplo con su *sentada* imperturbable en el cruce con la avenida de Séneca.

En ese pasaje me retiré, sin poder aguantar más tiempo el papel de espectador de una escena violenta que en otras circunstancias me habría tenido como actor. Mientras bajaba la cuesta que bordea el Instituto de Cultura Hispánica pude ver cómo entraba en acción el coche-manguera. Sobre el fondo del hueco del Arco de la Victoria —que desde mi pináculo le enaltecía, como otros arcos de triunfos más nobles enmarcan a los tanques de la libertad— avanzó unos metros y esta vez sí apuntaba. La manga se elevó, se abrieron sus morros y el golpe de tinta dio de lleno en el grupo de los que habían resistido sentados la primera carga de la policía. Una riada de cuadernos manchados, hojas sueltas de libros, gafas, pañuelos, plumas estilográficas, paraguas de varillaje mondo, zapatos sin pareja y alguna estudiante de poco peso corrió por la avenida. De nuevo la manguera escupió y de nuevo les remojó, al igual que la madre elefante, que siempre acierta a bañar a sus crías con la rociada de su trompa.

Por la tarde, a las cuatro, mientras los once camaradas asignados al *pelotón* empezaban a disfrazarse en pisos diferentes del acomodado barrio de Salamanca, todos propiedad de militantes del Partido, tuve una entrevista breve con *Juan Anido* y el Comediógrafo del Día en casa de éste, de nuevo sin criados pero con el cancerbero celoso del portal. Allí se perfilaron unos puntos de procedimiento y nuestro anfitrión nos informó, mientras se aplicaba una leche verdosa en la piel castigada de su cara, del orden de actuaciones previsto en el programa. Esas serían las últimas palabras que nosotros podíamos dirigirle a él ese día.

Desde la casa de Sepulcre *Juan Anido* y yo fuimos andando a nuestro piso correspondiente y nos vestimos deprisa ayudados por los camaradas, que ya se sabían los engaños del uniforme. Las pistolas estaban descargadas.

A las siete tenía lugar en el cercano teatro donde se estaba ensayando *Los amantes de mi mujer… son mis amigos* una gala que ponía fin a las Cuartas Jornadas Internacionales de Teatros Nacionales, en esa ocasión centradas en el tema «El gracioso en la escena clásica». Como el congreso, doblemente importante por el prestigio de los participantes y el desafío de celebrarlo bajo las mismas botas del Dictador, no gozaba de patrocinio oficial —se había hablado en los despachos del ministerio, después de varios meses de conciliábulos y consultas telefónicas a la más alta superioridad, de «tolerarlo, sin más»—, a la clausura no asistía ningún cargo gubernamental, pero sí la profesión entera, los primeros intelectuales nacionales, todos los miembros de las delegaciones de los once países visitantes, la prensa extranjera acreditada y un buen número de diplomáticos emplazados en Madrid. En este acto y ante ese público la difusión de nuestro mensaje no sólo significaría para el gobierno franquista un conflicto de relieve internacional (que ya no perjudicaba el desarrollo del encuentro) sino que dejaría oír en toda Europa la protesta obrera y universitaria de un pueblo avasallado. A esa *acción concluyente* que coincidía con la última jornada de la Quincena Soviética *Marcela* la había llamado «el asalto al teatro de invierno», y la frase prendió.

Cuando a las seis nos juntamos en el teatro mis doce camaradas y yo vestidos con el planchado uniforme de la policía armada, vimos lo esperado: una sola pareja de «colegas» apostados rutinariamente ante la puerta; nuestro gris relucía junto al suyo. El Sargento (que era *Juan Anido* con su hermoso pelo blanco ese día teñido en el cogote que la

gorra dejaba ver) se acercó a ellos y les dio la consigna preparada: por una orden de última hora se destacaba a nuestro pelotón en el interior del teatro, donde debía permanecer durante todo el acto en previsión de «discursos incontrolados». Los números le escucharon con respeto y al final le hicieron el saludo. Entramos en el teatro.

Yo fui mostrando a los demás los puntos estratégicos, y mientras las patrullas se colocaban en sus puestos empezó a animarse el vestíbulo. Llegaban italianos con los ojos enmascarados y largas narizotas en homenaje a su antiguo teatro, la nutrida delegación de Portugal, éstos con el típico traje nacional, los griegos del Teatro de Epidauro haciendo mucho ruido en las baldosas con el coturno, y poco a poco la sala se fue llenando. A las siete menos cuarto entró, muy bien acompañado de dos señoras con abrigos de piel, el Comediógrafo del Día. Pasó a mi lado altivo, mordiendo la boquilla, con la cabeza de sus forúnculos más irritada que unas horas antes, y escuché la frase con la que fue amablemente saludado por un hombrecillo de bigote fino:

—De este año no pasa, Sepulcre. Nos tiene usted que dar para Festivales de España algo salido de esa pluma suya tan donosa.

Quien había dicho esto era la autoridad de la velada: un jefe de negociado de la Dirección General de Cinematografía y Teatro que, sonriendo a todos y mirando desconfiadamente a todos, no se sabía si estaba allí para sancionar de forma vergonzante la clausura o como espía de rango que redactara luego el informe policial al superior.

En el retén de guardia, que se había decidido situar en el despacho del jefe de sala, nosotros actuamos como la policía. El suelo quedó lleno de salivazos, se contaron chistes de mujeres, se pasó revista despectiva a los escritores con barba y chaquetón tres cuartos de capucha (que se asustaban al vernos detrás de la mampara de cristal), y el más basto de los doce, «El Cabo», llegó a imitar con contoneo a un galán maduro del Teatro Español que andaba afeminado. Todos, me sorprendió, éramos comediantes.

El espectáculo consistía en una miscelánea de fragmentos de obras clásicas interpretados por los actores titulares de cuatro compañías nacionales. Tras unas palabras iniciales del delegado español de los encuentros, un conocido director de escena, empezó Francia.

La Comedie Française presentaba, para ilustrar la figura del hazmerreír, una escena del segundo acto de *La double inconstance* de Marivaux, y cuatro personajes salieron a escena con el pelo empolvado y bonitos vestidos de encaje. No entendí bien la acción, a pesar de que el texto iba impreso en el programa, pero había un pasaje en el que *López-López*, que sabe idiomas, me hizo un guiño desde su ala izquierda del anfiteatro, donde ambos estábamos de vigilancia. Arlequín, el gracioso, le decía a un caballero con tocado de

plumas, colocándose el antifaz sobre la frente:

> «Quel trafic! C'est justement recevoir des coups de bâton d'un côté, pour avoir le privilège d'en donner d'un autre; voilà une drôle de vanité!»

Le contesté a los ojos también burlón, por si acaso.

Los actores de la Comedie doblaban mucho la cintura, se hacían constantemente cumplidos con el sombrero y sacaban voces atipladas del estómago, pero al final fueron muy aplaudidos. Seguía Gran Bretaña.

Era la Compañía Real de Shakespeare, representada por cinco de sus miembros más célebres, que interpretaban monólogos de humor de dos piezas del Bardo Inmortal. Fue breve y sentí no entenderles, porque su recitado sin falsete tenía la auténtica mentira del teatro. Primero reí a gusto con las palabras incomprensibles de un viejo grandullón de enorme panza que bebía a tragos largos ante el decorado de una taberna, acompañado de un paje y tres rufianes. Y el fragmento final, muy corto, que los que lo captaban apreciaron mucho, me llamó la atención: otro anciano vestido de portero, con manojo de llaves y calzas de dormir, salía a escena al oír los golpes de una puerta y decía su parte frente a unos personajes tenebrosos, como de melodrama. También este actor hacía de bebido, se frotaba mucho la nariz y repetía el gesto de rascarse el empeine de los calzones, como quien quiere orinar y no le sale.

Las ocho menos diez, y aún entraban los rezagados a la platea. Las ocho y media era la hora *zeta*, con lo que estaba calculado que se podía ver entera la actuación de los españoles, la Compañía Lope de Vega, que para la ocasión había desenterrado una comedia oscura del Fénix en la que el lacayo chistoso tiene un papel fundamental.

Se llamaba *La mayor dicha en el monte*, y al subir el telón se veía un bosque y un templete romano, y en el centro del escenario un simulacro de demonios y ángeles. A continuación salían por el fondo *Lucrecia*, la criada, y el gracioso de la obra, con el raro nombre de *Rapatrama*. Entraban ya enredando.

> *LUCRECIA* Y así, amigo Rapatrama,
> si me has de querer, casarnos
> y ser cristiano conmigo;
> si no quieres, no hay que hablarnos.
>
> *RAPATRAMA* ¿Para casarme adorar
> deidad que habita en venados?
> No estoy de ese parecer.

Rapatrama, vestido de pagano, con pieles cuarteadas, collares de cuenta y aretes en los labios, movía todo el cuerpo al hablar y daba grandes saltos de cabra.

> *LUCRECIA* Si eso temes, ¿cómo adoras
> a Júpiter? Pues es llano
> que para robar a Europa
> fingió ser un toro manso.
>
> *RAPATRAMA* ¡Qué boba que eres, Lucrecia!
> Por ser caso tan extraño
> se merece adoración.
> Era dios y hizo un milagro.

Un breve parpadeo de los focos señalaba el cambio de las escenas, interpretadas con mucho realismo y músicas en vivo: cuatro trompas de caza y un caramillo. Se oyó entonces un estrépito entre las cajas, como de truenos, y un nuevo rostro apareció detrás de una columna jónica.

EUSTAQUIO Jesús, qué tumulto airado,
qué terrible tempestad!

RAPATRAMA Temblando estoy del demonio.
El hace aquesto, es muy llano.

LUCRECIA Promete serás cristiano
y admíteme en matrimonio,
y no tendrás que temer.

En ese momento caía sobre el bufón un rayo con relámpago y salía a escena por el lateral otro actor vestido pobremente.

CRIADO ¿Qué haces, señor, descuidado,
cuando de esa ardiente esfera
un rayo dio en tu panera
y todo el trigo abrasado
sube en llamas convertido?

RAPATRAMA No en mi vida sea cristiano
ni dejar mi religión.
Desvíate allá, Lucrecia,
que güeles a chicharrón.

Yo seguía la riqueza del verso castellano por el programa, ya que las risas del público y las alturas del tercer piso no me dejaban oír a los actores, los cuales, además, vocalizaban gangosamente excepto el gran trágico Trenos, que encarnaba con irresistible comicidad a *Rapatrama*. En una transición de las escenas vi en su palco al Comediógrafo del Día; las dos damas del abrigo y otros tres señorones de pie estaban absorbidos por la obra, pero Sepulcre, sentado, tenía la boquilla vacía en la boca y sin dejar de morderla miraba a un punto fijo de la sala, rascándose las mejillas.

RAPATRAMA No es muy blanco el señor pan;
Argos se parece al queso,
con que bien claro se prueba
que las hermanas Cabrillas
tienen con él parentela.
Aquesta bolsa de Baco,
que bota quieren que sea,
no hay remedio que esté blanca
por más y más que la cuelan.

Y el Gran Trenos, que estaba entrado en carnes y tenía la nariz roja de natural, bebía haciendo gárgaras, sacaba de un pequeñísimo morral cuatro barras de pan, un queso de oveja y pellejos de vino, todo con gran regocijo de la sala, que interrumpió su monólogo en un aplauso de más de un minuto. Mi reloj, cronometrado con los otros doce, marcaba las ocho y veinticinco.

RAPA TRAMA ¡Qué amargor tengo en la boca!
Con esto se azucarea.
Mas, ¡voto a Dios!, ¡voto a Dios!
que este vino de la venta
me ha encantado con hechizos.

Y el Gran Trenos se alejaba tambaleante por bastidores y volvía a entrar con las poses comunes del borracho, que parecía ser otra figura recurrente de aquellas Jornadas.

Un poco precipitadamente se producía el desenlace de la comedia. Con tropezones salían a escena el emperador Trajano y cuatro santos en sayo de arpillera, y del suelo crecía sin estaciones una higuera; breve pausa. A continuación el signo de la cruz titilaba en el foro, como en la apoteosis de un fuego artificial, y surgía en tropel una figuración numerosa de centuriones, todos un poco descolocados, con la pica mal encajada en el fuste, el penacho del casco torcido, las capas cortas o demasiado largas, y uno, un muchachito de piernas muy velludas, con reloj de pulsera junto a la manopla. En medio de esa barahúnda, *Rapatrama*, haciendo valer el caudal de su potente voz, terminaba su parte adelantándose hacia el público y gritando con una inclinación:

RAPATRAMA Mi papel se acabó aquí.
Adiós, hasta otra comedia.

Y en ese momento subieron al escenario, andando con aplomo y parsimonia por la escalerilla central del patio de butacas, *Rosa Láinez* y otra compañera, elegantes las dos y con un folio en la mano. Los espectadores, que aún reían las ocurrencias del Gran Trenos, tosiendo los que estaban sentados en las primeras filas por el humo amarillo de la exaltación cristiana del final, debieron de pensar que las chicas eran delegadas del congreso que iban a leer un comunicado. Pero el gesto torcido del *Rapatrama* pronto advirtió a algunos de lo anómalo de aquella interrupción. El Gran Trenos corrió hasta la concha del apuntador y trató de empujar a las intrusas con los pellejos del vino, con tan mala fortuna que el impulso de su carrera le hizo caer al suelo entre las dos, poniéndose perdido de vino o lo que fuera aquel líquido

rojo y pegajoso que se derramaba por las tablas. Serena, con voz clara, *Rosa Láinez* empezó a leer.

> «*En nombre de los cuatrocientos firmantes de este manifiesto, abogados, profesores universitarios, estudiantes, profesionales de la ciencia, la técnica, la literatura y las artes, líderes obreros democráticamente elegidos y sacerdotes, nos dirigimos a la opinión pública para informarla de la gravísima actuación de las fuerzas policiales del gobierno franquista en la represión de los legítimos derechos de asociación y libertad de expresión sindical. Una huelga indefinida ha comenzado hoy en los distritos universitarios de Madrid, Valencia, Barcelona y Sevilla, y más de treinta factorías madrileñas van a hacer mañana paros intermitentes de una hora en protesta por unos sucesos que la prensa oficial y "vendida" de todo el país está silenciando. A lo largo de la semana pasada, el ilegítimo Tribunal de Orden Público ha dictado durísimas condenas, alguna de más de diez años de prisión, contra representantes de Comisiones Obreras elegidos por sus compañeros, y ayer, a las tres y media de la tarde, quince individuos de la Brigada Político-Social, sin mandato judicial, descerrajaban los locales del recién creado Sindicato Democrático de Estudiantes de la facultad de Filosofía y Letras de Madrid y se incautaban de gran cantidad de papel, clichés nuevos y usados y otros documentos, paseándose después con aire amenazador por toda la facultad.*»

Eran las nueve menos veinticinco: el momento de que ocho de los falsos policías de las patrullas apareciesen discretamente en los pasillos laterales del patio de butacas y, apostados allí con las pistolas dentro de sus fundas, escucharan indiferentes la proclama contra ellos mismos.

> «*Doce horas más tarde, a las tres de la madrugada, más de veinte estudiantes universitarios de distintas escuelas y facultades fueron sacados de malos modos de sus domicilios y conducidos en cuatro furgones de la policía armada, con insultos y porrazos, a los calabozos de la Dirección General de Seguridad, donde se les ha…*»

El aplauso se inició en el anfiteatro, por lo que *López-López* y yo tuvimos que representar el papel más difícil. No había que mirar a los revoltosos (veinte camaradas que, haciéndose pasar por actores de fuera de Madrid habían entrado gracias a los pases conseguidos por el Comediógrafo del Día) pero tampoco pegarles; había que mantener el rostro impasible. El público de los otros pisos se dividió. Vi que el jefe de negociado de bigotillo, que estaba en un palco próximo al de Sepulcre, se levantó airado del asiento, pero encontró detrás al

Sargento de la policía, el cual, con las enérgicas maneras de *Juan Anido*, le obligó a sentarse de nuevo; un cañón de pistola que perforaba la penumbra del antepalco le mantuvo inmóvil, aunque su cara era la de un hombre muy confundido.

Al pateo de un pequeño sector respondieron ya sin miedo la mayoría de los presentes y no pocos miembros de las delegaciones europeas, que debían de perder las palabras del manifiesto y entender su mensaje. Los que estaban sentados cerca de los pasillos extremos de butaca no aplaudían: miraban de soslayo aunque muy sostenidamente a la fuerza pública, pero ésta se mostraba insensible a tan gran atención: los ocho agentes elevaban los ojos al cielo raso del teatro en posición de firmes.

Así, bajo la protección benevolente de trece policías, dio fin a la lectura del texto *Rosa Láinez*, con una emocionada coda no-escrita en la que se pedía la solidaridad del extranjero con nuestros movimientos de huelga y resistencia.

Justo en el momento en que *Rosa Láinez* y su compañera empezaban a bajar la escalerilla, se cerraron las cortinas del escenario, posiblemente accionadas por el atribulado Trenos, que se había quitado las pieles de cabra y los collares y había desaparecido, dejando a los santos colgados en su gloria y a los centuriones en su gesto final de conversos. Esa coincidencia acentuó el mágico prestigio del teatro, y las dos camaradas recibieron, entre sonrisas y alguna cara de repugnancia, un aplauso profesional. El Comediógrafo, rodeado de reaccionarios, ni pateaba ni aplaudía. Era su cometido.

Escoltadas con escasa marcialidad por sus propios camaradas disfrazados, y ante el desconcierto de los asistentes, abandonaron las dos el patio de butacas, mientras los *grises* situados en los pisos superiores bajamos a reunimos con el resto del pelotón. Formando esa tranquila procesión salimos todos del teatro, mientras el «Cabo» se acercaba a informar a los dos policías verdaderos:

—Hemos trincado a estas dos comunistas, que querían leer un panfleto contra el Gobierno. Las llevamos a Sol.

Y doblamos la esquina cuando lo hacía en dirección contraria, andando enérgicamente, el Ministro de Información y Turismo.

Fue un momento de hermosa y peligrosa teatralidad. Los falsos funcionarios que habíamos cumplido una eficaz labor de policía miramos a los de la *secreta* que iban en la custodia del Ministro y medimos nuestras fuerzas de persuasión. Ellos, vocacionales, parecían fantoches, atentos con el rabo del ojo al movimiento del transeúnte más inocuo pero metidos con poca holgura en los trajes de línea civil; coronados —como el patán que gobierna la ínsula engañado— por el corte de pelo de navaja y las patillas de hacha; obligados a ocultar —bajo una americana cruzada que resaltaba demasiado su tórax de yudocas— el único atributo distinguido de su empleo: el arma. Nosotros, presos del almidón de la camisa blanca, agobiada la frente por la novedad de la gorra de plato, aún no conformados con la brida del barbuquejo, podíamos, sin embargo, hacer ostentación de un falso rango y una falsa misión, llevándonos la mano a la cartuchera como indicio de autoridad y saludando con más propiedad al alto cargo.

Nos rebasaron, andando a un paso de marcha para el que sus

zapatos mallorquines no estaban preparados, y entraron, como secuelas del resoluto y ágil Ministro, en el teatro. Dueños de nuestro disimulo, frente a la simulación abochornada de los *secretos*, continuamos calle abajo protegidos por la patente de autenticidad.

Con un pensamiento para el valiente *Juan Anido*, que se había demorado en el vestíbulo cubriéndonos la retirada, me volví a mirar la fachada del local, con la nostalgia ya del actor que termina la última función de una obra en gira y se despide hasta la temporada siguiente del pequeño coliseo de provincias; a pesar de los riesgos de esa huida, reí por dentro al ver las humoradas de la casualidad. Los cartelones colgados temporalmente para la clausura de los encuentros, movidos por el viento que se había levantado durante la velada, dejaban ver en parte el rótulo pintado de la próxima obra del Comediógrafo, y el juego de las letras de tela y las letras de cal daba el siguiente anuncio:

UNICO DIA PRESENTACION EN ESPAÑA
EN SU LENGUA ORIGINALISIMA
DE LOS AMANTES EXTRANJEROS
DE FEDERICO SEPULCRE RIASE Y DISFRUTE
POR INVITACION EXITO ANTICIPADO
MUCHA RESERVA

El Ministro de Información y Turismo había decidido a última hora que su presencia en el cierre de un acto de tanta resonancia cultural podría anular el contenido veladamente protestatario de los encuentros y reportarle a su gobierno las bazas de un gesto tolerante. Con dos subdirectores generales y cinco guardaespaldas entró como una tromba en el teatro, para sorpresa de la pareja de policías primigenios, y se dio de bruces con *Juan Anido*, que, dejando encerrado al funcionario rebelde en su palco, salía en medio del tumulto.

Mantuvo *Anido* la compostura, dando la novedad y refiriendo a su manera lo sucedido, pero cuando ya llegaba al final de una magnífica improvisación apareció en el vestíbulo, en estado de gran excitación y con magulladuras por su salto al patio de butacas, el jefe de negociado:

—¡Es uno de ellos! *Uno* de ellos, señor Ministro! ¡Cójale, que no se le escape! Es el culpable de que aquí se haya consumado una ignominia antiespañola…

La tirada rabiosa de su subordinado hizo que el Ministro, con sus manos gorditas pero recias, retuviese al Sargento, inmediatamente rodeado y reducido por los matones de la *secreta*, que pudieron sacar sus pistolas con justificación y ejecutar un muestrario de llaves de karaté. Los dos agentes burlados se encargaron de conducir a *Juan Anido* a la comisaría.

La escena fue aplaudida por una minoría de invitados, mientras la mayor parte de los asistentes, que había dejado sus asientos comentando en grupos el incidente, trataba de desviar las sonrisas sardónicas. Uno de estos últimos, *revoltoso* de los pases falsos, contó después lo sucedido tras nuestra marcha.

En un intento de recuperar la iniciativa e imponer la calma, el Ministro ordenó que continuase la velada hasta su ya cercano final, pero la compañía griega, que tenía que dar remate al programa con un florilegio de Aristófanes, no se sintió inspirada; el Gran Trenos había sufrido un colapso, y algunos comediantes europeos le estaban atendiendo en su camerino con preparados que estos curanderos de la farándula —expuestos al antojo del viento de la fatalidad sin la trampa de ninguna pantalla— conocen por un saber antiguo y exclusivo.

Pero el Ministro, que era un hombre de obcecación, insistió, y para dar ejemplo pasó a ocupar su palco, rodeado de los edecanes, y allí, de

pie, empezó a dar voces él mismo, atropelladamente:

—¡La función continúa, señores! ¡Aquí estamos a ver teatro! ¡Telón! ¡Focos! ¡Artistas!

Se abrieron finalmente las cortinas, dejando ver los restos chamuscados de la escena lopesca, sin intérpretes de ninguna nacionalidad. Y sólo veintisiete zalameros volvieron a ocupar sus localidades, mas Sepulcre, sin las señoras, sin boquilla, tan pálido que el sarpullido dibujaba sobre su cara una máscara de tragedia.

Los restantes, incluyendo a la totalidad de los representantes de las legaciones extranjeras, abandonaron el teatro satisfechos de la prerrogativa de haber estado cerca del lugar donde la Historia aguarda, con hastiado gesto de *déjà vu*, el paso de los hombres.

La comitiva de las prisioneras se fue dispersando a medida que nos alejamos del teatro. En la calle Serrano las dos chicas se separaron amistosamente de sus custodios, para tomar un taxi con la soltura afectada de los jóvenes de esa zona. En la esquina de Hermosilla con el Paseo de la Castellana nos despedimos sin saludos los policías y por parejas nos dirigimos a los puntos del extrarradio señalados para despojarse del disfraz.

Como estudiantes entramos en casa *López-López* y yo, pero lo que vimos fue un cuadro de combate: *Cáceres* herido en la cabeza por los porrazos de un *gris* perseverante que le había seguido desde el Arco de la Victoria hasta alcanzarle en una boca del *metro*, y *Marcela* ausente, detenida también en la manifestación.

Yo mismo le curé la frente a *Cáceres*, mientras *López-López*, nervioso por la falta de comunicación de nuestro enlace e incapaz por ello de enfrascarse en la última remesa de volúmenes de Marx y Engels con pie de imprenta de Moscú, oía por radio las noticias tergiversadas de los sucesos de la mañana. Del «asalto al teatro de invierno» no se decía nada.

A las once de la noche sonó el timbre de la puerta. *Cáceres* se había mareado después de mi cura, y estaba en el diván de la sala cubierto con su gabardina. *López-López* apagó la radio, y nos miramos con aprensión; los timbrazos no concordaban con la clave fijada.

—Voy yo —le dije— Y no te muevas.

Andando de puntillas y sin zapatos me acerqué a la puerta, tanteando las paredes forradas de damasco de imitación del largo pasillo apagado. Pero antes de que alcanzara la mirilla calada clavada a baja altura de la puerta, para realzar la placa en bronce de María Auxiliadora, oí una voz.

—Soy Mari Cruz. ¿Estás ahí? ¿Quién eres? Te he oído.

Aún dudé. Era la coruñesa, pero ¿y si venía acompañada, forzada por los de la *social*?

—Estoy sola. ¿Estás solo? *¿Simón? ¿López?*

Abrí, y no nos vimos. La oscuridad de *mi* pasillo y la de *su* rellano se fundían en negro. Pero al oír el picaporte Mari Cruz debió de adelantar sus brazos, y yo hice lo mismo con los míos después de abrir la puerta. Nos encontramos en un abrazo monacal bajo el marco, en la negrura, ella con lágrimas, yo con palpitaciones, hasta que tuve la decisión de separarme de su calor y encendí una luz, empujándola después hacia el interior del piso.

Al entrar en la sala de estar *Cáceres*, tocado por el soplo del instinto de los enamorados, estaba ya despierto y semi-erguido en el diván; incluso su chichón me pareció de menos bulto. Mari Cruz se abalanzó hacia él, pero en vez de abrazarle se recostó a su lado, a lo largo, y sólo después de acomodarse en esa posición yacente sobre los almohadones le besó y le hizo caricias en las sienes.

—Estás bien, estás bien. Yo también. Hemos salido de ésta.

Y lloró un poco, mientras *López-López* y yo nos íbamos a la cocina, más por dejarles solos en el reencuentro que por la causa expresa de traer *cocacolas*.

—Te perdí delante del Cine Princesa, ¿qué te pasó? —oí que Mari Cruz empezó a decir, al tiempo que dejaba en el suelo su larga chaqueta de bolsillos de parche de color y el bolso, del que sacó un pañuelo.

Cuando volvimos con los vasos y las botellas *Cáceres* se había levantado y Mari Cruz parecía dormida. Hubo una breve escena de miradas cruzadas.

Yo miré de reojo al indiferente del corazón, que colocaba el servicio sobre la mesa, y de lleno al enamorado que observaba con complacencia a su novia tiesa. Pero el juego de miradas se complicó. Mari Cruz no estaba dormida y abrió los ojos al sentirse escrutada; *López-López* puso en el suelo, para dejar sitio a las bebidas, sus pesados libros de marxismo, y cuando *Cáceres* se dio cuenta y los reconoció, vi que su mirada, más inquisitiva ahora que cariñosa, se concentraba en el bolso abierto de Mari Cruz: él y yo pudimos comprobar que los tomos de Freud no estaban en su lugar de transporte habitual. *López-López* se sentó, sirvió tres vasos y me indicó el mío, Mari Cruz volvió a adormecerse en el diván con una rara sonrisa de paz, *Cáceres*, feliz por su constatación, me miró buscando en mi cara un signo de entendimiento, yo dejé de mirar en todas direcciones y volví los ojos hacia mis adentros, por ver si encontraba un rincón imposible de ser curioseado por los demás donde recuperar los restos de mi gran noche, de mi mejor momento de *vida personal*.

Fue una larga noche que acabó bien para todos, menos para mí.

A la una, la llamada telefónica esperada nos tranquilizó. A *Marcela* la habían soltado de la Dirección General en compañía de otras nueve chicas —los estudiantes varones permanecían dentro— y no había hablado, pese a la paliza. Podíamos por tanto dormir en casa; ella, por si acaso era seguida, iba a pasar la noche en el domicilio de una de las estudiantes detenida en su mismo grupo y también liberada. Al día siguiente, y en el lugar prescrito, tendríamos más información.

López-López pudo así retirarse a su cuarto, recogiendo del suelo los libros moscovitas, y *Cáceres* ocupó *nuestro* dormitorio con Mari Cruz, mientras yo, con un guiño de sacrificio exagerado, le indicaba mi cama: el diván.

La sorpresa la tuve a la madrugada. Vestido, de nuevo desvelado, seguí a la luz de un aplique de pared las incidencias de los demás, acostado en el diván. La casa se fue oscureciendo y acallando. *López-López* apagó el flexo en su dormitorio y se metió en la cama, la pareja hablaba a lo lejos, pero al cabo de media hora cambiaron la palabra por un arrullo; más tarde oí risas. Cerca ya de las cuatro tuve frío. Recordé la chaqueta que Mari Cruz había dejado al pie del mueble. Allí estaba, en efecto, doblada, junto al bolso. La recogí y me la eché sobre las piernas. Sentí un golpe fuerte en las espinillas.

Me incorporé dolorido y sopesé la chaqueta plomífera. Abrí una a una las tapaderas de corchete de los bolsillos asimétricos, hasta que en el más amplio, el del faldón izquierdo, descubrí la carga: un grueso volumen encuadernado en cartoné. Era un manual hindú de posturas eróticas robado seguramente de *Galerías Preciados* (pues tenía la etiqueta íntegra del precio) y con las hojas aún sin cortar. Me distraje un buen rato ojeando las láminas desplegables con diosas de cabeza de elefante penetradas en un difícil escorzo por hombres de cuatro y más brazos, y leyendo, en los trozos de página que alcanzaba a ver sin rasgar los pliegos, los consejos escritos en una lengua más al alcance humano.

Desde esa posición decúbito supino que no venía en el libro oí un apogeo de exclamaciones en *mi* dormitorio. Cerré el manual de adiestramiento, apagué el aplique y traté de dormir.

—La cosa está que arde. Tú te has quemado.

Fue, en resumen, lo que vino a decirme el compañero responsable del sector universitario —un estudiante de Ciencias Químicas muy versado en la alquimia de la palabra— que nos habló por separado en los jardines de Eva Perón, detrás de la iglesia donde éramos citados junto a la pila del agua bendita.

Soñoliento oí el relato que sentenciaba mi combustión como activista madrileño: el arrojo ejemplar de la *acción desencadenante* en la sastrería y mis útiles indicaciones desde dentro del teatro en la *acción concluyente*. Respecto a los restantes burgaleses de la célula, *Marcela* permanecería de momento, para guardar las apariencias, en Madrid, aunque tendría que andar sobre ascuas, y a *Cáceres*, en cuanto se calmaran los ardores de la fiebre que le daba su brecha en la cabeza, se le iba a encomendar una labor casera de documentación, muy apagada. *López-López* era el único que seguiría incandescente.

—*¿Y Juan Anido* y *Rosa Láinez*? —le pregunté al químico, tratando de romper el hielo de ese encuentro entre los setos.

La brigada político-social, enardecida por el bochorno de nuestra soflama ante los congresistas del teatro y por las ígneas palabras de reprimenda del Ministro de la Gobernación, sin duda escaldado por la queja del ridiculizado colega de Información y Turismo, había actuado con terrible fogosidad, con saña, y en las primeras redadas habían caído figuras importantes del Comité Central del Interior. A *Juan Anido*, siguió hablando el compañero químico con su porte glacial, le habían torturado más de una vez desde su detención, pero resistía en silencio; un camarada que ocupó su misma celda y había salido ya de los sótanos de la Dirección contaba que *Anido* tenía la cara y los pies inflamados. Y *Rosa Láinez*, a pesar de su estola de zorro plateado y el juego completo de maletas de cuero italiano, había sido detenida en la estación de Atocha, una hora después de la salida del teatro, en el momento de subir al expreso de Andalucía, que ya arrancaba con sus calderas al rojo vivo.

—Mañana, a las diez treinta de la noche, estarás con lo imprescindible en esta dirección —terminó el compañero su misión, entregándome un ejemplar marcado del *ABC*—, Y no te calientes más los cascos. Es un consejo. Se te han acabado por una temporada los *fuegos artificiales.*

Salí de los jardines con un sudor frío. Me quedaban 36 horas de vida de Madrid y no sabía en qué emplearlas, dentro de las

posibilidades de un hombre como yo, reducido a cenizas.

Fui andando sin fijarme un rumbo por Francisco Silvela, descubriendo una zona de la ciudad que apenas conocía. La calle de María de Molina me estaba gustando por sus fincas de torreones y tapia alta con penacho de rododendros, en medio del agobio de los coches, cuando vi salir de un gran portal de cristales y molduras cromadas, en la esquina de Claudio Coello, a *Marcela*. Los dos desconfiamos, por encima de la alegría del imprevisto. No había, coincidimos tras el primer recelo, peligro. Y yo, más necesitado, le di un beso al estrecharnos, el primero de nuestra larga marcha comunista.

Un beso que no llegó a consumarse, porque *Marcela*, con un gesto de prevención, torció la boca al ver que yo iba tan lejos, y sólo rocé un rincón de sus labios. Ese roce bastó para que se llevara las manos a la cara, dolorida. Sin hablar, porque no podía, abrió la boca para explicarme su rechazo: tenía las encías hinchadas y sangrientas, y los dientes, sus falsos nuevos dientes con las fundas de porcelana, los puentes y las incisiones de oro, aparecían rotos o no aparecían. Tenía ahora más mellas que antes de su paso por el dentista.

Iba yo a preguntarle, con redundancia, la causa del estropicio y, más rápida, me señaló ella a un *gris* que estaba de espaldas en la acera opuesta; con un mohín de asco se llevó la mano a los escombros de su dentadura.

—¡Asesinos! —dije no muy alto, más que otra cosa para que constase mi insulto ante el silencio forzado de mi camarada.

Ella salía a dar un paseo desde el refugio del piso de su amiga de facultad, me dio a entender con señas, y la acompañé hasta la avenida del Generalísimo, andando los dos cogidos por el brazo como novios en tarde de domingo.

Ese apretado contorno de su cuerpo en el primer abrazo no-militante de nuestra camaradería me recordó el recio origen aldeano de *Marcela*. Roto el escaparate de sus dientes postizos, mi mano reencontraba a la campesina de espaldas formadas y brazo musculoso, busto amplio y nalga dura.

Las amarguras de mi estado inestable se afirmaron al regresar a casa. Allí había una atmósfera de consistencia. *Cáceres* se encontraba mejor, aunque seguía en cama, a esa hora del almuerzo, y Mari Cruz había salido a comprar bocadillos. En el diván, abierto en las páginas 30 y 31, cortados ya los bordes del papel, el breviario erótico ocupaba la mitad de un cojín al lado de un cenicero lleno de colillas manchadas de carmín. *López-López* no estaba.

Compartí, cuando volvió Mari Cruz cargada de mediasnoches y agujas de ternera de la repostería *Viena Capellanes*, esa rica comida fría, aunque apenas tenía hambre. Al acabar, Mari Cruz revisó la herida de *Cáceres* y le puso venda nueva. Después hicimos intercambio.

Apoyado él en ella salieron de *nuestro* dormitorio y se instalaron, con su botiquín elemental y el vademécum de *Galerías Preciados*, en *mi* diván. Yo abrí las ventanas del cuarto y me tumbé en la cama que volvía a ser mía después de retirar la rebeca de Mari Cruz y un algodón con sangre de *Cáceres* que habían dejado encima de la colcha. Me quedé dormido escuchando en la lejanía una lectura comentada de Mari Cruz.

Mi reloj marcaba las ocho y cinco cuando la voz de *López-López* hablando por teléfono me despertó. ¿Era aún la tarde, o el día siguiente? ¿Estaba en Madrid o ya en un descanso de la huida ordenada? ¿Y qué hacía ese *yo* que no en todo coincidía conmigo en aquella cama de olor a enfermería y con aquel pantalón de bragueta abierta?

A todo contestó la coruñesa, que al tiempo de mis primeras señales de vida entraba en el cuarto envuelta en gasa.

—Vaya siesta. Yo tengo que pasarme ahora por el colegio mayor, pero luego cenamos aquí, ¿vale? Y no te preocupes: ya le he hecho la cura.

En el salón, *Cáceres* dormía sobre el diván, con el libro indio abierto sobre los ojos para protegerse de los apliques. Me lavé la cara, oí sin darle importancia una precisión importante que *López-López* tenía que hacer respecto a mi salida de Madrid al día siguiente y tomé una decisión.

A tres manzanas de casa había una cabina telefónica. Del vacío del auricular salían filamentos y una estaca clavada con chicle, como el tallo de una flor deshojada y sus estambres. La siguiente, en la Glorieta de Cuatro Caminos, tenía intacto el receptor, pero la ranura

de las pesetas estaba taponada con mierda seca. Encontré una en funcionamiento después de andar media hora. Seis personas esperaban ante las portezuelas.

Mientras guardaba turno me llamó la atención en el puesto de periódicos cercano un titular de la primera página del diario *Pueblo*: «Súbito fallecimiento del gran trágico Trenos.» Me acerqué al kiosco, después de pedir vez al que me precedía en la fila, y leí, sin comprar desde luego ese infame órgano de la derecha, toda la noticia:

> «El insigne actor Narciso Trenos, cuya trayectoria en las tablas llena con letras de oro páginas enteras de la historia del teatro español, sufrió anoche un síncope en escena, mientras interpretaba una fantasía lopesca ante un distinguido público de invitados extranjeros, que asistían a la brillante clausura de las Jornadas Internacionales de Teatros Nacionales, acto que contó con la presencia y las palabras de aliento del Ministro de Información y Turismo. Trasladado el actor prontamente a su domicilio, nada pudo hacer la Ciencia por salvarle, falleciendo en la madrugada de hoy, rodeado del cariño de sus allegados más íntimos: su abuela paterna Doña Díonisia —¡la legendaria Gil-Trenos!—, esa gran dama del teatro que los lectores de más edad recordarán vívidamente, hoy en forzoso retiro de las tablas; su madre, la rapsoda de origen argentino Ifigenia Foglietti y de Trenos; su hermana, la simpatiquísima vedette cómica Saturnina Trenos, más conocida del público como *Ninón de Salamanca*, «La Trenitos»; su sobrino, el entrañable característico Hipólito R. Trenos; y finalmente, el que ya en vida del inimitable Narciso seguía los pasos del maestro, su ahijado, el apuesto galán joven Luis-Prometeo Sansegundo, eslabones todos muy eminentes de la gloriosa estirpe de los Trenos, que tanto ha contribuido a engrandecer en nuestra patria el arte de Talía. Difundida con celeridad la noticia del óbito por toda la capital, este periódico ha podido detectar a lo largo del día en los más diversos ámbitos de la gran familia teatral el inmenso respeto y la admiración sin paliativos de que gozaba el Gran Trenos.
>
> Por decisión expresa del ahijado, asimismo albacea del finado, los restos del insustituible actor recibirán cristiana sepultura mañana envueltos en el ropaje de Alcalde de Zalamea, una de sus creaciones más aplaudidas por todos los rincones de nuestra geografía y en los mejores coliseos de la América de habla hispana.»

Volví a la cola. Preparé las monedas. Ya me tocaba a mí. Tuve una

duda, pero pudo más la decisión. Iba a ser mi desahogo último de *vida personal*. La salida de escena de Ramiro antes de asumir completamente a *Simón*.

—Ah, eres tú, ¡por fin! No sabes cómo estoy. Sin saber nada de ti, con los follones de la facultad, y *lo de papá*. No sabes lo que ha pasado. Ay, está en cama, y no quiere salir de ahí. Y la uretra, no sabes cómo se le ha puesto. ¿A que no te imaginas? Esos dos badulaques, los Tuertos, le han robado en la tienda. Entraron por la noche, anteanoche, lo revolvieron todo, y se llevaron uniformes por valor de más de sesenta mil pesetas. Papá mismo, armado, se fue ayer a detenerles, bueno, fue a ese bar al que van, con un amigo suyo comisario. No sabes cómo se pusieron los otros mutilados. Casi linchan allí mismo, encima de la barra, a esos dos desgraciados. Les dieron muletazos, bastonazos, guantazos, y el Manco de Tafalla, un antiguo furriel de papá, de la guerra, le marcó con el garfio a uno de ellos, a Tablate creo, la flor del Requeté en toda la frente. Qué vergüenza para el honor de esos veteranos. ¿Y tú? ¿Te vienes para acá? Quiero verte. Te quiero. Y papá. Te necesita. No sabes cuánto ha hablado de ti en sus fiebres. Fíjate tú que dice que quiere que te pongas a aprender el oficio y heredes la tienda. Yo no sé qué decirte. El dice que te ve buena mano. ¿A ti te gustaría dejar lo de Derecho y empezar sastrería?

Colgué el teléfono sin poder decirle lo que pensaba haberle dicho y salí de la cabina, rodeada de negros norteamericanos que esperaban llevando entre todos un saco de pesetas para la larga distancia. En la caminata de vuelta al piso, sin dejar de frotar con los dedos la delgada película de plata de Santa Margarita decapitada, logré ir borrando las palabras de Marisa a base de concentrarme mucho en la mirada de Marisa, que seguro que no volvería a cruzarse con la mía. Y en esos recuerdos la vi clareada, limpios ya para siempre sus ojos de la mancha de un peligro de tristeza. Tan cristalina fue quedando en mi memoria su mirada, tan brillante, que llegué a casa convencido de que era imposible que un amante pudiera sostenerla más tiempo.

En el portal, que el portero se preparaba a cerrar, tropecé con Mari Cruz, saliendo atolondrada del edificio. No me quiso decir nada. Ni tampoco habló *Cáceres*, que, despierto, me dio la espalda desde su cama cuando entré en el dormitorio. Pero ocupando ahora el diván con dos montones de libros apilados uno en cada brazo del mueble, *López-López* sí estuvo locuaz.

Mientras yo picaba de un trozo de empanada gallega de *Viena Capellanes* que había dejado Mari Cruz, me expuso la novedad de sus lecturas. Cómo esa misma mañana un *compañero de viaje* muy enterado, de Económicas, le había prestado una buena cantidad de libros, y cómo llevaba seis horas leyendo con asombro a un filósofo «germánico también, y judío también», que «*nos habla*, fíjate en la contradicción, desde la decadente California».

Me acerqué entonces a los montones con curiosidad. En el brazo izquierdo estaban los volúmenes de tapa dura azul y forro a dos tintas de nuestra vieja aliada soviet la Editorial Progreso: las *Cuestiones de arte y literatura* de Marx y Engels, que yo mismo había estudiado en más de una ocasión, los decretos artísticos y telegramas de Lenin, *Cemento* y *Energía*, las dos obras maestras de Gladkov, otra novela aún más gruesa de Solojov, y los muy trabajados ensayos de Lukács. Pero en el extremo opuesto del diván, a la derecha de *López-López*, la torre de los libros era estrecha y endeble. Estos tomos delgados tenían cubiertas muy vistosas, con pinturas cubistas reproducidas en cuatricromía, y el nombre del autor se anunciaba más destacadamente que el título de la obra. Eran todos de editoriales italianas, excepto dos, publicados por una firma nueva de Barcelona.

A *López-López* se le notaba alterado, y sin dejar su asiento del diván siguió hablando, explicándose, instruyéndome, mientras yo terminaba la empanada y me disponía a atacar un resto de *manchego* curado de la misma repostería. No estaba tan seguro, decía, de que los dictámenes de Lenin sobre la cultura proletaria, con su famoso rechazo de las ideas particulares, fueran, hoy por hoy, aceptables del todo. Este nuevo marxista de California proclamaba, *le* advertía a él, *nos* revelaba, que es un error, una mancha histórica, considerar la subjetividad como una zona burguesa de valores.

—Llevo meses en el realismo, *Simón*. He pasado seis noches al lado de Miss Harkness, releyendo esa carta luminosa de Marx a la escritora, pero preguntándome si Balzac tenía tanta razón como él le atribuye. Y ahora esto… En un día, en unas pocas horas con el californiano, y ya

ves… ¿No crees tú, con él, que la consciencia del sujeto también se vehicula con la pasión y la imaginación? Marcuse. Mar-cu-se. Es mi hombre, el nombre que tienes que empezar a retener. ¿Qué me dices del pasaje de Lenin que tantos quebraderos de cabeza me ha dado? ¿No te acuerdas? Espera, espera, que te lo leo. «No *invención* de una nueva cultura proletaria, sino *desarrollo* de los mejores modelos, tradiciones y resultados de la cultura existente, *desde el punto de vista* de la concepción marxista del mundo.» Eh, ¿qué me dices *ahora*? ¿No unirías tú eso con la «Krisenbewusstein»? ¿Le reconocemos o no un valor emancipatorio, qué hermosa palabra, ¿verdad?, a las obras de arte esteticistas que expresan, aquí lo dice Marcuse, «una conciencia de la crisis» de grandes potenciales revolucionarios? ¿En qué quedamos? Todo son preguntas. Te tengo que dejar, *Simón*. Me vuelvo a Marcuse. Voy a meterme ahora con su noción de la contra-consciencia. Delicadísimo. Aquí tengo a Lukács, al otro lado. Dos años *dándome* la razón, *dándole* la razón. Y hoy, en un momento, desde una playa de California, la negación del espíritu realista-conformista. Le estoy citando a él, no añado nada. Te dejo. No querría perder ahora el hilo. Voy a seguir, mi «huida a la interioridad».

Había yo terminado de cenar, y me interesaron mucho esos conceptos nuevos, algunos no del todo comprensibles, que llegaban por boca del camarada desde un punto tan alejado de nuestro mundo. Me interesaron, aunque no tuviera respuesta a las apremiantes cuestiones suscitadas en *López-López* por Mar-cu-se. Dejándole, como él quería, con los libros del lado derecho del diván, me fui a mi cuarto (*Cáceres* seguía cara a la pared) y tomé nota en un bloc de algunas de las proposiciones de Marcuse contadas por *López-López* y resumidas por mí.

Distraído de mi estadio precario por las ideologías de California, esa noche dormí mejor, dormí bien, con pocos saltos en la cama y un solo mal sueño; el mar, un mar más dorado que azul, bordeado de arena blanca y cocoteros con nativos bronceados de poca ropa, saltaba de su lecho y anegaba un campo de Castilla, ahogando a la fila de bañistas que en él tomaban el sol: el difunto *Cayuela* amoratado, *Juan Anido* con los carrillos hinchados y un chichón de muñeco en la cabeza, Carlos Marx de cuello para arriba, sin cuerpo y de piedra, como en las imágenes de su tumba de Highgate, y *Marcela*, a la que el agua, en uno de esos pormenores plásticos de los sueños, vi que le entraba a raudales por la brecha de los dientes rotos.

Pero la pesadilla fue breve y no me espabiló. Ni me fastidiaron esa noche los nuevos quejidos, un compuesto de jadeo creciente y triste carcajada de desfallecimiento, de mi dormido compañero de habitación.

Mi último día en la capital lo quise neutral. Desayuné, repitiendo ración de *plum-cake*, en la cafetería *Las Vegas*, la más americanizada del barrio, y después, con la idea de señalar un acontecimiento en la memoria, entré por primera vez en mi vida a una sesión de cine matinal.

Lo de menos fue la película, española, comedia de parejas con bailables, pura evasión, concepto falseado del amor, final feliz, mensaje reaccionario. Pero me resultó inaudito sacar la entrada a las 10'30, sentarme en una sala vacía y con tres acomodadores de librea, salir a la hora del aperitivo desde un pasaje oscuro a la calle Mayor y verla llena de paseantes bajo el sol.

Comí de tapas. Solo. Un banquete según mis medios y mis costumbres, parcas en la comida, pasando de un bar a otro de las calles que suben desde la Carrera de San Jerónimo con mujeres desocupadas en la acera y olores de frito y ruido de las conchas de los moluscos en su choque, una vez aliviadas de la carne, con el suelo de linóleo.

Pero me animé en las tascas, y no tanto por el vino como por la ocurrencia al bautizar los platos de cocina de los que atienden la barra de esos bares, casi todos adornados con cabezas disecadas de toros célebres en la hora de su muerte, banderillas manchadas de sangre humana, estoques astillados en el pescuezo de los animales reacios y carteles de las últimas tardes de los toreros primerísimos, todo más propio, desde mi sobrio punto de vista castellano, de Andalucía que de la antigua capital de los Austrias.

Crucé una gran parte del Madrid del centro paseando, tomándome mi tiempo hasta llegar a casa, donde sólo me esperaba una bolsa de viaje que llenar y cerrar. ¿Había ya calado en mí la idea de lo bello de California?

Lo digo porque la mirada de despedida a las piedras de la ciudad tenía una avidez que me hizo reflexionar. Con ojos de apreciación me apropiaba de formas y volúmenes que nunca antes habían resaltado ante mi atención. La Plaza del Callao. Allí un día tiramos panfletos de apoyo a los mineros de Asturias y allí, bajo la marquesina del Palacio de la Prensa, donde me hallaba ahora, habían detenido al compañero *Daniel*, de la fuerza manual burgalesa. Pero esa tarde del paseo la Plaza del Callao no fue un lugar de paseo ni un depósito de los malos recuerdos de una jornada de *saltos* desgraciados, sino un conjunto monumental que se ofrecía a la depredación de mi juicio.

Elevé un poco la mirada por encima de la altura del hombre, y reparé en los curiosos remates de los edificios que redondean las esquinas de la plazoleta. Uno con un templete de varios cuerpos de columnas, otro coronado por una galería abierta con baranda metálica, como la torrecilla de un observatorio, el más lejano de mi punto de vista con lucerna escalonada al gusto japonés. Y a mi derecha, en estilo moderno, el hotel y el cine grandiosos que abren el tramo inferior de la Gran Vía, con su atrevido chaflán curvo de ventanales corridos, como el puente de un transatlántico fondeado en un puerto de embarcaciones de recreo.

Para contraste de la elegancia y alzada de esos edificios señoriales seguí el paseo por las callecitas que arrancan a la espalda del Palacio de la Prensa. Un teatro a mi izquierda, una farmacia con frontis de mosaicos ingenuos que describían la curación de enfermedades ya superadas, el gran chapitel de pizarra negra de una iglesia a mi derecha. Entonces se produjo el incidente que torció mi destino de caminante despreocupado.

En dirección contraria a mí, por el centro de la calzada de la Corredera Baja de San Pablo, corría un hombre joven con las manos esposadas, y detrás, a unos veinte metros de distancia, un *gris* sin gorro persiguiéndole pistola en mano. Por el contorno del barrio se oían las sirenas contradictorias de la policía.

La escena me asustó. Aunque el fugitivo no parecía un *político* temí ser reconocido o verme envuelto en una identificación callejera, y me metí nervioso, acelerando excesivamente el paso, en la iglesia de la esquina.

Era, según decía el cartelón del horario de misas, la parroquia de San Antonio de los Alemanes, y el templo estaba vacío. Por el impulso de la carrerilla fui a caer de rodillas sobre el reclinatorio del último banco, y en un retorno atávico hundí el rostro entre las manos. Afuera se oyeron gritos de mujer, un «alto o disparo», un disparo, un alto más, otro disparo, un grito de dolor, un grito de espanto, el frenazo de un coche, sirenas más cercanas y coherentes, subida colectiva de persianas, la llegada de otros vehículos, una voz autorizada por encima de las muchas sin disciplina diciendo «señores, no se acerquen, circulen, por favor».

Me destapé la cara y miré. La luz del día entraba por las ventanas del tambor de la cúpula, pero el altar mayor estaba encendido de cirios y vestido con flores frescas, como en espera de una función. No había feligreses, a esa primera hora de la tarde calurosa, y sin embargo me sentí inmediatamente rodeado y observado, enjuiciado, perdonado, por las figuras gigantes pintadas en la pared. Tuve en ese momento, arrodillado aún en el duro listón del banco, una alucinación, un ensueño de la razón despierta, que de nuevo achaqué

al efecto de los programas californianos.

Yo fui muy religioso hasta los quince años, y tengo un pasado de monaguillo desinteresado y hasta de beato al servicio del cura del pueblo, quien, quizá por mi condición de huérfano de madre, me distinguía con su predilección y sus caricias del lóbulo de la oreja. Pero si bien fui presa fácil del catequismo y vestía con gusto los faldones blancos en todos los oficios y hasta me puse, porque Don Mariano me lo aconsejaba en confesión, cilicios para expiar unos tocamientos de mí mismo, también con facilidad abominé de esas patrañas en cuanto oímos las primeras palabras liberadoras de *Cajuela* en campo abierto. Desde los dieciséis años no había vuelto a pisar una iglesia.

La emoción que me sacudió en San Antonio de los Alemanes no fue mística, desde luego. Recuerdo la sensación de pasmo, reverencial más que devota, que me produjo la catedral de Burgos el día de mi primera comunión, tomada de las manos del obispo con un grupo de niños escogidos por su piedad en toda la provincia; y recuerdo aún más el pavor de medirme con el tronco de los pilares de la nave central, que cuatro comulgantes rezagados no pudimos abarcar con los brazos enlazados. Pero luego, yo me instruí en la liturgia entre las paredes sin santos y sin vitrales de la Iglesia Nueva de mi pueblo, un edificio construido después de la guerra según la traza de un maestro albañil de la comarca, que utilizó los materiales que le daba la época, madera y adobe. La Iglesia Nueva era poco más grande que el zaguán de mi casa, tenía el techo bajo y blanco, como las dependencias de la vivienda parroquial, y sólo había dorados y una imagen de mérito románico en el altar de San Gil, salvado por una pastorcita del incendio de la Iglesia Vieja en septiembre del 36.

Esos antecedentes (pienso yo), y California, hicieron que San Antonio de los Alemanes dejase enseguida de parecerme un recinto sacramental. Era también un templo pequeño, pero su pequeñez no era pobre ni doméstica. Al contrario: lujosa. De un lujo en nada asimilado al dinero, sino a la riqueza propia del derroche de las formas creadas por el capricho humano. Con su compacta planta oval evocada y misteriosamente negada por la airosa cúpula de cielos simulados, parecía una imagen del mundo terrenal detenido en su rotación por el prodigio de un astro superior, más avezado que aquél. Y yo estaba allí, en el interior de ese espacio privilegiado donde dos realidades inteligentes dirimían su controversia con despliegue de vistosas huestes sobre el muro.

Tampoco tengo cimiento artístico, he de aclarar. Mi padre no perdía el tiempo con enseñanzas infructuosas, obsesionado como estaba en exprimir el jugo de sus rebaños de ovejas y su rebaño de hijos, y en casa nunca hubo libros. Tuvo también que ser *Cayuela*

quien me abriese el apetito del arte, que no ha sido devorador. En cierta ocasión, perdidos por el campo burgalés después de una larga explicación de *Cayuela* sobre la distancia entre el materialismo histórico y el materialismo dialéctico, cuestión que nos tenía enfrentados a los aprendices, vimos en su hondonada las ruinas del monasterio de San Pedro de Arlanza, y *Cayuela*, para quitarnos de la cabeza el ardor de las diferencias, nos hizo bajar por un sendero de cabras y después saltar la cerca de madera que separaba sin eficacia el monumento del matorral; bajo la intacta bóveda del crucero de la iglesia nos dio unas nociones de gótico. Y otro día, después de una lección en la trastienda del Anarquista, nos fue pasando las láminas de una edición chilena de una historia social de la literatura y el arte, deteniéndose en un capítulo del tomo segundo ilustrado con los mejores cuadros del Renacimiento italiano, que me gustaron. En los meses de Madrid, sin embargo, no entré en el Prado.

Por eso no fui capaz la tarde de la iglesia ni ahora estoy seguro de poder afirmar que las manos barrocas que pintaron San Antonio de los Alemanes en toda la extensión de sus paredes fuesen artistas de mucho rango. Pero recogido como único testigo y único beneficiado de ese orden de los universos tan distinto del desorden que se desarrollaba en la Corredera Baja, me dejé caer a mí mismo en la fantasía de formar parte sin desdoro de aquella procesión de reyes limosneros, reinas vírgenes y otros seres metafísicos que suplantaban —con su riqueza de gamas y sus miembros bien proporcionados pese a la magnitud— el dominante gris del exterior.

A pesar del arrobo me di cuenta de que se había disipado ya el alboroto policial en la calle, por lo que dejé la postura orante y me levanté del reclinatorio.

Quise llegar más lejos en el espejismo de ser ombligo de un mundo sin los malos colores del auténtico y me coloqué en el centro del óvalo, exactamente debajo de las nubes plasmadas en la cúpula con ilusión de cielo sostenido —legiones celestes incluidas— por las falsas columnas salomónicas. Y sentí orgullo comprobando la gran capacidad de mi poder de abstracción. Miraba las pinturas en derredor y arriba y no les veía las llagas a las esbeltas santas martirizadas ni el signo de la cruz sobre la testa del asno al San Antonio milagrero, ni a mi instinto republicano le molestaba la representación tan apoteósica de la realeza colaboradora. Elegía con una voluntad muy exigente los campos de mi objetivo y admiraba tan sólo la línea atrevidamente quebrada de las espaldas en escorzo inverosímil y el cruce conjugado de la paleta clara y las sombras.

Pero ¿qué otra vocación reciente me recordaban esas circunferencias recreadas con paisajes fecundos y hombres de corpulencia sobrehumana por el artista, que, en un divertimiento de

pantomima, había jugado con la hornacina de los altares y el hueco de los balcones, pintando en torno cortinas y falsos moldes de mampostería?

Reconduje mis ojos abstraídos, rectificando la arbitrariedad de su intención, y me arrellané en la iglesia como quien está en un teatro, reconsiderando aquel inmenso fresco de las paredes como telones de una obra de ambiente piadoso. Me vi con la ventaja de poder contemplar los episodios descritos entre esos decorados haciendo yo también de personaje del drama, aunque sabía que iban a ser las últimas escenas de la comedia sentimental interpretada por *Ramiro; Simón*, actor de más escuela y de carácter, pedía hacerse cargo del papel trágico del conspirador. San Antonio de los Alemanes me sacaba del Mundo para devolverme al teatro de la Política.

Conforme con la resolución, apuré el monólogo del comediante. Me acerqué al muro, toqué con respeto a mis regios hermanos de la figuración pintados casi a ras del suelo, me incliné no como creyente sino como colega de peor calidad ante el altar mayor donde estaba entronizado el santo patrón que daba nombre al conjunto. Y los seis altares laterales los interpreté como cicloramas donde, con un reparto de medianías, se desarrollaban las peripecias del argumento central.

De repente, me sentí observado. ¿Me disputaba alguien la primacía de las tablas? ¿Compartir los minutos finales del relevo de los galanes? Miré, no vi nada; escuché, no oí nada. Seguía notándome observado. Decidí esconderme en un confesionario, y sentado en el banquillo del sacerdote permanecí unos minutos inmóvil, recorriendo a través de una rendija de las cortinillas la perspectiva aérea del mundo teatral. Desde ese foso localicé al intruso.

Los palcos. Sobre los seis retablos de las devociones menores había unas celosías muy adornadas que —me di cuenta entonces— no seguían el trazo de los ilusionismos del pintor sino que eran practicables; por la malla de las rejillas de madera se veía el limbo de unas paredes revocadas y se colaba un aire fresco, limpio, producto de corrientes naturales y no del abanico de los vientos de escena. En el trasluz de la sexta celosía, encima de Santa Isabel de Portugal, distinguí una silueta que no estaba pintada por mano de hombre.

Esa presencia carnal me disgustó, y no porque temiese al sacristán que fuera a reñirme por mis libertades con los santos, ni tampoco los posibles riesgos de una entrada tardía de la policía; me molestaba la rivalidad. Terminaría así el placer solitario de escucharse a sí mismo entre tan escogida compañía, del mismo modo que arruina la última salida del éxtasis amoroso —esa fuga que sólo se disfruta en el cuarto cerrado de la propia cabeza— una palabra dulce, agradecida, de la mujer que se revuelve satisfecha al otro lado de la cama.

Dejé el asiento del confesor decidido a no perdonar la intromisión.

La silueta desapareció. Me senté en un banco de la nave. Entonces se empezaron a oír en las alturas —una altura incalculable, que no podía ser tan alta como las nubes de gloria de la cúpula ni tan baja como la de los techos de las habitaciones de aliento humano— carreras, pisadas y hasta, me pareció, una risa larga y destemplada.

Un gran portazo, el que daría el cierre de las puertas del cielo, retumbó por la iglesia, seguido de otros dos, de menos fuerza, los tres acompañados de carcajadas demoníacas. Pero nadie bajaba a reprenderme.

Me camuflé de nuevo, ahora junto a las lamparillas de las ánimas. Cesaron las carreras y la risa, no por mucho tiempo. Al cabo de un minuto, el tiempo de fijarme en el bello trabajo de embutido del mármol del dosel del San Antonio preferente, empezó a vibrar el suelo de la iglesia, la esterilla de esparto del suelo de la iglesia. El intruso había descendido a mi altura. Pero ¿dónde?

En ese momento empezó a sonar música, y como si la música tuviera, junto al suyo más propio de apaciguamiento, el poder de formar figuras plásticas, *vi* al fantasma. ¿Cómo se había metido allí? Su cara, si cara puede llamarse al conjunto de pieles arrugadas que se alzaban, como un monte gastado, junto a los accidentes de la boca y los ojos sumergidos, asomó detrás de los manteles del altar, a la sombra de la custodia cerrada y el misal cerrado. Fue una breve exposición, como la del Santísimo en la liturgia de la adoración. Enseguida dejé de verlo, pero me sorprendió a mis espaldas otra risotada. Me volví. Por supuesto que no había nadie.

Resignado a no reconocer al espíritu, puse más atención en la música, que también procedía de lo alto, pero desde una fuente menos remota que la de las carreras: un balcón con celosía de chapa de oro que dominaba el gran arco de entrada a la iglesia.

Yo soy eléctrico por naturaleza. En las noches marxistas de Burgos, en el invierno con más intensidad, sostenían mis camaradas que yo llegaba a emitir un brillo capaz de alumbrar en la tiniebla; y todos los fenómenos del cielo en mí tenían, según ellos, una prolongación, o por lo menos un eco. Más que golpearme, la lluvia se remansa antes de filtrarse sumisamente por mis poros, y me hizo famoso en el ambiente de las células castellano-leonesas el rayo que cayó, en una madrugada de mucho movimiento de pintadas contra el asesinato de Grimau, sin fulminarme, formando en torno a mi esqueleto un sudario de chispas que fueron después a enterrarse delante de mis zapatos, perdida su fuerza eléctrica frente a lo que parecía un polo más potente.

La música escondida de San Antonio de los Alemanes se manifestó ante mí de forma parecida al rayo de Briviesca. Sujetó mi cabeza con una sacudida y se extinguió, al final de su recorrido, en la punta de los pies, sin llegar a quemarme pero dejándome muy encendido. Y como

el rayo en la inmensidad del campo burgalés, la música circuló con un estruendo entre los muros curvos de la iglesia.

La tupida parrilla dorada de la celosía no dejaba ver qué instrumento o máquina producía esa música, pero afinando los recuerdos del acompañamiento de las salves de la Iglesia Nueva de mi pueblo, en los días en que yo era allí el factótum, distinguí el tableteo de los teclados, un soplo a través de la madera, rascaduras del arco en las cuerdas. Del balcón, sin embargo, no despuntaba la tubería plateada de los órganos, ni se oía el resuello del fuelle; di un margen de travesura a la mano del espectro, que quizá en lugar de con melodía viva me estuviera encandilando con una grabación amplificada.

La música flotaba pero se escapaba, dos veces escondida, en el enigma de su origen y en el espacio donde se disolvía. Y constatar que aquellos hermosos sonidos no tenían recinto ni quedaban fijados para la eternidad de los oídos, al contrario que el color añejo de las pinturas, me dio ánimos. En el vago destino de sus notas podía verme reflejado: aventurero, irresponsable. *Ramiro* descargado del juramento de los valores, al amparo de una virtud provisional, dejándose caer hasta el anochecer de ese último día en Madrid por la pendiente de lo que no sirve para nada.

Las olas de la música en el templo. Esas ondulaciones que la hacían inapresable, de poco cuerpo, me arrastraban más, señalándome un final de compromiso: la despedida de mí mismo a mí mismo. Aquella sinfonía luminosa procedente de un punto oscuro y en ruta hacia la lejanía, mal equipada para el viaje, acompañaba a *Ramiro* como un peregrino sin bienes terrenales acompaña a otro aún más pobre, desposeído de su bolsa por salteadores en el itinerario de la penitencia.

Por eso ni los acordes más grandiosos del conjunto instrumental me hundieron con el empuje del llanto. La música no derretía como el chorro del agua policial destruye el papel de las pancartas de libertad. Pero tampoco las notaciones de la melodía se imprimían en las líneas de mi cabeza como la tinta de las multicopistas muerde el blanco de las hojas de propaganda.

Sin el tributo de la gran voluntad, como quien va en el séquito de un dios difunto y se ve afectado por el vapor mundano de un poder que ha perdido el hábito de legislar, yo escuchaba abandonado a mi imaginación aquellas cadencias de la falta de solución. Sin embargo, al mismo tiempo, el cuerpo transparente de la música me convocaba a lo que se echa de menos.

En un primer momento esa llamada me angustió. Satisfecho con mi precario ser de interino, el descubrimiento de una misión sin especificar era alarmante. ¿De nuevo el juramento de *Simón* recordaba

a *Ramiro* su dejadez? Un minuto de vigilancia de mí mismo en la escucha bastó para tranquilizarme. No, no eran vínculos ni decisiones lo que se me pedía. De hecho no llegaba a haber convocatoria. La música me incluía en el marco del presentimiento. Porque como corriente salida de una inspiración difusa, esas armonías exuberantes pero desalojadas, incapaces de permanecer en el espejo de las imágenes, se agotaban en la pura expectación. Y al igual que las armonías, *Ramiro* se veía a sí mismo dotado de una clarividencia poderosa en los horizontes del sueño e impotente para saldar las cuentas de la razón.

La llamada era por tanto nostálgica. Como el repique de las campanas primeras del día, que fluctúan por el cielo portadoras de un aviso de paz que no se constituye en lección de ninguna creencia, la música que *Ramiro* estaba escuchando en San Antonio de los Alemanes era sólo final y precedencia; entre esos dos términos, latiendo como un corazón defectuoso, el ansia por lo que se presiente y está fuera de alcance, ansia alimentada por las penas de la pérdida de voz y el consuelo de disfrutar el silencio de las lejanías de la Historia.

A pesar de que aún seguía yo sin saber a quién se la debía, la música me dio asilo, el tercero del día, después del de la iglesia y el de los figurones amistosos del fresco. Bien. Un nuevo acomodo al escenario cambiante de la capilla. Pero enseguida, como si al desaparecido le molestase mi trato fácil con las promesas de la música, ésta cesó. Simultáneamente, el hombrecillo reapareció, asomado al barandal de la tribuna donde el órgano invisible y los instrumentos menores podían estar situados. Y aunque el cuerpo era sólo un apunte de cuerpo, con la corcova en pico, el tórax deprimido y los bracitos de bebé, el rostro de las lacras quiso aclararme con un guiño picaresco a quién tenía que dar las gracias por el regalo de mis oídos.

Iba a irme, con tal de no intimar con un personaje tan retorcido, cuando cayó a mis pies una miga de pan manchada de sangre. Di un paso atrás. Mirando sólo a mis manos, que se adelantaban sin miedo al tirón de prudencia de mis piernas, me agaché y la recogí. No había sangre. Era el relleno de una barrita de pan-bombón untada de tomate. Entonces levanté la mirada y se rieron de mí los niños.

Sobresaliendo de la tribuna en camaradería con el jorobado, con *blazer* azul y corbata de escudo de la Inmaculada, había un conjunto de voces blancas que al ver mis ojos de susto mal superado aún se rieron más y me tiraron más cosas: un palo de regaliz deshilachado en las puntas, una estampa de un santo patrón de menos santidad que el San Antonio que les acogía, un montón de *juanolas*, pipas, chapas, un escupitajo con puntería. Tuvo que intervenir el Maestro con palabras muy altas y hasta algún caponazo a los niños, hasta que finalmente todos se agruparon en torno a él, silenciosos.

Y entonces, apartando con mucho efecto las cortinas de la sacristía, salieron desfilando tres hombres que, desinteresados de la tribuna, me miraban al pasar a mi lado con tanto orgullo como ilusión, como si despreciaran mi pasividad de oyente pero se muriesen por recoger el único reconocimiento posible de su arte. Porque no cabía duda: eran ellos. El que iba en cabeza llevaba bajo el brazo la funda de una flauta, el segundo el estuche panzudo de los violonchelos, y el último, el más viejo, arrastraba con sudores una arqueta de ruedecillas que debía de encerrar en su interioridad la arboladura de un clavicordio.

Al llegar al arco de entrada de la nave se detuvieron al compás, y el líder, el flautista, llamó con una voz de pito al Maestro.

—Pasado mañana a la misma hora, ¿eh? Pero no nos engañe, ¿eh? Si los curas no pagan allá ellos. Con lo que tienen que dar las viejas al cepillo… ¿Eh?

—No le falte a la Iglesia, Moratín. El señor Presbítero sabe lo que se hace, y él distribuye según le inspira Dios. ¡Recuerde a los pobres!

—Pobres, qué pobres. Si ésta es una parroquia de lujo. Tan céntrica, tan ventilada. ¿Eh?

—Moratín, recuerde dónde estamos. Este barrio, pese a lo que parece, tiene mucho… vicio. ¿O es que no se ha fijado usted en las «esquinas»? —Y al oír las últimas palabras, que el Maestro susurró inclinándose más sobre la barandilla, los niños elevaron profanamente sus vocecitas blancas en un zumbido de inteligencia del pecado.

—Bueno, a la misma hora, ¿eh?

—Sí, pero con menos humos. Hoy no han tocado bien la Sonatina. Repásenla, repásenla en casa. Siempre tienen ustedes que tropezar en Scarlatti.

El coro empezó su actuación en cuanto los artistas salieron de la iglesia. Y como ya estaba yo embarcado en la complicidad de lo musical, me quedé. Tomé asiento en el mismo banco al que había ido a caer cuando me refugiara en la parroquia y me dispuse a perdonar a los monstruos.

Desafinaban malamente. Sonó un regletazo, dos palmadas, un insulto al díscolo («Tú te la cargas hoy, Felisín, ya te lo he dicho»). El Maestro volvía a intervenir con energía, y oí que daba unas indicaciones muy precisas y él mismo les iniciaba en el Kyrie canturreando el comienzo. Seguía el ensayo.

A pesar de mis intenciones de guardar la compostura de los conciertos no tuve más remedio que volverme a mirar a la tribuna. Esas bocas con churretes de caramelo y lengua negra, esos dientes mellados, esas gargantas estragadas por los primeros cigarrillos de picadura fumados a escondidas, ¿eran el manantial de un chorro de pureza semejante?

Toda música es feliz, incluso la que surge del dolor. Incluso la que habla de la envidia de la felicidad. Allí estaban aquellos renacuajos entonando una misa de difuntos y abajo estaba yo, arrepentido, llevado no al abismo del desengaño sino a las alturas de mí mismo desde donde todo se veía con indulgencia y hasta con optimismo.

Siguieron con cantatas y motetes, y yo escuchándoles. Pero después de la filigrana de los instrumentistas, aquel grueso de angelotes empezó a resultarme a los pocos minutos entontecedor. Las voces, por refinado que fuese el timbre de cada una, sonaban, todas juntas, como un remedio universal para el mal común; recordé la nitidez, la autonomía que cada instrumento había tenido antes en su diálogo. Nada, que me dormía.

Los niños, pobrecitos, hacían esfuerzos, y el Maestro, dejándose llevar por el runrún, ya no les reprendía, pero seguía faltando el destello de una punta afilada. Los párpados se desplomaban, y la mirada interior tenía ante sí, por todo paisaje, los colores de la inocencia. Sus vocalismos eran tan tiernos que sólo expresaban la verdad del paraíso. Eché de menos el temblor del anhelo con el que los tres músicos habían conseguido ponerme filosófico.

Hasta que, de repente, levantando un vuelo separado entre el aleteo sordo de sus hermanos de bandada, irrumpió majestuosamente el solista. Y volví a mirar, volviendo la cabeza desde el banco. Otra paradoja. La voz privilegiada resultó ser del más diablo de los enredadores, el que me había tirado a dar el salivazo.

Frente a la comunión de los catecúmenos, aquella voz señalada retumbó como el disparo de un descontento en el refugio de la complacencia. Aquel insurgente parecía lanzar una profecía de aniquilación, pese a que sus palabras cantaban la misericordia del Señor.

Me despejé. Seguí las inflexiones independientes del niño Felisín, aunque reconozco que tuve que borrarle el acné de los mofletes, las pupas de los labios y el flequillo blanqueado por la tiza. Así, sin rostro, Felisín era el acompañante de Satanás. Y su portento la garantía del más allá: abría un camino a la tumba donde reposan los condenados de una sola pasión.

¿Acaso Felisín no se cantaba a sí mismo? Había en los adornos elaborados por su garganta un desafío a la voz acordada de sus camaradas, una delectación en saberse inigualable y en recibir —él solo— el eco de su singularidad.

Duró poco ese grito de salvación. Salió en su busca el pelotón de los coristas, sin duda espoleados por el Maestro, y le ahogaron. Y aquella voz capaz de revelar los fuegos del infierno («Nada podía salvarme de los ferros diabólicos…») se descompuso en el *tutti* que, con las palabras «…pero vino Jesús y pagó el precio», ponía fin a la

cantata de Pentecostés. Con una apoteosis de expiación y loas al Redentor, la angustia transmitida por Felisín perdió su integridad y se sumó al coro melifluo.

Un solo aplauso, el del Maestro, agradeció la interpretación, y los niños, halagados, se crecieron; cayó de nuevo desde la plataforma de la tribuna una rociada de pieles de altramuces, canicas, chicle, chinas a mala idea. Un ambiente de recreo más que de ensayo predominó en la tribuna. El Maestro, vencido, se dejaba tocar la joroba por sus pupilos y recibía con los brazos abiertos aviones de papel hechos con las hojitas de la partitura.

Me levanté del banco y fui hasta el portón. Una última mirada antes de salir: San Antonio de los Alemanes estaba transformada, como una casa en la que ha entrado un huésped.

No recordaba la calle tan calurosa. Cuatro señoras de luto, con velo y misal y rosario enredado en el misal, se miraron, súbitamente desposeídas al verme salir de *su* parroquia, y, después de registrarme la conciencia y las manos con ojos aumentados por los hondos cristales de sus gafas, interrumpieron una tertulia sobre la muerte a palos de Santa Leocadia y se metieron precipitadamente en el templo a evaluar las pérdidas. No quiero ni pensar qué músicas, que servicios fuera de lo corriente iban a encontrar dentro.

El camino estaba despejado. Quedaba una mancha de sangre en los adoquines de la Corredera y un corrillo de cinco o seis personas delante de la puerta de la farmacia, debajo exactamente del mosaico que pintaba la cura milagrosa «con fricciones de vinagre sublimado» del tabardillo, pero a la policía no la vi por ninguna parte. Avancé calle arriba, cruzándome con dos basureros municipales que llegaban desconcertados, con palas y serrín, buscando en la cara de los viandantes la sangre derramada que enterrar. Proseguí mi paseo.

No fue lo mismo. Fuera de las paredes de San Antonio de los Alemanes ya no me protegían los óleos santos ni la guardarropía eclesiástica, y me sentí como un actor sin método obligado, después del aprendizaje de un estilo interpretativo que el público encuentra desfasado, a la improvisación de calle. Y la música no acompañaba. En lugar de las sonatas italianas del trío y el canto angelical de los motetes, reencontraba la fanfarria desafinada de la ciudad, siempre a punto de dar comienzo —con el claxon de los coches y los escapes de las motocicletas, con las coplas radiadas que salen de las casas que se abren a la calle, con la rondalla de los desocupados— a un concierto que los ejecutantes nunca se ponen de acuerdo en atacar.

Pero si la calle no estaba a la altura de mis ricas experiencias anteriores, tampoco yo era, enteramente, el mismo. Pisar la Corredera Baja, ver la luz, comprobar que el cielo de verdad tenía menos nubes y colores más tristes que el pintado, responder a la callada acusación de las beatas, esquivar a los sepultureros, avanzar por la calle del Pez sin fondo musical, me situó en un margen. Como esos cómicos que al terminar su imitación del deportista de moda se cambian con rapidez inverosímil detrás de la cortina, pero cuando reaparecen convincentemente transformados en famosa cantante de flamenco no pueden evitar que se vea, bajo el corpiño, un palo de los números prendidos en el pecho de la camiseta del jugador, yo corría el riesgo de no saber quitarme a tiempo o del todo la ropa interior sucia. Tenía la intención de volcarme de nuevo en el ser real de *Simón*, pero

Ramiro, enviciado por lo que acababa de vivir en San Antonio, me susurraba al oído que la realidad acude con infinita lentitud sólo hacia los que tienen paciencia.

En la calle de San Bernardo tuve un mal pensamiento para el oráculo californiano. «Huida al interior de uno mismo», claro, ahora recordaba dónde había oído antes eso. En casa. Lanzado al Pacífico en la Bahía de San Francisco y recogido a esta orilla del Atlántico por *López-López*. Y en esa calle popular de Madrid, a unas horas de ajetreo comercial, con el calor de un verano precoz encima, yo tenía que vérmelas con tres *fueros internos*. *Dentro* de San Antonio de los Alemanes, la intimidad de *Ramiro* había encontrado lugar y compañía y hasta una voz de aliento para meterse más en sí misma, hacia una tierra prometedora y movediza. Pero fuera del templo, el interior metódico de *Simón* vino a pedirle cuentas a su gemelo. Por San Bernardo, y después, doblando por Divino Pastor en dirección Bilbao, iba hacia mí y no encontraba a nadie. Respaldado hacía media hora por la abundancia de sensaciones, me sentía ahora privado de todos los auxilios, con esa soledad que envuelve al niño cuando a su lado pasan las personas mayores atareadas, con el destino claro.

El conflicto tuvo una manera plástica de no solucionarse. Porque si antes de entrar en San Antonio ya había sido capaz (salpicado, no cabe duda, por las aguas que Marcuse agitaba en California) de expurgar las fachadas de los escaparates del Capital Monopolista, a la salida aún parecía mejor dispuesto a recibir señales voluptuosas del simulacro de las cosas externas. La seducción de la Plaza del Callao la vi, así, multiplicada en San Bernardo.

Por ejemplo: los palacetes que allí se alzan en las dos aceras, convertidos por la apropiación oficial en muestrarios de un poder ilegítimo, sucio por sus orígenes, descompuesto, que de ese modo aspira a presentarse con una imagen alta y suntuosa al que en ellos entra a rellenar impresos o comprar una póliza. Pues bien. También esos edificios fui capaz de verlos en sí, sin hacer caso del para qué.

Una de mis miradas recorría las ventanas de marco adornado con guirnaldas de piedra, las rejas castellanas de caída curva, la balconada noble en armonioso juego de simetrías con los pisos de más servicio, el color rosa y el color gris de los estucos, tan bien mezclados. Ahí se detenía. Pero la otra, la que no estaba infectada por las provocaciones de una subjetividad tan laxa, tan porosa, sólo veía la bandera izada en el balcón central, con el monigote del yugo y las flechas, y debajo, en la puerta, que sí, seguramente era de caoba con taracea, los *grises* acechando, el ordenanza renqueante, viejo guardia civil recompensado con portería por alguna tortura destacada, el campo recubierto de ignominia del escudo ministerial.

Y así transcurrió el resto de mi tarde de paseo. Con miedo a veces

hasta de abrir los ojos, aunque con precauciones para no ir a caer en las zanjas de tantísimas obras madrileñas. Intentando ser ciego a las indiscreciones de mi doble mirada. Porque si por un lado no me quería regodear haciendo el recuento de las ganancias de lo privado, esa riqueza nueva reforzada por San Antonio y el otro alemán, el expatriado, modificaba todo con su golpe.

Si miraba hacia arriba, a la altura civil de las calles, las estatuas de los prohombres, con la basa esculpida de musas y símbolos carnales del Comercio, atraían mis ojos. Pero si los bajaba, queriendo mantenerme a ras de suelo, me tenía que fijar en los muestrarios de la oligarquía, tan abundantes, tan bien provistos, en las aceras de mi barrio, famoso por sus tiendas de zapatos. El último recurso, fijarme únicamente en mis semejantes, los peatones, no mejoraba nada. Porque a tal hora, hora de la merienda o el té o el cocktail de la tarde —no conozco al detalle las manías burguesas—, las calles, las terrazas, estaban ocupadas por prototipos de esa clase, y entre ellos las chicas más preciosas y mejor trajeadas de la ciudad, acompañando a unas madres cargadas de pedrería buena.

Portales de edificios con entrada de carruajes y entrada de criados, torres de las iglesias herrerianas con aguja de doble bulbo donde se clava la cruz de la mentira, jardines en honor de los poetas del Imperio, bebés en cochecitos de gran porte tirados por muchachas de pueblo, muchachas explotadas que lucen con orgullo sus delantales de peto almidonado, el rostro hermoso y vacuo de las señoritingas de paseo, con maquillaje y uñas de colores antinaturales, y, como bastidor, el torbellino de la ciudad y sus coches, su aire enrarecido, su aire hinchado de pasiones, una galantería que permite sumarse a sus reclamos sin perder la reserva del incógnito. Todo era tentación.

La llave iba a entrar por última vez en la cerradura de mi último domicilio madrileño. Otra formalidad sentimental que me tentaba, como antes el pasear encontrando mérito en las fachadas de la cultura dominante. Pero al ir a meterla, la llave sublimada encontró un obstáculo. Otra igual ocupaba ya la ranura. Saqué a la intrusa, que tenía unas peladuras en su borde dentado, y apliqué la mía. Entró. Yo detrás de ella, en casa.

Silencio. Un oscuro. Una peste a fritos. Los tres eran fenómenos poco comunes en aquel piso siempre habitado por la conjura, siempre iluminado para dejar constancia de una ocupación cuando menos simbólica, y en el que nunca nadie freía nada. Incitado por el silencio y la oscuridad procedí con cautela, como el invitado que llega tarde a una ceremonia y sin saber el punto del ritual en que se hallan los celebrantes decide, por si acaso, sumarse con el recogimiento.

Me acerqué andando de puntillas hasta la puerta del cuarto de *López-López*. No estaba, y no era suyo el tufo. De repente, un raspón le delató. Me agaché delante de la hoja y por la única rendija de la puerta, la inferior, vi, pegando un ojo al suelo, el resplandor. Pegué después el oído a la madera. Subrayaba. Pero aquél no era el rasgueo suave, analítico, de las noches de Lukács. Una mina afilada rascaba con saña los márgenes de un libro, del que mi camarada pasaba las páginas velozmente. Y en las pequeñas pausas del subrayado no reposaba el lápiz: oí tamborileos sobre el aluminio de la base del *flexo*. Taconeo medido en la alfombrilla. Y un silbido. ¿Músicas de fondo para el hombre sordo a los paliativos de la vida privada? La fritura, sin embargo, no estaba en aquel cuarto.

Seguí pasillo abajo. El olor se hacía más intenso. Patata y cebollas, sofrito de tomate, filetes de merluza, aceite de semilla de girasol ya quemado en otra carne —si mi olfato de camarero eventual en Burgos no me engañaba. Me acordé entonces de un momento reciente de mi vida, corté el paso y empecé a tentarme la ropa. ¿Habría traído conmigo la fritanga de los aperitivos de mi almuerzo? ¿Estarían allí, en el vestido con más presencia que en el estómago, la gabardina de las gambas y el picante de la salsa picante de las mollejas? Husmeé escrupulosamente las mangas de la camisa y metí la cabeza bajo el ángulo recto del brazo con el tronco, donde el olor nace a veces y crece y alcanza una existencia más duradera que las demás emanaciones del hombre. No era yo. Quedaba *Cáceres*.

Pasé por delante de la cocina, apagada, ahumada. Encendí la barra

de neón. Allí estaba el cuerpo de los fritos. Hasta cinco sartenes conté —el completo de nuestra batería—, todas con una capa sólida de grasa, todas descolocadas y con el complemento de platos también sucios, un colador, una espumadera, una alcuza para el aceite usado, muchas salpicaduras en los hornillos. Y pieles de patata, pelos de cebolla, raspas de un pescado sin cabeza, patas de pollo rebañadas, el corazón mordido de una pera. Pero no había rastro del hedor.

Llegué a mi dormitorio con el miedo de que estuviera de nuevo en poder de *ellos*. También ahí escuché pegado a la puerta antes de entrar. Ni un lápiz se movía. Al abrir, una extraña figura oriental me saludó: la cara de mi compañero sonriente pero invertida, a pocos centímetros de la alfombra, y encajada entre los muslos de unas piernas que tenían que ser las suyas, aunque estaban trenzadas sin acatar el hueso; no aparecían los brazos por ningún sitio. Con bastante rapidez se desenroscó y se quedó sentado, en posición más occidental, sobre la alfombra. Sudaba, estaba pálido, y llevaba una toalla a manera de taparrabos como único vestido.

—Ya me ves. Me entró hambre y entré a saco en la despensa. Y ahora estoy bajando la comida.

Se levantó y se puso, sin quitarse el taparrabos, un pantalón de pijama y una camiseta sport. Sobre su cama, al lado del libro indio señalado por tiras de papel en varias páginas, un huevo frito con la yema pinchada por una punta de pan y la clara intacta en su forma de flor ocupaba una fuente que tenía el borde manchado de sangre de tomate. El único vestigio de las operaciones de cocina.

—Te voy a echar de menos. Ahora que el mundo se me ha disparado… ¿No te lo crees? Claro, como me ves así tan deportivo, y ayer me viste tan… metido con Mari Cruz. Eso fue *ayer*.

Superada la impresión de asombro ante las dobleces del cuerpo de *Cáceres*, yo mismo adopté una postura más relajada en el cuarto. Y entonces, al descuidar la guardia de la vista, el olfato volvió a quejarse. Estaba claro que no podía ser el huevo solitario, pero allí, en *mi* dormitorio, flotaba el alma de los fritos, impalpable pero absorbente como el aura que sobrevive a los muertos en las habitaciones del velatorio, privada de las partes de la materia inánime y sólo animada por las voces de lástima de quien, aun antes de llegar a ultratumba, reclama el recuerdo a los vivos.

—Sí. Eso fue ayer. Hoy todo se ha venido abajo. Hace un rato. Una hora. Y una vez más por culpa de los libros.

Miré al reloj. Las nueve menos veinte. Empecé a ordenar la ropa y a meterlo todo en la bolsa. Aunque la fetidez del aceite degradado por tantos alimentos de distinta designación alteraba aún más profundamente que los perfumes de Mari Cruz el equilibrio de mi habitación, pensé cándidamente que allí, entre las contorsiones de

Cáceres y el vacío creciente de mis cajones, iba yo a pasar la última hora de mi última morada de Madrid. Una concesión más al sentimentalismo.

—Ya tenía asumido a Freud, Mari Cruz. Y le hablaba de tú a tú, me dijo. Incluso le ayudaba, Freud, a tomar decisiones que hace sólo un mes la aterrorizaban. Por eso *lo* dejaba ya en su cuarto del colegio mayor; esos dos tomos se habían convertido en «libro de cabecera». Pero se le ocurrió comprar el *Kama Sutra* de Vatsyayana, ese asceta de hace mil y pico años. Si te dejas guiar por los dibujos parece otra cosa. Eso es para vender; como está editado en la Argentina. Pero no, no, es un clásico. Una guía espiritual de aquella gente, que, dice Mari Cruz, a la sexualidad la ponen en un altar. Allí follar es *otro* modo más de llegar a los dioses. Me lo compró a mí. Para halagarme. Y como un buen augurio. Ahora que *podíamos* ya acostarnos… Mari Cruz me animó a empezar por el final. Quiero decir, por unos métodos de *clímax placentero* («Subida a las Colinas Jaspeadas», en el lenguaje templado de estos indios) que están en un apéndice del libro. «Apadravias» los llaman por allí. Aquí, hablando en plata, magreo. Lo ideal, decía ella, hubiera sido empezar con los afrodisíacos. Pero ésos vienen en otro libro parecido, *Ananga Ranga*, que estaba en un montón demasiado expuesto de *Galerías*. Ahí, parece, explican recetas portentosas para excitarse mutuamente con insectos que hay que aplicar al cuerpo y, a veces, con azotes.

De un rincón de mi parte de armario ropero salió, bajo un fajo de apuntes de Político, el chaleco del temo *príncipe de gales* que me cosió Don Luis María. Cumpliendo demasiado estrictamente la sentencia no-dictada tras mi autocrítica y más por liberarme a mí mismo de una prueba tangible del colaboracionismo de *Ramiro* con el campo de la aguja enemiga, había yo tirado la chaqueta y el pantalón, sin encontrar, en el momento de ir a ejecutarla, el chaleco. Aquí reaparecía. Llevármelo, pese a su buena tela, suponía cargar con un peso manchado por el remordimiento el equipaje limpio de culpas de *Simón*. Fue al cesto de los papeles.

—Le daba miedo perder su virginidad de una vez, después de tanto tiempo de contención pre-freudiana, y en una noche además tan truculenta, conmigo medio herido, vosotros dos muertos de miedo en la casa, los camaradas en la Dirección, y *Marcela* ni se sabía… Por eso me propuso lo de los «Apadravias». Yo acepté, claro. Probaríamos, para empezar, «La Nube Rota» y «El Coral y la Perla». Los nombres me gustaron. Pero o el libro no lo explica bien o yo no estuve a la altura. En el de la Nube tenía que bordear sus tetas con la dentadura sin llegar a morder, utilizando sólo, el libro es muy preciso, «los espacios que quedan entre los dientes». Como afortunadamente aún no me han puesto la funda en el colmillo, venía bien. Tengo aquí, mira, un hueco

enorme. No me lo explico, chico. Debí descuidarme y le mordí un pezón; empezó a salir sangre. Paramos, se puso una tirita, la hemorragia no se cortaba, fui por agua oxigenada. Por fin dejó de sangrar, y Mari Cruz se calmó. Lo intentamos otra vez, pero con «El Coral y la Perla». Ahí había que juguetear con mis labios y sus dientes, teniendo cuidado de que los labios de Coral no llegasen nunca —pues ahí esta, según estos antiguos, el secreto de la excitación— a rayar los dientes de Perla. Calculé mal. Y allí fue ella la que sin querer me clavó en un labio y hasta dentro de la boca los dos dientes centrales de arriba, que sabes que los tiene muy salidos y largos como aletas de bucear. Sus perlas hicieron fosfatina mi coral. Nos pusimos perdidos de sangre. Y lo que es peor, Mari Cruz se enfurruñó un poco, yo le contesté, salieron a flote sus miedos ancestrales y mi frustración de todo el curso, levantamos las voces, se fue. Por cierto que se cruzó contigo, creo, en el portal. Pero hoy ha vuelto, antes de comer.

Los nuevos descalabros amorosos de *Cdceres* me hicieron distraído el traspaso del leve contenido de armarios y cajones al vientre de la bolsa, mientras me ayudaban, con su exotismo, a aligerar el grave contenido funeral de mi acto. Pero ya estaba todo trasladado. Cerré la bolsa. Miré a la cama. Las pesadillas recientes no me la hacían digna de añoranza. La de mi compañero, con el huevo sangrante y el recetario de enamorados, me pareció más cargada de historia.

—Vino conciliadora, alegre. Y guapísima. Dispuesta a olvidar mis torpezas de ayer. Y hoy, esto es lo importante, *abierta a todo*. A todo. De entrada me sorprendió, porque nada más limpiarme un poco la herida de la cabeza, que ya está muy bien, me desabrochó la bragueta, se arrodilló delante de mis rodillas y, mirándome a la cara, me anunció que iba a comerse «La Fruta del Mango», una solución descrita en la página 146 por el Venerable. Un cambio tan brusco de talante me inhibió al principio. Y no respondí. Esta de aquí abajo se quedó como muerta. Acobardada. Pero Mari Cruz, ayudándose con una vibración de los dedos pulgares, también india, lo consiguió. «El Aleteo de las Golondrinas» hacía milagros. Yo estaba a punto, ella a punto, tú no estabas, *López-López* estaba *dentro* de sus libros. Ibamos ya a «Entrar en el Huerto de los Cerezos Florecidos». Pasamos a la cama. Ella, a pesar de Freud, aún tiene barreras que superar. ¿Te acuerdas de su escena primitiva? Mari Cruz sigue sin ver clara la desnudez completa porque, dice, si se quitara la ropa delante de mí *todo* le volvería: la cunita, el nogal y sus hojas aromáticas, la madre junto al fuego sagrado, como una vestal distraída del juramento de castidad, el padre acuclillado con ropas de servir. Por mí… Apagué la luz, y nos metimos los dos vestidos en la cama. Yo seguía en los cielos, «Volando entre las Gaviotas Matutinas». Pero no hay manera, *Simón*. No contábamos con el número de las dificultades animales.

—¿Animales? —No lo pude evitar, pese a mi propósito de no meterme en su monólogo.

—Sí. Y también entendía el santón de ese tipo de contingencias. Para algo, dice Mari Cruz, Vatsyayana escribió al dictado de los dioses más lúbricos de allá. Tanteando entre las sábanas y la falda abierta fui a entrarle. «¡Cuidado con el *lingam*!», chillaba ella bajo la almohada, «recuerda que mi *yoni* es aún… —aunque gimoteando de dolor, no le faltó la inspiración del estilo hindú— …una flor que los rayos del sol no han bañado». Pues no pudo ser. Por la desproporción. Un capítulo entero dedica el Sabio a la cuestión, y hasta incluye el libro un cuadro de las equivalencias por tamaño del sexo. Si el hombre es *liebre* habrá de retozar con la *cierva*. Si *toro*, con la *yegua*. Y para los que tenemos un pene de *caballo* están las *elefantas*. Mari Cruz sólo es *cierva*.

Había llegado mi hora. Pero para no interrumpir sus lamentaciones de la desigualdad de clases en la sociedad de los amantes, hice un gesto de despedida: dejar mis llaves del piso en la mesita de noche. Al buscarlas en el bolsillo encontré la *otra*. Se la alargué, sin necesidad de acompañar el movimiento con preguntas.

—Ah, claro. *Su* llave. Se la di ayer en un momento de mucha pasión, antes de la lectura del indio, aunque provisionalmente, desde luego, mientras yo estuviera así… herido. Qué ironía. Yo le dejé la llave para abrirle, de manera simbólica, las últimas reservas de mi amor, y ella hoy, cuando volvió a perder la calma en la cama, la ha utilizado, figuradamente también, para cerrarme todas las puertas. Yo lo intentaba una y otra vez, con el mayor cuidado del mundo pero con mis medidas, y ella, abierta ya en la mente, no conseguía abrir sus «Pétalos de Rosa Dormida». En una de las embestidas le hice tanto daño que gritó fuerte, completamente histérica, «¡Bestia!»; no sé cómo *López-López* no ha venido a ver lo que pasaba. Todo acabó, otra vez, con lágrimas. Rabiosa consigo misma y con el orden animal, Mari Cruz me hizo saltar de la cama y me arrastró a la puerta del piso, llevando en una mano su llave y en la otra el *Kama Sutra*. «Si yo intento meter la llave de mi casa en tu cerradura pues no entra, ves. Lo mismo que tu *lingam* de caballo tropieza en mi *yoni*. Sólo una llave hecha para los dientecillos de su boca entra.» Y para demostrármelo fue a meter de un golpe *su* llave de *mi* piso en la cerradura. No entró. Con los nervios se había aturullado y la estaba metiendo al revés; de la fuerza que hizo le ha destrozado la cresta. Lo intentó de nuevo a empellones, fracasaba, dejaba la llave, iba al libro a hacer consultas, buscando las páginas del *lingam*, pero como en el rellano había poca luz tampoco las encontraba. «Un Enjambre de Avispas Oscurece Tu Crepúsculo», «¡La Lluvia Otoñal Refresca la Espalda de las Cortesanas!», «¡¡El Barbo y la Carpa No Desovan Dos Veces en el Mismo Río!!», me chillaba a la cara, acusativa, utilizando sin ton ni

son los primeros aforismos de Vatsyayana que le saltaban a la vista. Tuve que ser yo el que, tomando *su* llave, abriese sin dificultad ninguna *mi* puerta. Pero eso, claro, y a esas alturas, no demostraba nada. «¡Me voy, me voy!», gritaba ella, bajando la escalera, en su llantina, «¡Los Campos de la Diosa donde viven las Ciervas son muy grandes y el animal idóneo no puede pastar lejos!». Yo le pedía que volviera, asomándome peligrosamente por el hueco de la escalera. Pero ella: «¡Viviré a la Orilla del Río del Perfume!, ¡A la Sombra de los Nogales Aromáticos!, ¡Desnuda!, ¡Vestida con la Escama Nacarada de los Jureles!» Por mucho que le dije «no ha pasado nada, Mari Cruz, otro día será. No le doy importancia.

Aquí tienes *tu* llave metida, vuelve y abre tú» no lo conseguí. Se marchó. Y no ha vuelto. Yo entré en casa y para matar el sofocón me metí en la cocina. Allí me hice un tentempié. Ya que no el otro fruto, me comí la Cosecha de los Fértiles Campos y los Mares Caldeados.

Tenía el tiempo justo de llegar a Argüelles a la hora convenida. Me acerqué a *Cáceres* y, dejando la bolsa en el suelo, le abracé. Y como soy más alto que él, mi hombrera le tapó la boca, cortando en seco los Saltos de la Tenca sobre el Bancal Plantado. Aflojé los brazos, nos separamos. Y entonces me di cuenta de que *Cáceres*, ido en su paraíso de animales expulsados y frutas venenosas, interpretaba mal la intención del abrazo, y con orgullo herido me mostró en la cara su determinación de que ese gesto mío de consuelo, por apretado y tierno, no podía ser compensación bastante para los infortunios de su *lingam*.

Sólo al recoger yo la bolsa del suelo me entendió, y entonces, para lavar su culpa de egoísmo, se me abalanzó, me dio besos en las mejillas, y tuvo unas lágrimas. Emocionados, enlazados, salimos de *su* dormitorio, dejando yo en mi lugar el espíritu corrompido de una comida.

Dos golpes en la puerta del cuarto de *López-López*.

—Me voy. Tengo que irme ya. ¿Estás…?

Se abrió la puerta. La habitación, como una cueva de ladrones, estaba oscura y olía a humedad, pero al fondo, encima de la mesa de estudio desordenada de libros y cuadernos, el flexo enfocaba el tesoro de un transistor que, sin voz, daba brillo.

—¿Ya? ¿Pero qué hora…?

López-López se dejó ver entonces, saliendo al pasillo desde la bocacalle de la oscuridad, con su pelo rizoso enjaretado de lápices como una Medusa después de la ojeada fatal.

—He perdido la noción del tiempo, perdona. ¿Quieres algo? ¿Recuerdas las instrucciones? ¿Y dinero? ¿Tienes para el taxi? Estoy aún saliendo de los bajos fondos.

Sin replicar a tan oscura afirmación nos dirigimos los tres en silencio hacia el vestíbulo. Allí, de nuevo lloroso, *Cáceres* me deseó dos veces suerte, yo tuve una metáfora de recuerdo para nuestros camaradas de la fuerza manual, que seguirían su labor en Madrid, y *López-López*, más austero, como corresponde a un hombre de la teoría, sólo me dio la mano. Los dedos los tenía negros de grafito y rojos del esfuerzo de hincar el lapicero.

—No lo entendéis, ¿verdad? *El*, ya sabes tú, *Simón*, quién digo, dice que en el campo de la fantasía las imágenes irrazonables de libertad llegan a ser racionales, y los bajos fondos de la gratificación instintiva cobran dignidad. Ajá. Yo, por no estar solo conmigo mismo y también,

qué coño, para gratificarme un poco, puse el transistor. Ese programa tan bueno, «Crepúsculos Sinfónicos de Radio Nacional». Daban, desde Salzburgo, la *Segunda* de Brahms. Puro cielo. Pero cuando los rayos del sol en el lago Wórther que, dijo el locutor, en su día inspiraron a Brahms la «serenidad a raudales» del allegro, estaba yo empezando a notarlos, abrí *esa* página…

Sin abandonar el misterio se interrumpió, miró en dirección a su cuarto, donde la radio callaba, y mientras *Cáceres*, abriendo la puerta del piso, exhortaba a la lucha común, «más firme ahora que vamos a estar separados», *López-López* me metió en el bolsillo una cartulina doblada.

—Es la última ficha que acabo de hacer. Tómala. Para el viaje. De Lenin. Terminante. El siempre tan lúcido. A ver qué dices a eso, *Simón*. Con qué sale Marcuse ahora.

Encontré un taxi con facilidad, y en la carrera, cubierto el exterior por una lluvia densa con rachas de viento, no tuve la oportunidad de observar nuevas formas bellas de la ciudad. A la lumbre de una cerilla, bajando por Islas Filipinas, leí a Lenin:

> «*Me pasa a menudo que no puedo escuchar música. Afecta a los nervios. Uno está tentado de balbucear estupideces y acariciar las cabezas de la gente que vive en un infierno de suciedad y que sin embargo es capaz de crear tanta belleza. Pero hoy uno no debe acariciar ninguna cabeza; la mano te la arrancarían de un mordisco. Uno tiene que golpear cabezas, golpear despiadadamente, aunque idealmente estamos contra toda violencia.*»

Le pedí al taxista, que escuchaba sin poner atención en su radio-cassette un recital de dúos de zarzuelas famosas en las voces de Alfredo Kraus y Pilar Lorengar, un cambio de emisora.

—Ah, sí, no me importa. O lo quito. Yo es porque suene algo, pero ni me entero. Si supiera lo que es… Todo el día aquí dentro yendo por la ciudad y sin ver la ciudad. Uno sólo se fija en los coches y en las manos, a ver si se levantan y te paran. Pero a esto ya no se gana. La gente se lo gasta en otras cosas y cogen el *metro*. Y cuando no sube nadie, pues a ver, la radio. Pero a mí lo que me gusta es el cliente. Hablar, digo. Si supiera usted lo que se aprende. El mundo que ha pasado por ese asiento suyo. Yo he llevado hasta polinesios. Y a un cardenal de Roma a Albacete. Ahora bien: se está muy solo. Sí, el personal va y viene, y cambian mucho las caras, pero mayormente uno sigue clavado aquí alante, y no hay… intercambio. No se traspasa, a ver si me entiendes (te tuteo, cojones, que eres joven), las fronteras. Dos «clases» separadas, y la tarifa en medio. Yo conduzco, el otro me abona. Tú, el cliente, yo el trabajador. ¿Y qué me das a cambio de mi trabajo útil? Porque ésa es otra. No sabes la miseria. Ay, no quiero hablar… que no se sabe nunca, en este país. Aunque tú no pareces muy señorito. Este negocio está en manos de unos pocos; muy poquitos. Ellos lo explotan todo. Mafia, oligarquía, caciquismo, todo lo que tú quieras. Y nosotros aquí sentaditos. Una cosa la tengo clara: decir taxista es lo mismo que decir alienación. Todos, eh. En la cabeza tienen un taxímetro. Yo como he leído… ¿Sabes la solución de este país? Es muy fuerte lo que te voy a decir, y podrían caerme cinco añitos en Carabanchel si te vas de la lengua, pero ahí va.

IV

Desde Argüelles hasta el kilómetro 30 de la carretera de Andalucía hice un trayecto sin posibilidades de evasión. Mi conductor, cuyo nombre no llegué a saber, era un maestro sacando punta a las cosas pequeñas del tiempo y el estado de nuestras carreteras. Ese recorrido se hizo muy corto. A la altura de Ciempozuelos, después de abandonar la general, bajé del 4/4 en un cruce de comarcales, me despedí del hablador y subí a otro *Renault* más amplio que esperaba con las luces de posición. Al volante, callado, *Pagan*, mi enlace hasta Valencia.

Avanzar por la carretera mojada y negra, sin otro tráfico que el de las liebres descarriadas, era un acicate para el pensamiento de lo que se quedaba en Madrid: el chaleco, los ojos de Marisa, el desorden del mundo marcusiano. Para apartarme de esas vueltas atrás, saqué una conversación sobre las posibilidades de éxito de la movilización que el Partido preparaba en la semana del 18 de julio.

—Ah. Eso depende —dijo, después de meditarlo, *Pagan.*

En Ocaña hice otro intento.

—¿Tú has trabajado en la zona valenciana?

—No.

Me fijé entonces en que el coche tenía radio.

—¿Puedo?

Pagan, igual que el espía de las novelas, se bajó los lentes ahumados y miró por ambas ventanillas, como si en el lindero de los campos las ondas estuviesen al acecho de los que se atreven a nombrarlas.

—Sí. Pero se oirá mal.

Se oía bien. Radio Ciudad Real, «el balcón de La Mancha», emitía un programa de extensión cultural, «Rutas que Don Quijote pudo haber hecho pero *no* hizo», que me pareció arriesgado en mi situación de renuncia. La Voz de Talavera era débil y se perdía en los baches del asfalto, y cambié a Radio Cuenca, donde había un concurso en el que las oyentes debían explicar a otras amas de casa apostadas en el fogón improvisado de los estudios su receta casera del morteruelo. Yo tenía el estómago vacío. Una emisora sin identificar daba noticias del descenso de Franco por el Guadalquivir inaugurando teleclubs.

—El parte. Quita.

Albacete Radio tenía música, y la dejé, para probarme. Pero resultó ser una audición en vivo de habaneras, y no podía sucumbir, huyendo de las flaquezas de *Ramiro*, a esa domesticación capitalista del folklore, en la frase que *Pagan*, adelantándose a mi convicción, dijo al

apagar definitivamente el receptor.

Paramos en Mota del Cuervo. Eran las once y media.

—Tendrás hambre. Baja.

Pagan dejó el coche en un patio empedrado, entre dos casas de pueblo gemelas, y llamó tres veces, con intervalos largos, a la puerta de la que tenía luz.

—¿Quién es? —preguntó sin sorpresa una voz hueca, coreada por el cacareo de las aves más despiertas.

—*Pagan y su primo; los de Coria.*

Se abrió una rendija, después la hoja entera, y una mujer con un pañuelo atado en la mandíbula, como los niños que en el tebeo tienen dolor de muelas, nos señaló de un cabezazo la casa de enfrente.

Cruzamos el patio, y antes de llamar a la segunda puerta ésta se abrió. El cielo y el pueblo y la casa estaban completamente oscuros, pero al asomarnos al zaguán nos recibió el fuego de una chimenea y el calor de muchas voces satisfechas por nuestra llegada. Había humo en el cuarto, en estratos de diferente grueso, y en el techo una lámpara de seis brazos con tulipas en forma de cebolla, como las cúpulas del Kremlin.

—Este es *Simón.*

Fui estrechado por tres pares de brazos fuertes, mientras mis ojos, cruzando la muralla de los camaradas apiñados para la bienvenida y los velos del humo más ligero del cuarto, llegaban a la mesa del fondo, servida con hogazas de pan, carne de pollo en cuartos, ensaladas, morcón, frascas de vino tinto.

Comí de todo, animado por la que parecía, por su delantal, su forma de cortar el embutido y los colores de la cara, la mesonera. Y fui saludando a los compañeros que iban llegando, en la hora siguiente, también como nosotros a hacer alto en su camino hacia otras destinaciones.

Cuando estaba probando un dulce de membrillo recubierto de nata fresca oí a los últimos en llegar, un chico y una chica de mi edad, bien vestidos, él de corbata y chaquetón de ante, ella con uñas de laca negra a juego con el negro de sus labios pintados, hablando entre sí una lengua extraña. Entonces se acercó el mesonero, quiero decir el que me pareció, por su facilidad con las garrafas y por las confianzas que se tomaba con la mesonera, el dueño de la casa.

—Vais a ir juntos a Valencia. Esta es *Cuca*. Y éste *Corominas. Simón.*

Eran los *Catalanes de los Capuchinos*, dos estudiantes barceloneses famosos en todos los distritos universitarios y en la prensa del Movimiento por su papel de organizadores de la asamblea y encierro en el convento de capuchinos de Sarriá, que debían haber estado ya en

Valencia, esperándome, pero que, después lo supe, tuvieron que cambiar de ruta a través de Zaragoza y Guadalajara por temor a verse interceptados. Nos dimos la mano afectuosamente, aunque *Cuca* se fue a fijar con preferencia en el cuello de mi camisa y sus picos pasados de moda.

Cuando todos, militantes locales y en tránsito, hubimos acabado de comer, y el tabaco fuerte y los alcoholes, más que las brasas, nos calentaron, se creó un ambiente de posada de peregrinos, lugar para los cuentos de invierno. Oíamos la lluvia corriendo por las piedras del patio, vacilaban en sus globos moscovitas las bombillas, y los más veteranos, autorizados por la cicatriz de las heridas de la Historia, se permitieron alargar la parada de los viajeros jóvenes con el ejemplo de sus vidas.

—Nueve años dentro de un lavadero. Eso fue para mí «la Victoria». Muy cerca de Madrid: en Villarejo. Yo fui de Inteligencia en la guerra. ¿Espía? Sí, reíros. ¿No lo somos un poco todos, hoy mismo? Lo de ahora es más con la mirada. Lo mío en ese entonces era escuchar. He pegado el oído hasta a las bombas. Tengo muy educado ese sentido. Y de todo he oído en esta vida. Soy maestro en el arte de coger al vuelo las palabras más tenues de la gente. Por ese oficio mío de estar atento a lo que se decía, la caída del frente de Madrid me pilló en Madrid. Gracias a un primo segundo, escolapio por tradición, que me dejó sus hábitos, pude salir disfrazado de Madrid, a mediados de marzo del 39, con la idea de coger los barcos de Orán que estaban zarpando de Alicante. Pero tuve la mala suerte de toparme en Quintanar con una antigua novia de mi barrio, Lavapiés, yo soy de Lavapiés, que se había hecho de Falange y acompañaba un convoy de heridos desde Sevilla. Estaba yo en la estación haciendo que leía los Evangelios mientras llegaba el tren y ella se acercó a besarme la mano, que siempre había sido muy beata. Al levantar la vista me reconoció. Primero se le fueron los colores, pero luego empezó a gritar «¡Mariano! ¡Criminal! ¡Es un *rojo*! ¡Mariano! ¡Poco hombre!». Salí a todo correr, subiéndome las faldas, y no paré en cuatro días. Yo quería ir al Mediterráneo pero me perdí hacia el Norte. Sin norte, eso. Ahorqué los hábitos en un álamo y fui por los campos, huyendo de los disparos que celebraban la paz en la plaza mayor de los pueblos. Así pasé dos o más meses, vagabundo y hambriento. Comí raíces sin sabor y robé un gallo pinturero que se había alejado de su corral; me sentía tan solo que lo llevé conmigo, de una soga, tres días, sin decidirme, hasta que una noche le di un buen golpe y fue al fuego.

Recuerdo que mientras lo comía unos alcaravanes se acercaron, sin su costumbre de timidez, y me miraron con los ojazos amarillos gritándose entre ellos una cosa extraña. Noté el verano, pero no por eso me detuve. Sólo un alto cuando encontré en un camino dos mojones de piedra enfrentados, cada uno con una flecha. El de mi izquierda tenía el rótulo de «LA MONJA SUSANA», y su opuesto, con las letras partidas, el de «LA BRUJA EDELMIRA». No me pude quedar a saber más de esas leyendas. Una mañana me despertó el ruido de las aguas, después de muchas horas con una pesadilla en la que cuatro marimachos de la Sección Femenina me perseguían para coserme al cuerpo una camisa azul con entorchados; el sol, alto ya, pegaba tan fuerte que lo sentí enseguida como un sol de domingo. Había ido a caer durante la noche en los cañaverales de un río, y estaba a pocos metros de un merendero lleno de excursionistas. Los niños, esqueléticos, se bañaban en la orilla, todos con el escapulario pegado a los huesos. Escondido entre las cañas, con una tranquilidad que no tenía, fui bordeando el cauce, mientras cazaba al paso, sin querer, la conversación bobalicona de los que tomaban el sol.

—Que no mujer, si era gracioso lo que estabas contando.

—¿No te parezco una tontina?

O esto otro:

—Soy una fresca, dirás que soy una fresca, a que sí.

—A mí no me preguntes.

Y cien metros más arriba:

—¿Vacilar? Pues una palabreja de allí de los Marruecos. La juerga de ellos es el vacilar. Se te sientan así en corro, en sus esteras, se ponen y venga: una pipa tras otra de kifi y tomando té, tomando té y fumando nada más, y chau-chau y chau-chau, con esos hablares que se tienen, que es que no les coges ni media palabra…

Incluso:

—¿A qué estás, mala hierba? Menos mal que ya te tienen conocido y no te hacen ni caso, que quieres ser más dañino que las alimañas.

De repente, en un recodo del río vi un corro de gente y me detuve petrificado. Dos tricornios altaneros de la Guardia Civil avanzaban entre las cabecitas caídas de los bañistas apiñados alrededor de un cuerpo.

—Soy estudiante de Medicina —oí que decía jadeante

un muchacho que se acercó corriendo al grupo.

Me agaché detrás de unos arbustos y allí fui escuchando las sentencias del guardia más civil:

—Mal asunto. Una chica joven. Mal trago para los padres.

A los pocos minutos pasó cerca de mi escondrijo la comitiva con el cuerpo de la ahogada, y aún pude oír las últimas palabras de consuelo del número.

—Ande, compóngase, muchacho. Son desgracias. Sean hombres. Vayan los dos a por la ropa, ande. Se van ustedes a quedar fríos y no hay tampoco necesidad de cogerse una…

Cuando los guardias se habían perdido en la maleza y empezó a perderse el murmullo de los que completaban el accidente con su opinión, me alejé del río, campo adentro, hasta que tropecé con las puertas de un pueblo. No había carteles, pero en el paredón, al lado de un yugo y unas flechas pintados a la sangre, estaba el nombre: Villarejo de Salvanés. Recordé que había en Villarejo un panadero que le debía favores a mi padre. Estraperlo con sacos de trigo en los primeros meses de la guerra. Esperé a la noche para entrar en el pueblo, llamé a la casa, y el panadero, que resulta que había cambiado de chaqueta, era el nuevo alcalde. Fue verme y sacar una pistola. Y ya iba a disparar cuando se interpuso la hija, Clementina, que yo había visto una vez de niña y ahora era una moza un poco gruesa pero bonita de cara, y con la delantera muy apañada. Ella le convenció. Y entre todos tapiamos el lavadero viejo de la casa. Allí estuve escondido hasta el 48, sin faltarme de nada material pero podrido por dentro y por fuera: ni un solo día en esos nueve años vi el sol, y pasaba las horas muertas escuchando al otro lado de la pared el disgusto de las mujeres que hacían cola para las raciones del pan. Clementina y yo nos enamoramos. Pero el padre no consentía. Hasta que un día… pasó lo que tenía que pasar. El panadero no tuvo más remedio que transigir, me consiguió un carnet falsificado y hasta pagó el traspaso de una tahona en Masnou, al lado de Barcelona. Allí nos fuimos; Clementina de cuatro meses. La niña nació en Barcelona, y ha salido una catalana en todo, hasta en el genio frío, que allí llaman el *seny*. Muchos años pasé amasando harina olvidado de la política, y ella de mí. Hasta que me di cuenta de que el pan no me llenaba. Entré en contacto

con los camaradas de la zona del Besos y poco a poco me fui integrando; había allí una página de la lucha de clases por escribir, y la escribí. Clementina no me lo perdonó. Malvendió la tienda, cogió a la Nuri y se vino para el pueblo; allí sigue, ayudando al padre en el despacho de las *pistolas*, que eso, y las *trenzas*, a él se le daba bien. A la nena no la he vuelto a ver, y lo triste es que están a 50 kilómetros de aquí. Hace un rato salí al patio y me puse a mirar hacia el norte; ya sé que soy tonto, pero allí me quedé haciendo esfuerzos con el oído, este oído mío tan largo, por ver si me llegaba un suspiro de lo que madre e hija deben de estar diciéndose en el horno. ¿Se acordará la Nuri de su padre?

El camarada que había contado descalzo y despechugado esta aventura, al acabar se volvió a poner las zapatillas de fieltro y la bufanda, quedándose quieto junto al fuego avivado, que daba a su barba de pocos días un tornasol de Hombre de la Biblia.

Tomó el relevo un luchador algo más joven, con bigote de guías anchas y pelo al cepillo, que tenía delante, en la mesa, los restos fríos de un potaje de berzas y patatas.

—Pues yo conozco bien la Unión Soviética. Allí estuve desde el 46 hasta el 62. Y antes… ¡Ah! Estos ojos han visto lo que no ha visto nadie. Tengo yo una mirada más rápida que el mono. En el 40 me escapé de una cuerda de presos camino de Ocaña, con estas manos puse yo en Cuelgamuros la primera piedra del espantajo ese de las tumbas del Valle de los Caídos, volví a escaparme, me metí en un suburbio madrileño con otro camarada huido hasta que vinieron los especuladores con la piqueta a derribar la chabola donde malvivíamos para hacer unos bloques de pisos de protección oficial, pasé a Barcelona en la resaca de las primeras represiones a los poquitos focos que quedaban, y de allí a Francia, para llegar, con lo puesto pero con estos ojos bien abiertos por la verdad de Europa, a Moscú. Qué gran país. Son de ver sus piscifactorías. Y eso que ellos lo pasaron también mal en su guerra. Me fui a Kiev y estuve trabajando en la construcción de una gran central hidroeléctrica, a orillas del Dniéper, codo con codo con los hermanos soviets. Tendríais que haber visto a esos labradores ucranianos de barba de cabrito y chancletas de piel vuelta, todos

con una pipa larga en la boca como en las estampas de los libros de Tolstoi que iba yo a ojear al Ateneo de Pontevedra, desafiando a la naturaleza, que allí es más fiera que acá, hasta que las turbinas rompieron el silencio de unos campos donde la nieve es el suelo natural. Pero el Partido me quiso en España. Entré por Roncesvalles en el 62, una tarde, me acuerdo muy bien, en que el Celta de Vigo, mi equipo de niño, consiguió el ascenso. Fui primero a Asturias, a la cuenca del Nalón, donde los camaradas mineros formaban la vanguardia más valiente contra el Régimen. Piqué como el que más y tragué todo el polvo de los carbones. En las redadas del 63 caí, con otros doce compañeros jovencitos, todos ya enfermos del pulmón. Dos años. De la cárcel no voy a contar lo que todos sabéis: a más de uno os habré visto pasar delante de mi celda con la cara tapada por la sangre, y a mí pudisteis verme este brazo colgando después de las palizas. A la salida, calma. Me han convertido en un… viajero de las tierras perdidas. Voy allí donde no ha entrado el comunismo desde la República. Las Hurdes, los Monegros… Sólo tengo que ver las condiciones objetivas y dar informe. Meses llevo pateando los caminos más pedregosos de Andalucía, asqueado de ver cómo viven los que cogen la oliva y los más olvidados de los barrancos de Almería. Y esta mísera España me hace pensar en Kiev. Allí hay hermosura, aparte de Progreso. Y fui feliz, aunque echase de menos la pasión que aquí le ponemos a las cosas del Fútbol Association, que a mí siempre me ha gustado. En Kiev, en una tumba que lleva una poesía de León Felipe al lado de la hoz y el martillo descansa mi compañera, Carmiña. Y allí se me han quedado dos hijos rusos que hablan el español con acento. No creáis que el idioma de ellos es tan difícil. Al principio cuesta, pero luego… ¿Queréis que os diga algo? ¿Qué? «Sotsialism v Ispanii.» No hará falta que lo traduzca… Una más difícil. «Da zdravstvuyet proletarsky internatsionalism.» Ahí, todos de acuerdo. «¡Idei Lenina vechno zhivut!» ¿Verdad?

La tercera voz no se vio por dónde empezaba a contar su parte de la historia. Esfumado por las salidas de humo de una pipa, el rostro era una sombra de puntos negros y agujeros blancos, como el del cuento del paño de Verónica.

—Es cierto, la guerra separó el Tiempo en dos

mitades: el *antes* ya no cuenta. «Mi guerra»: un juego comparada con lo que vino luego. Entre el 37 y el 38 yo no tenía ideas claras. ¿Anarquista? Algo así. O peor. Filibustero de los montes navarros. Y boxeador por la bolsa. Me hice una reputación de púgil invencible en todo el valle del Roncal, y conseguí hasta una afición que, en aquellos días en que estaba mandado no viajar, me seguía de pueblo en pueblo. Gané dinero. En diciembre del 38, por el amor de una mujer, tomé conciencia de los mandamientos de la cosa política. Y cuando ella dio la vida, bandera en mano, descubierto el seno, en una barricada de Madrid, yo seguí su ejemplo. Con la derrota empezó mi segunda vida. Yo fui de los que no se conformaron. Y la guerra siguió para nosotros en la emboscada y el golpe de mano a los «pacificadores» de la sierra leonesa. Al principio había un mando central, y las escaramuzas seguían las razones de un orden superior. En el 41 quedamos aislados cuando murió de un cólico nuestro enlace. Continuamos combatiendo. Entonces no nos tomaban en serio los naturales; con los años nos convertimos en Los' Mosqueteros de la Muela Picada, y tuvieron que reforzar sus efectivos los cuartelillos de la comarca. A aquel andurrial nadie que no tuviera algo que esconder se le ocurría subir. Pero el olfato del *ring*, que yo había desarrollado en Pamplona para oler el miedo de los rivales antes de noquearlos, no me falló en el monte. Sin verlo detecté a un contrincante misteriosísimo que transportaba el alma de esos árboles con el sigilo de los guardianes de un sultán. Para entonces nuestra única posición era conservar la vida mientras aguardábamos la nueva voz del mando, pero a mí me dio el numen de que aquel vigilante podía distraernos la espera en una guerra a escala animal. Durante treinta días nos tanteamos de lejos; sus únicas señales eran las del olor de unos guisos de caza que se hacía, la nuestra para él las fogatas donde por la mañana hervíamos la achicoria. En esos treinta días de pugilato de las señales de humo me quedó claro que el hombre no tenía una misión precisa en el bosque del pantano. Todo lo que sabía, deduje por la ciencia de los pasos, era guardar el monte, y nadie iba a venir a exigirle otra cosa; pero también sabía, y quizá con mayor convicción, que nunca había sabido otra cosa. Y eso me servía. Un día al fin le vimos por el catalejo. ¿Nos habría

visto ya? ¿Desde cuándo? El resultaba más difícil. En el vestido era tan agreste como el bosque húmedo, y no se distinguían sus brazos de la jara y el lentisco que los rozaban, ni sus piernas del suelo de hojas muertas al que le vimos agacharse para coger lombrices y moluscos con la desconfianza de la becada. Sólo una prenda parecía humana y comercial: la gorra de orejeras y morrión con plumas, más de plástico que de pájaro, que ostentaba en lo alto de la copa el banderín norteamericano de las barras y las estrellas. Cuando se alejó a saltitos no pudimos seguirle con la lente; igual que él se movía se mueve el árbol a las primeras brisas de madrugada. Y si tenía cara, que eso el catalejo no pudo resolverlo, pues era verde y con las venas rameadas de la hoja. El hombre vegetal se supo descubierto y dio aviso: tiró una descarga de pólvora al cielo y salieron diez aves del marjal. Enseguida les dije a mis hombres que ese hombre sólo tenía un poder frente a nosotros: el de amedrentar. Porque el arma de su disparo era un mosquete de cañón largo que yo reconocí como italiano por la finura del nácar de la caja; nosotros traíamos lo último de los polvorines leoneses. Pasaron treinta días más, que bien pudieron ser treinta semanas, pues en el bosque y con las ansiedades del mundo exterior el tiempo no cala. Ignorábamos lo que él hacía cuando no cocinaba, pero se instituyó un rito de mutua exhibición; cada mañana, mientras uno de nosotros montaba guardia, los otros nos bañábamos en un torrente, fuera de la espesura, y allí podía vernos a placer. Y para responder, cada tarde, antes de que el sol cayera por la última raya de los campos cultivados, él se dejaba ver al catalejo, habitualmente en tareas domésticas. Destilando las hierbas, curando una carne de avutarda, abriendo cantimploras de un licor tan fuerte que al desenroscar el tapón huían de su lado las ardillas y se doblaba el tallo de los escaramujos. ¿Sabía el Vegetal que la guerra había terminado? ¿Y de qué lado? No parecía faccioso, pese al mosquetón, pero en sus distancias, en el modo de hacer suyos los bienes del bosque, quería dejar clara su enemistad. Decidimos matarle: para poder pasar a operaciones de más riesgo necesitábamos el dominio completo del promontorio. Hasta las amenazas formadas en la cabeza como propósito y no manifiestas aún en movimientos era capaz de husmear aquel guarda, pues

ese mismo día de nuestro conciliábulo de muerte nos habló, fuera de horario, apareciendo con todo su verdor en lo alto de un risco. «¡Eh! ¿Sois mis sucesores, o quiénes sois? Os esperaba. Llevo ya tiempo defendiendo esta Muela. Si me colocaron aquí sería porque otros estaban dispuestos a hollarla. Pero nadie ha venido a disputarme la tarea. ¿O sois vosotros? No os veo muy enteros para el monte. ¿Sabéis acaso aprovechar la nieve como calefacción, tender cordeles contra los jabalíes, convencer a los árboles en los meses estériles de la caída para que no se harten de servirnos? Yo os podría enseñar eso y más, si fuera posible, que no lo es. Desde el primer día os he tenido en el punto de mira de mi cañón. Hubiera sido fácil mataros uno a uno. Demasiado fácil. Mirad…» Y empezó a clavar en la blandura del mantillo, al modo de los tercios de Flandes, una vieja horquilla de metal, sobre la que apoyó con parsimonia el mosquete. Hasta que uno de mis hombres, el envidioso de la célula, quiso pasar él solo a la leyenda y le disparó. Así cayó el Hombre por la ladera hasta mis pies, ganando en sus vueltas aún más propiedades de la vegetación. Mortalmente herido, y mientras se enredaban en su boca las lianas y de los bolsos del macferlán de camuflaje salían asustadas por el enfriamiento del cuerpo las larvas que invernaban allí, me miró, como se mira a un jefe natural, y dijo: «Si eres sólo un depredador de estos montes, he fracasado. Pero si tu intención o tu destino es sucederme en la defensa del puesto, entonces tu victoria me enorgullece.» Sufría, y se formó entre mis botas un charco con la savia de sus heridas. Le rematé. Seguimos siete años en sus dominios porque el Partido no nos localizaba y se estrechó el cerco de los carabineros. En ese tiempo vivimos *del* Hombre Vegetal. Con los trebejos que él había puesto cazamos liebres, y sus trampas de muelle de metal cortaron el paso a la comadreja que si no saltaría al cuello de la liebre. Con el aguardiente seco del tonel nos calentamos en las noches de humedad, de sus depósitos de revistas de moda francesa tuvimos qué leer y qué fumar, y en una cueva que había sido su dormitorio principal descubrimos un arsenal histórico pero en uso. Con los años y las refriegas nuestros Máusers se rompieron, y vaciamos las cananas de cartuchos; sus armas, anticuadas, disparaban, y la pólvora de sus barriles estaba seca. Plantamos cara a los

esbirros mandados por Madrid con arcabuces de rueda, con escopetas corsas de bola de cerrojo plateada, con espingardas, fusiles de pistón, de tabaquera, y empuñando yo mi favorita, un gran trabuco catalán de cañón abombado y gatillo con forro de hueso, asusté a más de una partida de voluntarios locales, y otro día acerté en la frente, usando de proyectil los cantos de granito de su legado, a un brigadier. Al fin nos capturaron; yo había caído con unas «fiebres de la chota» que se daban en aquella comarca lechera, y los compañeros estaban desmoralizados. Pero en los cuarteles, a las primeras tortas del sargento de la Guardia Civil, y después en prisión, en los doce años de mi prisión, seguí teniendo fe en los remedios del Hombre; este extracto de saúco cocido que aún llevo aquí y que también estaba en la botica de su cueva, donde las otras hierbas, es lo único que me hace sudar y me alivia de los escalofríos de la chota. Yo soy poco amigo de dioses, ya lo imaginaréis, pero aquel fantasma… Hosco, intratable, paciente hasta un punto y, para lo importante, impaciente; útil, poco fiable. Raras veces se ha equivocado mi nariz, y en el bosque, si de verdad olí algo, fue la maldita peste del Sobrenatural.

Hasta Valencia viajaron conmigo en el coche de *Pagan* los *Catalanes de los Capuchinos* y la angustia de las influencias. Los primeros, dormidos antes de Belmonte, caían el uno sobre el otro en las curvas, y a pesar de los cabezazos no se despertaban; en el asiento delantero, despejadísimo, yo tenía que encajar el peso de las palabras de los viejos militantes de la venta, y esos equilibrios de la memoria y la voluntad me mantuvieron atornillado a la gomaespuma.

A cincuenta kilómetros del destino, mientras *Pagan* pagaba un tanque lleno, bajé el cristal de mi ventanilla y dejé en libertad por los bancales mojados la medalla barata de Santa Margarita que unía a *Ramiro* por el cuello a los amores terminados.

Me dio la impresión de que el coche arrancaba después de esa liberación con más brío, pero seguramente fue sólo una impresión. En el asiento corrido,*Cuca* decía en sueños monosílabos de su idioma, y *Corominas*, dormido ahora contra el cristal, recibía en la cara el último rebote plateado de la luna. Miré a mi único testigo: *Pagan*, cansado de conducir, se había puesto, como tapón hermético de los labios, un puro apagado

que mascaba. Tuve que volver, por consiguiente, a la compañía de los mayores. Y llevado también por el cansancio y la alegría de los orujos, me convencí de que en el horizonte se estaba formando una imagen de explicación de mi esfuerzo.

La luna se ponía apresuradamente, como un fantasma de poca experiencia intimidado por las luces del nuevo día, y pensé en la lámpara del sacrificio de los camaradas anteriores, que se consume para alumbrar a los posteriores. En una fase en que los libros más sagrados y la autoridad de los dogmas burgaleses iban a disputarse mi deseo de acción, aquellas odiseas verificadas por la sangre parecían ocupar el límite de la realidad. Y la palabra *realidad*, que nunca me había molestado, resurgió de golpe como un pariente malmirado por su cabeza volandera que regresa a la familia enriquecido de los viajes y con un vestuario internacional.

Los cielos facilitaron mucho esa vuelta amaneciendo, en una maniobra rápida, un día claro que despejaba definitivamente los nubarrones. Y en un pronto que trataba de aprovechar las novedades de la realidad, me dije, lo más alto que pude en la voz baja del interior: «No soy nada. A partir de ahora sólo lo veré todo.»

Lo primero que vi fue la fecunda huerta valenciana. Y aunque esa naturaleza no era la mía y en las primeras pasadas me desconcertó el colorido de la fruta del naranjo, me sentí reforzado. Después de un año de costumbre de la ciudad y sus encantos de la belleza compuesta, ahora, por muy festoneada que estuviera de limones abusivamente amarillos y tomates, los frutos de la tierra me recordaban de dónde venía yo. ¿Adonde iba?

Poco después aparecieron los animales. Mejor aún. Estos mulos y perros y cerdos y urracas eran los mismos de mi arquetipo. Estuve a punto de pedirle a *Pagan* que detuviera el coche para bajar un rato a la hierba y ponerme a su altura, pero no me atreví. Dejamos atrás el tiro de borricos y el galgo que nos siguió cien metros ladrando junto a mi portezuela, pero aún faltaba, en un cruce, el rebaño más grande de ovejas. Las saludé al pasar con una aspiración profunda que sólo yo sabía lo que significaba.

No sé si el olor de establo y la descarga de los boñigos habían despertado a los atildadísimos catalanes, pero a mí sí me levantaron ellos del asiento cuando, al enfilar el automóvil una larga recta después de la subida de una cuesta, gritaron en un dúo:

—¡¡Valencia, tú!!

Y al conjuro de la exclamación se fueron a pacer fuera de mi vista las bestias y apareció como en un recortable de papel el perímetro de la ciudad.

Fue una mala presentación. Estaba yo empezando a estar en paz conmigo, con la persona de mi primera situación, la que había llegado a los convencimientos del compromiso, y hubiese preferido seguir pisando esa tierra.

Hice trampa.

—Me mareo, que me mareo. Para, *Pagan*. Aunque sea un momento.

Era una inconveniencia para la marcha de las cosas previstas desde arriba, pero paró. Los catalanes, recompuestos después del sueño, no quisieron bajar, ni *Pagan* se desenroscó el cigarro de la boca. Me daban a entender que la parada *iba a ser* corta.

Era un terraplén al lado de las tapias de una finca; la vivienda, con cubierta de teja azul, se destacaba a unos 500 metros entre las palmas amarillecidas de un macizo de palmeras. Me alejé del coche, por vergüenza y sobre todo para llevar a cabo la nueva purificación. Si era un desterrado tenía que quitarme de encima las señales de mi dominio anterior. La medalla. Bien. Algo más. Me agaché junto a una acequia, como para refrescarme la cara, y lo que hice fue escarbar en la tierra blanda y esconder allí una segunda evidencia: los escritos completos de Marisa, compuestos de la tarjeta postal del Sardinero, una carta de amor con un anuncio de ruptura, y dos hojas de apuntes de Romano en las que había puesto ella dibujos de nosotros como niños, entonces y de viejos, muy encorvados y con una sola toga envolviendo los dos cuerpecitos.

Para darle al enterramiento más raigambre funeraria puse encima del barro una piedra caliza que estaba incrustada en el sendero de paso. Al levantarla, la vida subterránea —dos alacranes sorprendidos como una pareja en un parque— no me dijo nada nuevo. Pero sí la propia superficie de la piedra: en sus venas y en sus quebrados, en el cruce de sus manchas de óxido, estaba contenida la historia de todos los sistemas del reino de las montañas a las que pertenecieron esos mármoles antes de desprenderse.

Me levanté. Rugió el motor del coche. Un abanico de lagartijas se extendió hacia el canalón de la tapia.

V

Fue casi un año lo que pasé en Valencia, aunque en la capital tardaría en entrar; como un caballero a las puertas de una ciudad sitiada, pasé nueve semanas de acecho y maniobras en una finca, «Los Murviedros», de un pueblo cercano, Sagunto, antes de que sus calles y sus caras se rindiesen ante el alcance de mi vista.

Esa primera residencia la compartí con *Cuca* y *Corominas*. No tenía con ellos la común procedencia de mis compañeros de Burgos, pero eran fáciles para convivir. Las tardes las pasaban leyendo en su cuarto, y apenas acudían al saloncito, donde yo oía la radio y jugaba a las damas contra mí mismo. Venían visitantes algunas noches, se celebraban con nosotros o sin nosotros reuniones del comité de zona, y el poco trabajo, relacionado con los preparativos del *Cincuenta Aniversario*, lo hacíamos los tres en el sótano de la vivienda, un caserón que debió de ser de ricos por el doble detalle del escudo de piedra de su fachada, con un pomo florecido sobre campo de gules, y los pomos de porcelana con un escudo dibujado que aún abrían las puertas de todos los cuartos.

En ese tiempo de reclusión, durmiendo por el día, trasnochando las noches, pensé a menudo en el lavadero del camarada panadero: también nosotros, aunque encerrados con más espacio y menos peligro, nos poníamos ansiosos cuando llegaba el ruido inesperado o no era hora de mirar y en la calle tocaban bandas de música. Era yo el que me ponía nervioso. Los catalanes leían.

Un día me atreví a preguntarle a *Cuca*:

—*¿Y* qué leéis ahí metidos el santo día?

—Pues de todo, qué quieres que te diga. El poesía. Y la escribe. Ha sacado ya un libro, *Bajo el brocado oscuro de los astros*, y dirigía la revista de la facultad, hasta que la cerraron. Yo, de todo.

Y a partir de ese gesto mío de interés pasó ella a mostrarme en lugar de desprecio el aprecio de las personas formadas por el bruto que quiere progresar, y me dejaba fisgar en su rincón de los libros y hasta me informaba, al acabar la lectura, de lo que había leído.

Al mirar el depósito de su biblioteca me llamó la atención el número. Y no quiero decir la cantidad, que era poca, sino el hecho de que todos los libros que tenía en la balda estaban enlazados por las cifras de su título. Del repaso de los lomos allí desordenados recuerdo *Una tragedia americana, Dos pasos, Tres soldados, Cuatro cuartetos, Las cinco advertencias de Satanás, Seis personajes en busca de autor, Siete cuentos góticos, Enrique VIII, Billar a las nueve y media, Decamerón, Los*

once y uno, Esos trece, Diecinueve figuras de mi historia civil, Veinte poemas para ser leídos en el tranvía, 39 escalones, Las cuarentenas, y así, en una progresión que no sé si seguía la ley del múltiplo, hasta llegar a *Cien años de soledad, Las ciento veinte jornadas de Sodoma, Las mil y una noches, Diari 1918, 1984, Los cinco mil dedos del Doctor T, La Anábasis*, y, en otro anaquel de más espacio, pues era un libro alto y con grabados, *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

—Ah, pero ésos ya los tengo leídos.

Y sacó *Cuca* de un costurero sin fondo, como el maletín de los ilusionistas, la remesa que empezaba a leer ese día. Los vi por encima; no tenían números estos nuevos, pero más tarde, apilados por montoncitos en su mesa, reparé en el vínculo: estaba allí la trilogía de Arturo Barea, un *Cuarteto de Alejandría* en italiano, siete volúmenes muy nuevos de Marcel Proust y veinte *Episodios Nacionales* de Galdós en edición antigua.

A *Corominas*, ahora que sabía lo de los versos, no le molestaba con mi curiosidad, pero también fue él quien, con la resignación del científico que sólo tiene a mano criaturas sin raciocinio para sus pruebas, vino hasta mí para hacerme público suyo.

—Lo último que he escrito. Anoche. Pero la idea la tuve en el viaje, ¿te acuerdas? Al ver Valencia desde la carretera.

Y recitó, sin leer, con buena voz, con un ardor más apropiado para nuestra corriente poesía de combate que para esas delicadas evanescencias:

Mi dama luna,
de tu cola el zafiro
no es respiro.
No me sonrías,
luna, duna profunda
de mi calvero.

—Ya ves que es un intento de combinar la técnica japonesa de los *haikus* con las paronomasias del dadaísmo. No sé si me ha salido. Pero ya llevo nueve de éstos. El libro lo llamaré *Azul Lumbar*. ¿Has cogido la anáfora?

Y cada tarde, a la hora de la siesta que ni él ni yo dormíamos en el tórrido verano valenciano, me leía *sus cosas*. Me gustaban.

Después, cuando correspondía cenar pero no a nosotros, llegaba *Plá*, el compañero local, con los deberes del día. Este chico, universitario, hizo amistad con *Cuca*, porque también cuidaba mucho la manera de arreglarse y además le traía la prensa del día.

—¡Qué asco! O mejor no. Mejor que en esta ciudad no haya nada

que ver. Así no sufriremos de tener que perdérnoslo. ¡Qué cartelera! Y de exposiciones… En Barcelona hay galerías que traen cosas *pop*, y se iba a estrenar pronto *Fahrenheit 451*, el último Truffaut. ¿Y aquí qué? ¡*A las cinco de la tarde* de Bardem en cine-forum! ¿Ha pasado hoy *Le Monde*?

Así nueve semanas. Adquirí, a base de escuchar epigramas, anacreónticas, himnos pindáricos, jarchas, lais, virelais, casidas, rondeles, sextinas, calígramas, «cadáveres exquisitos», una cierta costumbre poética. Y le oí hablar mucho a *Cuca* de un grupo americano musical, *Velvet Underground* («las niñas de los ojos de Warhol»), de Vincente Minnelli, Samuel Fuller y Blake Edwards, hombres del engranaje de Hollywood pero aun así autores con *un mundo*, de expresionismo abstracto neoyorkino, del novelista Salinger y el poeta Ezra Pound, mientras ella y yo componíamos octavillas, con las duras pero bien redactadas consignas de *Corominas*, denunciando la invasión del Vietnam de Ho Chi Minh y el neocolonialismo de las bases yankis en nuestro suelo.

También les vi una noche esquivarme con guasa, poco después de la llegada de *Plá*, que ese día, luciendo una camisa larga atigrada y unos pantalones de pata de elefante, no le entregó a *Cuca Le Monde* sino una pastilla envuelta en papel de plata. No les seguí: estaba a gusto ojeando los garabatos jocosos que *Cuca* había escrito en los márgenes de su ejemplar de *Un millón de muertos*, y me quedé en el salón. Volvieron misteriosos de la terraza y me miraron con ojos turbios; después estallaron los tres en una carcajada, que debió de oírse en la tranquila noche frutal.

—¿No has probado aún los psicotrópicos?

Cuca, la más contenta de los tres, me llevó aparte, pero en vez de hablarme de la substancia me dijo lo siguiente, poniéndose sus gafas negras de cuatro cristales:

—¿Por qué piensas tanto en *ellos*? Te leo la cabeza. Son tus héroes. Sí, no me digas más. Me fijé mucho en ti allí en Mota del Cuervo, mientras les escuchabas. El panadero, el ruso, el cazador, ¿eh que sí? Héroes, de acuerdo. Pero no «de nuestro tiempo», citando a un poeta. No me sirven, ya no. Por no servir ni me valen estos panfletos que hacemos aquí, a pesar de que *Coro* les echa tanto estilo. Todo es provisional. No te quedes *aquí*, aunque sigas aquí en Valencia. ¿Quieres que sea más clara? Sal de ésta, *Simón*. Pero a ver si me entiendes. Que todo es compatible… al menos eso creemos *nosotros*. Lo que se tiene que hacer no hay más remedio que hacerlo. Si en el fondo no es más que un problema de lenguaje. ¿Te interesan a ti estas cosas de la semántica? Todo hay que interpretarlo. Buscar nuestros significados a las viejas palabras aprendidas, y si son distintos pues que lo sean. ¿Sabes lo que pasa? Que *no puede ser*, te dicen ellos,

porque entonces se vendría abajo el fundamento colectivo. Así te justifican lo que sea. «Los buenos tienen que crucificar al que se inventa su propia virtud.» Y tienen razón. Son los justos, *estamos* en lo justo, eso hay que tenerlo claro. Pero ¿y tú? Tu *tú*. Mi *yo*. El *él* de él. De éste, de aquél. ¿Dónde los metemos? Uy, qué mareada estoy. Pues eso, interpretarlo todo, inventarlo, desmentirlo todo… ya sé que esto que digo es fuerte. Pues te digo más. ¡¡Vapulearlo todo, cargarse todo, y que caiga en pedazos lo que en nuestra verdad pueda caer hecho pedazos!! Entiéndeme, tampoco estoy aquí defendiendo a esos tabalotes de los anarcos. Pero es que los nuestros llegan a unos extremos de resignación que parecen flores de santidad. Marchitas. *Simón*: la barricada. El adoquín en el cristal. La violencia de los nuevos valores. ¡Seamos creadores en el bien y en el mal! No olvides que el mejor mal forma parte de la mejor bondad. Y así también haremos la revolución. ¿Cuál? ¡Ahí voy! ¿No has pensado en darle la vuelta al *18 Brumario* en *180 días*? Definitivamente: me desmayo.

El día en que los *Catalanes de los Capuchinos* regresaron a Cataluña yo entraba en Valencia. *Cuca*, luciendo ya, temprano, un collar de tres vueltas, me dio un beso en dos partes al despedirse. Primero, ante el grupo de *Corominas, Plá* y otros dos compañeros valencianos, *Gil* y *Orts*, rozó sus labios con los míos y con las manos me tiró de las orejas; pero se lo pensó y volvió a la carga. Yo abrí la boca (aunque no iba a hablar), y mientras los restantes se mantenían a la expectativa ella metió su lengua y fue buscando hasta dar con la mía. Jugueteamos unos segundos por todo el paladar, se entretuvo ella en mis encías, aliviadas por un instante de los flemones, y yo notaba que mis labios, apretadísimos a los suyos, iban empapándose del carmín violeta de ese día.

Nos separamos con la boca cerrada, y *Cuca* se metió en el coche sin soltar su libro para el viaje, *Las once mil vergas*, de un francés. *Corominas* sólo me dio la mano.

Plá, mientras me conducía a la ciudad, tenía novedades. Dos consejos de amigo, una sorpresa y un mensaje escrito. Los dos primeros, ñoños, los oí sin tomarlos en cuenta, para la sorpresa había que esperar, pues si no no lo era, pero el mensaje («todo esto es un poco irregular; no ha gustado el método») resultó una carta de *López-López*.

La leí en el coche, mientras aspiraba por vez primera un olor ácido y fresco que atribuí al mar, cercano pero oculto por una doble fila de barracas. No era propiamente una carta, advertí una vez que logré espigar la materia de su contenido. En cabeza del folio escrito a mano con letra en minatura había, dentro de un círculo trazado a lápiz rojo, el siguiente quebrado: 1.8/2.1/3.5. Debajo, a bolígrafo, comenzaba el texto con estas líneas:

> SIGO: EN UN LUGAR DE LA MANCHA ENTRE PINTO
> Y PROMETEO OIGO PATRIA TU
> AFLICCION Y ORFEO ESCUCHA EL LAMENTO…

Estaba clarísimo. *López-López* volvía a utilizar, como en Burgos, como en los mensajes que *Cayuela* nos enviaba al internado, la clave de las palabras numeradas. Reteniendo de cada línea únicamente la palabra cuyo orden en el conjunto correspondía a los números señalados, la frase primera quedaba así:

> SIGO ENTRE PROMETEO Y ORFEO. EL…

Había que aplicar la tabla al resto del escrito, y así lo fui haciendo, con el siguiente resultado:

> EL… HEROE REAL. EL PRINCIPIO DE ACTUACION. EL ESFUERZO Y LA FATIGA. EL DOLOR PERPETUO DE TENER QUE VENCER A LA ROCA. O LO CONTRARIO: EL GESTO QUE OFRECE Y RECIBE. LA VOZ QUE NO ORDENA SINO QUE CANTA. LA LIBERACION DEL TIEMPO QUE UNE AL HOMBRE CON DIOS, AL HOMBRE CON LA NATURALEZA. *SIMON*, ALLI DONDE ESTES RECUERDARLO, LO DIFICIL ES EL GRAN RECHAZO.

Decepcionante. Nada de él mismo, de *Cáceres*, del grupo burgalés; por manera y estilo parecía un telegrama cifrado del Comité Central. Miré a *Plá*. ¿Conocería él las claves del mensaje o tenía que mantener secreta, *para mí*, esa instrucción?

—¿Algo grave? Me lo dio *Bru*, que vas a conocer ahora. Como cosa privada.

—Me quedé tranquilo, aunque confuso; incluso de tan lejos llegaba el bombardeo libresco de los amigos.

La primera parada en la ciudad, en una zona poco edificada, al lado de un estadio, la recuerdo por la imagen del vigilante. Había una casita marinera con galería abierta decorada de salvavidas de corcho, y el camarada que esperaba nuestra llegada se había quedado traspuesto; con los pies prendidos en la baranda de la galería y la cabeza hundida en el tronco, sin cuello, era como los pájaros dormidos en el árbol.

—*¡Rech!*

Se despertó y saltó de su rama para abrirnos la puerta de la casita. Dentro había dos personas jugando con poca luz al dominó. Una era *Bru*, un hombre grueso de cuello largo cerrado por un collarín, que le daba aspecto de buitre leonado; la otra, la sorpresa.

—Nos encontramos otra vez. Te sorprende, ¿verdad?

La verdad era que no. Pensaba yo aún en el mensaje de *López-López*, y ver allí con el pelo teñido de negro y barba y unas cejas postizas al camarada *Juan Anido*, el alfil del Partido, como se le llamó una tarde en la parroquia de los Mártires Concepcionistas, entraba dentro de lo que un peón de la militancia como yo podía esperar, sobre todo recordando la espectacular huida de Carabanchel en la que él y otro camarada, mezclados con los miembros de un cuadro flamenco que había amenizado la merienda de gracia de los presos en ocasión de la fiesta del 18 de julio, burlaron la vigilancia con disfraz de gitano.

Me dejó más perplejo lo que *Juan Anido* me dijo esa noche,

después de tomarnos sendos platos de *all i pebre*, un guiso de la tierra.

—¿Sabes quién te recuerda? Sepulcre.

Y pasó a contarme, quitándole importancia al relato de su propia aventura, que el Comediógrafo del Día ya no lo era, al menos en España. Estaba en París, exiliado, porque un dramaturgo envidioso y de derechas que sospechaba de él le denunció a raíz del incidente de las Jornadas Internacionales, y habían salido a la luz sus conexiones con el Partido.

—Tres obras suyas fueron retiradas en pleno éxito del cartel, toda la prensa del Movimiento ha montado una campaña contra él, muchas señoras han devuelto sus libros dedicados, y una en concreto quemó en público, a las puertas del Teatro Infanta Isabel, las noventa entradas que guardaba de otras tantas veces que había visto *El hombre con un cáncer en la médula del amor*, su obra más centenaria. Pero Sepulcre no se desanima. Ya está trabajando en París con los del Comité del Exterior, y ha vuelto a escribir. Ayer venía en *Le Monde* que un director francés muy famoso va a estrenarle en enero su nueva comedia *Le Tartuffe amoureux de la Dulcinea.*

Los meses que pasé *dentro* de Valencia estuvieron dominados por la voz directiva y los postizos del incansable *Juan Anido* y por el papel intermedio de los que él llamaba, en razón de su nombre pero sin burla, *Los Cinco Monosílabos.*

Trabajé mucho las primeras semanas llevando material de propaganda a los pueblos del Alto Palancia y del Campo de Liria, en acciones en las que un día iba con *Bru* y *Plá* y otros con *Orts* y *Gil; Rech* no dejaba solo a *Juan Anido.*

Pero hablaré un poco de mí en esos días. Yo seguía la cura de humillación de la voces del interior, queriendo mantener como en la temporada de encierro con los Catalanes el olvido autobiográfico. Desde que me trasladé a la ciudad no todo fue transporte de octavillas y *Monosílabos*. Me pasaron, como acontecimientos de lo que un día llamara *vida personal*, dos cosas, y no sé si por ellas o al margen de ellas tuve una relación de repudio con la ciudad.

El primer suceso fue el segundo mensaje de *López-López*, que llegó esta vez con el mejor respaldo para su anomalía: de la mano de *Juan Anido*, venido nuevamente de Madrid a la casita de los salvavidas un día en que yo, con *Orts*, le estaba esperando para salir de viaje al interior de la provincia.

—«Una de cada cuatro», me dijo *López-López* que te dijera. Así, sin más.

Esta vez, ordenado el galimatías de la cuarta palabra válida en cada oración, mi camarada era más explícito, y hasta se permitía la ternura. Sin revelar detalles de lo que hacían ni dar nombres me dejaba entender que *Cáceres* estaba ya restablecido y *Marcela* había vuelto con ellos. Burgos estaba lejos. Cantabria, a un tiro de piedra. Eran alusiones bastantes fáciles, pero entenderlas me dio una agradable sensación de pertenencia a la escuela de la clandestinidad. El final de la carta volvía a las figuras de fantasía.

> SI, YA SE —decía al comienzo de un punto y aparte, sin que viera yo antes por ningún sitio la afirmación— QUE EL ARTE PRESERVA, CON LA PROMESA DE FELICIDAD, LA MEMORIA DE LOS OBJETIVOS QUE NO SE HAN CONSEGUIDO. PERO AUN TENGO ESCRUPULOS, *SIMON*. Y TU CUIDADO, PORQUE PRESIENTO QUE YA NO ES SOLO *ORFEO*, SINO QUE HASTA *NARCISO* ESTA RONDANDOTE. SU LENGUAJE ES LA CANCION Y SU TRABAJO ES JUEGO. PERO (¡QUE NO SE TE ESCAPE ESTO!) LA VIDA DE *NARCISO* ES LA DE LA BELLEZA,

Y SU EXISTENCIA ES CONTEMPLACION. UNICAMENTE. Y AHORA, RESUMIENDO, PARA QUE TE HAGAS UNA IDEA DEL ESTADO EN QUE ME HALLO. EL FILOSOFO (M.; CLARO, QUE OTRO PODIA SER. EL MUY VAMPIRO) SE HACE LA PREGUNTA: EN EL COMBATE ENTRE EL ARTE Y LA REALIDAD, ¿QUIEN GANA? AHI ESTA, *SIMON*, AHI ESTA. PORQUE EL ARTE —Y *EL* LO HA ESTUDIADO, VAYA SI LO HA ESTUDIADO— APARTA DE LA REALIDAD, DESDE EL MOMENTO EN QUE NO PUEDE REPRESENTAR EL SUFRIMIENTO HUMANO Y LAS ANGUSTIAS DE LA HUMILLACION SOCIAL SIN SOMETERLOS A UNA FORMA ESTETICA, Y POR TANTO A UNA CATARSIS MITIGADORA, A UN DISFRUTE.

No releí la carta porque me apartaba de la realidad en la que *Juan Anido* me requería.

—Tú sabes mucho de la Revolución… De la Nuestra. Vamos, te explico en el coche.

Por haber escuchado atentamente al *intelectual* en las tardes de *El Vizcaíno* se me consideraba un experto en los hechos de Octubre de 1917, y eso era lo que querían oír en el pueblecito de Requena tres maestros y seis sindicalistas.

Improvisé con lo que recordaba y con lo que había leído en uno de los libros de *Cuca, Diez días que conmovieron al mundo*, y *Juan Anido* me felicitó en el viaje de regreso, que fue movido. Primero porque el asfalto no estaba en buenas condiciones y *Orts* era poco hábil en evitar los baches; *Juan Anido* se apretaba a cada salto el maletín negro, «las arcas» lo llamaba, contra el estómago. Luego, en un recodo alto del camino, yo hui, o me elevé, según se vea: a muchos kilómetros, al final de la tierra llana, apareció una cinta azul, ligeramente más oscura que la cornisa del cielo, recordándome la promesa de lo que estaba allí y yo aún no había ido a ver.

—*Simón, Simón*, ¿por qué me has abandonado?

—Ah, sí, qué decías…

Y me volví azarado hacia *Anido*, que viajaba detrás con *Rech*; el sol, a punto de ponerse, aún tenía fuerzas para lanzar una luz de azafrán que estaba dando de lleno en la cara de *Juan*, ese día limpia de pelos falsos. La vi mal: rota.

—Pero *Juan*, no me había fijado, con los postizos… Esas heridas.

—La noche del Asalto al Teatro de Invierno. El comisario Ucedo. Un artista de la mano abierta.

De repente *Orts* se aferró al volante y me miró; ¿qué?, pensé yo. Viendo esa respuesta apática se volvió alterado al asiento posterior, con su lengua pequeña y afilada, lengua de gato, bailando en la

caverna de la boca.

—*Tiens, les flics.*

—*Merde*! *Je m´occupe du fric.*

No entendí el diálogo de los de atrás, pero entonces vi que venía hacia nosotros por la carretera un jeep de la Guardia Civil y a *Juan Anido* sacar del maletín seis fajos de billetes y guardarlos precipitadamente bajo mi asiento.

Nos detuvieron, haciéndonos señales con sus manguitos fluorescentes.

—Buenas tardes. ¿Que no se han dado cuenta? La vaca está suelta.

Miré a los pastos, y un segundo después, el tiempo de retraso de la razón sobre el instinto, recordé lo mal que se pronuncian las labiales en el Levante. *Juan* y *Orts* salieron del coche con calma, con una llave inglesa, y entre ellos y los guardias sujetaron los tornillos de la baca, que caía sobre la portezuela.

—Pues mire, muchas gracias. Es que hemos llevado a Requena unas cajas de albaricoques, y con las prisas.

—A seguir bien.

Y se fueron, después de mirarme fijamente, sin objetar nada.

—*Quelle blague*!

Juan Anido y *Rech* hablaron, por los nervios, el resto del trayecto en francés, la lengua de su exilio en Toulouse, mientras *Orts* se enjugaba el sudor de la cara con su lengüecita, que llegaba a sitios donde no llegan las de los hombres.

El segundo suceso ocurrió el día en que salí de la casita de la galería de los salvavidas, le dije a *Bru*, que se había quitado esa mañana el collarín y parecía un buitre más común, adonde iba, crucé las calles del barrio periférico, llegué al centro de la ciudad, no me quedé en él ni le presté atención, entré en la Estación de Madera, saqué un billete para el *trenet* del Grao y después de veinte minutos de traqueteo vi el mar. Antes ya aparecía, a trozos, o por el anticipo de sus aromas, pero yo no quería sentirlo así, interrumpido, y me distraje. Todo el viaje hablé, yo que no hablo, con las abuelas y el marinero de permiso de mi vagón para apartarme de la realidad de la ventanilla.

Reservé la mirada para la playa.

Se llamaba de Las Arenas, y confieso que lo primero que me vino a la cabeza al verlas, arenas y agua tan mezcladas en la orilla, fue el mar de mis sueños del piso de Madrid: el mar alborotado de California. Esa recaída duró poco. Enseguida me metí en el agua real, sin referencias.

Estaba fría, pero yo soy del norte. Y no era el único en ponerme a remojo. Por el mar de un final de septiembre nublado andaban dos hombres con las perneras del pantalón de pana arremangadas y los zapatos en la mano. Pantorrillas muy blancas, muy delgadas, sin pelo, y corvas de mucho músculo. Piernas de campesino.

Después del remojón me senté en la arena, lejos de las primeras olas, a reconsiderar. El mar: no era para tanto.

A los que estamos acostumbrados a la marea de las mieses y al relente de los bosques mojados, su brisa y sus zumbidos de repetición no superaban el silencio de la tierra. De todas formas me dejé llevar por el descubrimiento de las cosas laterales: dos palmeras plantadas en la arena, con un peto de rafia para que no se tuerzan las ramas jóvenes, una torre-vigía de metal con una banderola de la muerte, un perro sin collar, sin dueño, sin nombre, que había encontrado su castillo en el puente de una barca embarrancada, una excursión de damas negras, viudas seguramente, con bolsones de hule y bastón, mirando en el mar la voz de sus maridos difuntos.

Luego di un paseo, buscando tierra firme. Había restaurantes con las mesas y sillas apiladas, un palacio para los baños con columnas de azulete, casas de una altura cerca del mar, tan cerca de la primera línea que se notaba el vapor de la sal en las paredes cuarteadas. A las 2 me acerqué a un merendero, el único abierto. Allí tomé una cerveza y una bolsa de patatas fritas. Más paseo. Me puse a escuchar el mar,

tapándome los ojos.

Fue una experiencia de regreso a situaciones de mí mismo que ya creía haber anulado. Y es que el mar, en la segunda vuelta, me sorprendió como una embocadura que se abría a un auditorio donde de un momento a otro se esperaba mi soliloquio. Llevaba tres meses en esa provincia. Amnésico. El viaje y, sobre todo, el filtro de las historias sagradas en la noche de los peregrinos me habían purgado. Marisa y Marcuse, por hablar a grandes rasgos, eran ahora, en la distribución de los males del cuerpo, heridas incurables pero indoloras. Por eso las semanas del cerco de Valencia fueron tan mansas. Había recobrado el temperamento de mis primeros días de Madrid. Yo era una cámara. Y ahora el mar.

La ruidosa compañía del mar era el mejor estímulo de un estar solo conmigo que quería evitar. El mar sabía hablar y dar en pequeñas cantidades una lección de constancia, pero su indiferencia a las esperanzas del que lo mira pacientemente desde la orilla desbarata la mutua confianza.

Si la naturaleza siempre me había dejado vivir con ella en el papel de siervo tolerado, el mar, con su altivo desdén de alma muerta, con su cansino pero infalible retorno, sólo empujaba a la rivalidad de los independientes. Había que estar a su altura. Responderle con la concentración del amor propio.

No duró mucho ese egoísmo de mis sentidos. Por un lado, por la carretera, vi que se acercaba el *Seiscientos* de *Rech*. Por otro, más cerca, aparcó al borde de la arena, junto al pabellón de las duchas, un coche-caravan de extranjeros que, vestidos de invierno, saltaron descalzos a la arena y al quemarse las plantas se dieron al verano. Con una excitación de niños a la orilla del río en horario de clase, se desnudaron entre abrazos y pasaron al baño.

Pero allí estaba *Rech*.

—Hola *Rech*.

—No es *Rech*. Es *Rech*. Nos vamos a Gandía.

Y regresó por un momento al catálogo de la ornitología, sacudiéndose la ropa como los pájaros esponjan las plumas. En el coche, con paciencia de hombre, se entretuvo en explicarme los secretos de su apellido militante, que se escribía Reig pero se pronunciaba *Rech*. Me costó más de treinta kilómetros acertar la fonética que él pedía.

Volví al mar, como el culpable vuelve en pensamiento a los lugares donde sigue su culpa. Había, unos quinientos metros al norte del merendero donde comí de nuevo patatas fritas, un pequeño espolón de lajas sueltas que se habían consolidado y ya tenían la silueta de los rompientes.

Salté de una a otra, dueño del islote, y haciendo un esfuerzo de menosprecio del mar me concentré en sus parásitos. Al pisar en el centro de una gran piedra lisa escaparon de los acantilados de miniatura unos cangrejos de pata de araña, pero los tres moluscos de superficie no se molestaron. Fui cuidadoso de no aplastarlos. En otra roca había un gran bosque enano de algas verdes. Arranqué un arbolito: de la rama gelatinosa se escurrieron, moviéndose dentro de las gotas, unas criaturas sin substancia. Cada peña del mar tenía en su saliente seco una vegetación de color propio, como si respondieran al ataque de las aguas con piel distinta. Los líquenes violeta y amarillos, las cintas de lacinias, del color que las olas le quieren cada vez dar, las costras blanquinosas, la masa blanda de un campo de hongos sin tallo, agitados por el agua como la cabellera de un lunático; las manchas de cardenillo, como cicatrices de la piedra.

En un hondón de la ensenada, entre dos rocas pequeñas, me deslumbró de repente un reflejo de vidrio que podía con el brillo mate de la flora del mar: dos botellas de *La Casera* sumergidas en una poza. Me incliné a ver si estaban llenas, y se levantó enseguida, confirmando con mala cara su propiedad, un chico sin camisa que sólo tenía un brazo libre para rescatarlas; el otro apareció luego, con arena pegada y sujeto a dos más finos de un cuerpo que tapaban las rocas.

Me alejé del rincón de los enamorados, para quedarme un poco más con el mar a secas. Andando andando llegué hasta otro trecho de playa que se llamaba Malvarrosa. Seguía a Las Arenas pero ésta era más sucia y terminaba en una cordillera con pico de trozos de papel. Me detuve en un muro bajo que las algas encalladas habían formado a la orilla. Junto al muro, entrando en el agua, un ingenio de tuberías y motores medio tapados con lona. Había una lengua donde la pared de algas y el metal de la máquina se fundían en un talud al que me fui derecho. Allí no existía vida animal pero un musgo de pelo largo con dos edades lo recubría. El inferior era más verde, fortalecido por el periódico golpe del agua. Pero arriba había otro de vida suspendida, descolorido; sus filamentos blancos y resecos, situados en un nivel al que no llegaba la marea, recordaban las barbas de un dios marino viejo.

Tomé un palo y me puse a arrancar los más muertos. Pero en ese momento llegó una ola más larga y alcanzó al musgo inerte, que se reanimó en la humedad. Le dejé vivir una resurrección así de sencilla.

A la escena asistían sin mostrar emoción las lapas de un pilote de piedra de la máquina, tan unidas a la caliza que parecían los tumores de una profunda acumulación de indiferencia.

Distraído en esas contemplaciones no me di cuenta del despertar de la máquina. Un hombre que, con cara de no querer hacerlo, aparecía ante los mandos de la cabina, izó las lonas, dejando al desnudo la suciedad de los motores. Un rugido de falta de costumbre. Otro de falta de consideración. Y sin anuncio, el maquinista empezó a extraer con la cuchara de hierro arena de los fondos de la playa. Casi toda iba a caer en su sitio, la cubeta de la draga, pero una lluvia de chorreones me cayó en la espalda. Sin estar del todo seguro de que había hostilidad en el operario, decidí marcharme.

El trenecito me devolvió a la Estación de Madera. Atravesé un puente con altares sobre el río seco. La ciudad. Tenía libre la tarde. Dudé; ya se sabe lo que el centro de una gran ciudad es capaz de producir en mí.

Y en ésas estaba cuando vi el aviso de una fachada retorcida: la catedral de Valencia frente por frente. Crucé la plaza y me detuve delante de las columnas con santo encima. Bueno, entraría, pero burlando las tres naves y apartando de mí los cálices del Museo Diocesano; pagando un *duro* se podía subir a la torre del campanario. Bajé la fiebre de mis escrúpulos con el esfuerzo de los 207 escalones, que en el tramo final se estrechaban haciendo que el pie tuviera poco apoyo a sus tientos. De la cámara oscura de la última hélice del caracol salí al sol alto de la media tarde.

La vista merecía la pena del ahogo. La ciudad se ponía a mis pies con poca resistencia: era yo el único visitante de la torre y los valencianos no parecían estar haciendo allá abajo nada de relieve. Solo, pude encararme a la base de la espadaña y tocar la veleta de hierro y dar con los nudillos en el bronce de la campana mayor, que a esa hora tenía que dormir y no se dignó responder.

Después di la vuelta entera a la plataforma para orientarme en el ruedo de la ciudad. En la lejanía del norte cortaba la mirada un collar de montañas, pero yo preferí quedarme con los barrios de casas bajas que se extendían al oeste. Sus tejadillos de teja parda a dos aguas tenían los colores de mi tierra. Tuvo que estropearme el panorama el guiño de las aguas del mar, a la izquierda, en la franja estrecha que le dejaba el cielo claro, y después otro azul espiritual: las cúpulas cubiertas de azulejo que coronaban tantísimas iglesias de mi alrededor. Di la espalda a esos brillos de la conciencia y miré naturalmente hacia el cuerpo tumbado de la catedral; ocho cúpulas más, pequeñas pero de los mismos colores vivos, destacaban en la techumbre. Cerré los ojos para discurrir.

Pero llegaba público. Primero una pareja de nórdicos en pantalón corto que se quedaron decepcionados de la vista, pues a pesar de llevar las máquinas de fotos preparadas en cuanto dieron una ojeada las cerraron y se metieron de nuevo en el túnel de bajada. Con ellos se cruzó en la escalera una señora, que se sentó, sin mirar lo que había abajo, en el banco corrido del campanario y se puso a leer la prensa. Entonces apareció, con la sotana arremangada, un sacerdote; me miró, saludó a la señora del periódico y, abriendo el misal, empezó a rezar

en voz alta en dirección al mundo inferior, como los santos hombres del Islam desde los minaretes.

A mitad de sus oraciones llegó una niña, que corrió hasta la señora, le dio un beso, se sentó a su lado y sacó un cuaderno de su *cabás*. La señora dispuso a continuación una merienda sobre un mantel de cuadros rojos y blancos; comieron las dos empanadillas, huevos duros, mojama, almojábanas, almendras, mojicones, y de un termo se sirvieron una bebida de humo negro. Acabaron con todo lo que había en el mantel coincidiendo con el final de la arenga del sacerdote. La señora tiró las migas por la barandilla, hacia las cúpulas azules de la catedral, y se quedaron ambas unos minutos más, entregadas a sus ocupaciones: una a las páginas de deporte del diario, la otra a su cuaderno de deberes. El cura cerró el misal y se santiguó, pero antes de bajar hizo otra cosa de mahometano: tumbarse en el suelo y besar las baldosas mirando a la Mecca.

Todo el tiempo que duró la comida y el rezo musulmán lo pasé haciendo un experimento. No quería seguir el camino de las orillas del mar en el que yo me convertía a la fuerza en señor de las criaturas acuáticas, pero la ley de la gravedad me hacía ser también, en esa torre de los 207 escalones, amo de los pequeños formatos. Las miniaturas de los valencianos en danza parecían, abajo, insectos, o peor que insectos: todo cuerpo, sin pies visibles, y de lo que pensaran nada llegaba hasta mi altura. Pasé por un momento de soberbia.

Porque además de ver a la población tan insignificante, la sentía distinta, incomprensible en su frenético fundamento de negocios terrenos. No estaban como yo haciendo equilibrios sobre la cuerda de la Perdición, sin mirar atrás y sin pararme ni estremecerme. Establecida esa diferencia, me vi libre para fantasear a su costa.

Facilitó mucho el vuelo de mi imaginación el que las dos mujeres, hartas del aire que no dejaba en paz las hojas de sus lecturas, decidieran marcharse. Y creo que me consideraron entonces a otra luz más favorable (tal vez por los aspectos de mi soberbia), pues la señora que antes me desdeñara dijo:

—No se quede aquí mucho, que el viento de esta tierra engaña. Le deja a uno ebrio. Como si no se tuviera cuerpo. Te descuidas un poco y sales volando. *Bon dia*, pero hágame caso. Lo digo por su bien.

No se lo hice y me quedé en la torre aposta, con malicia, cada vez más satisfecho con mis juegos. Que consistían, básicamente, en burlarme de los seres humanos de las plazas de abajo, apuntar con el cañón del dedo índice de mi mano izquierda a los cuerpos apresurados y dispararles una rociada de saliva, relevado del deber de amar a otros, tener que oír a otros, confundir a uno mismo con los otros. Subiendo de los fondos del sacrificio sin el peso de la reserva, el mí-mismo poco-hablador salía a superficie, con todos los caprichos del

demonio.

—¿Fuego?

Otro turista, sudamericano por los indicios —el cóndor en un vuelo de colorines sobre el poncho, los bigotes pegados a la carne por la grasa, la flauta—, me pedía, con abundancia de sibilantes, ayuda para encender el cigarrillo clavado en sus gruesos labios. Le miré con mi mejor cara de peor enemigo. El hombre, como si sintiera entonces el mareo de la escalada, cerró lo ojos, trastabilló y fue a golpearse con el encaje de la campana. Se repuso enseguida, volvió a pedir la poca cosa, en su dulcísimo castellano de otras tierras, pero no cedí; abrí la boca y salió en un estornudo mi alma. Asustado y, más aún, entristecido, el americano emprendió la bajada al templo.

Yo regresé a mis rivales, despejada del todo mi nariz del olor de humano. Podía, si eso me apetecía, hablar desde mi podio a los mortales como el predicador islámico, pero ya sabía que no me oían, que no me entendían, que no querían nada de mi maldad.

Entregado a esa inmodestia, me dije, subido a la piedra de la espadaña, que aún me hacía más alto: «Haz algo todavía más bajo. Rebájate hasta ellos.»

Y así fue como empecé a meterme en sus casas, en la primera casa en la que me fijé, una que hacía esquina en el edificio más cercano de la llamada Plaza de la Reina. Allí, como al diablo todo se le permite, vi detrás de los muros blancos con grietas de la lluvia una escena conmovedora por lo prevista: una familia entera y feliz, el padre, generoso aunque vuelve cansado de los tranvías, repasando con su hijo las peores matemáticas del día, la madre, de buena planta pero vestida como deben vestir las madres, preparando un chocolate a fuego lento y atenta también a los progresos de la niña —con tirabuzones— en el filtiré. Y un abuelo que se me está durmiendo mientras se mece en su mecedora y domina la habitación como un principio de la naturaleza más que de la historia.

Rápidamente dejé ese hogar confiado y, por encima de los vacíos de la plaza ajardinada, fui al balcón que tenía colgado en su delantera un anuncio de detectives privados. ¿Se necesitaban allí mis servicios? Una mujer joven abría en ese momento las puertas de cristal y pedía auxilio o simplemente un regalo del cielo; enseguida salió la mano negra del interior y se la llevó. Un crimen, con toda seguridad. No me detuve.

Sobre un terrado, un beso. En otro, la colada de una anciana que no llegaba a las cuerdas. De un patio interior, el humo de los primeros platos de las cenas de ese día. Diablillo como ya era a esas alturas, noté alas creciéndome en la espalda. Más lejos, pues.

Posiblemente en aquel bar no entienden la lista de precios los escandinavos del pantalón corto, y en aquella casa de ventanas verdes

la señora de antes y la niña de antes son ahora mujeres sin lectura, sin tareas, sólo con la angustia de las horas inmediatas. No me ven y me temen, sumando los efectos del viento valenciano, pero me piden algo con su mirada dirigida a la ventana verde que la pequeña quiere abrir y la mayor cierra. No. Retiro la mano. El que regala corre el riesgo de perder el pudor.

Los alrededores se me quedaron cortos. Tenía que ir adonde los dioses se avergüenzan de llevar vestido. En un límite estaba la montaña, mi mejor compañera de viaje, y en el otro el mar, mi agente provocador. Allí me iba, a seguir con las burlas del bufón. Hasta que un persistente olor de persona me despabiló.

—Esto ya está cerrado. ¿Es que no ha oído el timbre?

El vigilante llegaba con el ocaso, pero quiso ponerse, como un sol anterior, delante del otro que se ponía por costumbre. Aun así los últimos rayos del sol de toda la vida atravesaron el cuerpo flameante del nuevo astro, hasta que yo mismo, con el decaimiento de los dos soles, me puse un poco crepuscular.

—¡A bajar! Veinte minutos más de la cuenta lleva aquí. ¿Qué tendría que hacer? ¿Cobrárselos? ¿Tirarle por la borda? No son ustedes serios, los jóvenes. No cumplen. Baje, hombre, baje. *Esto* se va a poner enseguida imposible.

El mismo se puso difícil, empujándome hacia la salida, dándome con el único símbolo visible de su cargo, la gorra de colores marineros. Tuve que compartir su sudada constitución en la bajada, hundiéndonos los dos sin diferencia, igualados por la oscuridad de la escalera. Y no debíamos de llevar ni cincuenta escalones de la escalera cuando empezó la fiesta por mi retirada: la campana reconciliándose con mis víctimas de los domicilios, dándoles ánimo, cobijo, negando mis insidias, llenando los hogares saqueados con una voz de misericordia.

El portón encerró a la catedral y a mí me dejó fuera, pero el guardián no se quedaba contento. Se alejó contando las monedas y mirándome mal. Tierra firme. Los gusanos del suelo valenciano. Final del juego. Muchos recuerdos al *homo faber*. No había tantas soluciones: hui hacia el prójimo huyendo de mí.

Estoy ahora en la Plaza del Caudillo y a mi lado un parque de cabinas telefónicas; el bolsillo lleno de fichas.

—Diga.

—Oye. ¿Me oyes?

—¿Cómo…? Sí… Pero…

—Soy yo. *Yo*. ¿Me entiendes? ¿Me oyes?

—Pero… ¡claro! ¡No es posible! *Sim*… Qué burro. Yo, quiero decir. Perdona, me he quedado…

—Sigo *aquí*.

No sé si los tendidos de la mala línea que nos había tocado recogerían mi insistencia en recalcar las palabras, pero ésa era la única manera de compensar el anonimato.

—¿Y cómo te va por ahí? Te echamos de menos. *Todos*.

—Pues nada. *Aquí*.

—Sí, claro. Creo que te escribió… hace días… ya sabes…

—¡Síií! Ya me contaba él. Cambiáis de aire…

—Eso parece. Ya veremos *allí*.

—*Aquí* bien. Yo también me acuerdo mucho… Os escribiría, pero…

—Claro. Ya lo sé. No te preocupes. Y el… ¿*trabajo*?

—Muy bien. La gente pone entusiasmo. Y está aquí, llevándolo todo…

—Sí… ¡el sargento de la policía armada!

Esto podía ser atrevido, y a los dos nos lo pareció al escucharlo con la resonancia. Hubo un silencio. Yo vigilé desde mi cabina: los parterres, el ayuntamiento de la ciudad, el General Franco avanzando a caballo.

—Oye, pues nada. Voy a dejarte.

—Allí hará bueno.

—Sí, eso sí.

—Aquí hay un invierno antes de tiempo. Tres días lloviendo.

—Yo vengo ahora del mar.

—¡El mar! ¡No me lo cuentes!

—No. Si lo vas a ver… pronto.

Había que acabar; el teléfono podía estar intervenido y empezábamos a caer en la confidencia.

—Bueno. Cuelgo. Y además se me acaba el dinero. ¿No me dices nada más?

—¡Hay tantas cosas! ¿No me notas contento?

—Bueno, sí.

—De oírte, claro. Pero hay algo.

—¿Ah, sí? ¿Puede… contarse?

—¡Esto sí!

—¡El pitido! ¡No me quedan más fichas!

—Pues ahí va. «El Caballo entró en el Redil de la Cierva.» ¿Me has oído? ¡¡El Jardinero tiene la llave del Jardín donde la Flor Silvestreeee…!!

—¡Se corta!

Salí de la cabina sin saber si estaba más feliz o más aturdido. Pero antes de poder decidirlo en el centro de los desconocidos, vi avanzar por la acera sur de la plaza a un conocido: *Gil*. Creí que venía a por mí pero iba a su Destino. El, que era siempre el encargado de las tareas pesadas, iba ese día más cargado que nunca bajo una mochila llena de lo que yo me sé. Entre las estaturas medias de los valencianos salían con la giba sus espaldas de estibador, como un gasterópodo que lleva bien, muy tieso, la concha de su condena.

Me aparté bajo la marquesina del Cine Rialto y pasó lento, con las antenas altas, dejando sus pies planos un aviso incomprensible en el polvillo.

Octubre. En la zona no acababa de plantearse el otoño, y era más fácil o más difícil llevar a cabo el calendario del Mes Rojo con ese clima de largas noches cálidas y días de humedad resguardada entre el cuerpo y la camisa.

En una nueva ausencia de *Juan Anido* me vi promovido por las casualidades a componente del Grupo de La Lonja; se nos encomendaba la acción más espectacular y más superflua del Mes. La preparé con gusto, con menos miedo del habitual.

Era el 5 de octubre y empezaban en la universidad las clases con la memoria aún reciente de las reivindicaciones del curso pasado y el anuncio del imparable auge de los sindicatos libres. Después del éxito del ensayo de la Quincena Soviética de Madrid el Partido quería celebrar en Valencia, elegida por razones que a mí no me incumben, el exacto Cincuentenario de la Revolución de una forma simbólica que fuese llamativa y al tiempo mesurada, pues no era conveniente dar excusas al Gobierno para un decreto de estado de excepción en todo el territorio nacional.

A las doce de la noche de ese 5 de octubre, viernes, 18 grados, luna menguante, estrellas de brillo regular, brisa suave, relente valenciano de costumbre, nos encontramos enfrente de las antiguas puertas de la ciudad, las Torres de Serranos, un grupo compuesto por *Orts* y *Gil*, que llegaron conmigo, y dos nuevos, dos camaradas-niños, a juzgar por sus caritas rubicundas y la fogosidad nerviosa del recibimiento.

Acudimos los cinco a la cita ya vestidos desde casa, con una prenda de estreno absoluto en el guardarropía de mis disfraces: un amplio *mono* blanco, robado, no por mí esta vez, a *Levantina de Publicidad*, «la firma que *le* vende desde una vid a un vino, desde un coche a un cochino», como anunciaba el peto del uniforme. Cubos y escaleras y brochas eran propiedad también de *Levantina*, y, con el instrumental, un fajo de carteles verdaderos que para despistar fuimos pegando en las paredes permitidas. Cuando los noctámbulos habían terminado con la noche valenciana, llegamos al Mercado Central. Frente a él, con piedras más sencillas y más antiguas, el palacete de La Lonja. Entre los dos edificios nos esperaba junto a su coche, con un cubo muy pesado, *Plá*, pantalón blanco de media campana, niky francés de punto. El traía desde el puerto el nitrato de plata.

No hicimos nada hasta las tres de la mañana, para asegurarnos de la soledad. A esa hora, mientras los Monosílabos vigilaban en las

esquinas y yo sostenía, los niños se subieron con dominio a las escaleras publicitarias y aplicaron en la fachada gótica de La Lonja los patrones de papel recortado. Yo mismo les pasé a continuación el cubo de nitrato. Y vi entonces su arte de pintores industriales y lo bien hechos que estaban los patrones. Quince minutos de mi reloj duró la pintada.

Nos quitamos los *monos* dentro de un puesto de ultramarinos del Mercado, donde se refrescaban en sus cámaras los productos del día siguiente. Luego nos dimos cita en el mismo sitio al día siguiente y nos retiramos por separado, compartiendo yo con *Gil* la furgoneta del dueño del puesto de ultramarinos, tan orgulloso de su negocio que quiso enseñarnos antes de salir el madrugón de los primeros comerciantes: los verduleros mirando el corazón de las lechugas y las grandísimas pescateras asomadas al ojo detenido del calamar.

6 de octubre. Sábado. Diez y veinte de la mañana. Un día despejado, con mucho ajetreo de valencianas en el Mercado. El sol empieza a rebotar en la fachada de La Lonja. Se acercan desde el ayuntamiento en comitiva el Gobernador Civil de la provincia y el Alcalde de la Corporación, que le sigue bajo mazas, los dos Procuradores del Tercio Familiar, el Obispo Auxiliar de la Diócesis, el Comandante Militar de la Plaza, la Madre Provincial de la orden de las Reparadoras, las Reinas de las Fiestas Mayores, la adulta y la infantil, ataviadas con el vistoso traje de la provincia; a las once se inaugura en la Antigua Lonja de Mercaderes la exposición «Bordados contra el Hambre», que después de haber recorrido España entera ha llegado a Valencia, y en Valencia los valencianos han echado el resto anunciándola por toda la ciudad —en carteles impresos y pegados por *Levantina* justamente— con palabras grandiosas: «Valenciano, sé generoso como tú sabes serlo.» «Un bordado salido de las manos primorosas de la monjitas Reparadoras salvará de la muerte por inanición a tres negritos del Africa.»

Pues bien, la exposición de labores de hilo hechas a mano en la selva bajo el peligro de las lanzas envenenadas de los nativos y con riesgo de picadura de las moscas del sueño y la malaria por monjas misioneras oriundas de España, casi todas de las Provincias Vascongadas, tradicional vivero de vocaciones, ha llegado a Valencia y constituye —insiste el locutor por la megafonía de un vehículo de Radio Valencia, «la más valenciana de las radios»— un acontecimiento.

Las once menos diez. Estamos nuevamente reunidos los camaradas de la noche, confundidos bajo la marquesina de tres cuerpos del Mercado, entre la masa de compradores que ha parado en sus compras del fin de semana para mirar la procesión ya próxima a La Lonja. Y también han abandonado sus mostradores llenos algunos tenderos piadosos.

Y en ese momento, cuando el pirotécnico acerca la mecha encendida a la caña de los cohetes de arranque y una banda de música formada por niños acogidos al Colegio de Huérfanos de Artistas Falleros empieza a tocar el Himno Regional, porque autoridades, bellezas de la Fiesta y monjitas están llegando a la portada de La Lonja, el fuerte sol valenciano, que lleva muchos minutos calentando los sillares del siglo XV, descompone el nitrato de plata, que paulatinamente ennegrece, sacando a la luz sobre la piedra los patrones invisibles allí pintados: la hoz y el martillo.

Al prodigio de las combinaciones químicas le siguió otro más notable: un repentino silencio de las personas, los muchos cientos que asistían y participaban, resaltado por las vibrantes notas del himno, pues los Huérfanos, de espaldas a La Lonja con el resto del grupo de acogida, no veían las formas comunistas y tampoco, por tanto, razones de interrumpir su serenata.

El Gobernador, antes que el Comandante de la Plaza, tuvo un gesto de autoridad saliendo del cortejo y mirando a su alrededor como sólo lo hace el general cuando quiere que acudan las tropas de refresco en la batalla. Pero, a primera vista, la mayor fuerza que había allí eran los dos maceros del ayuntamiento, y en ellos se fijaron los ojos del poder civil, desprotegido ante la afrenta de la hoz y el martillo. Estos dos hombres, acalorados por la peluca y la casaca, estaban empezando a pensar qué se podía hacer con sus mazas, mientras la Banda infantil tocaba y tocaba, ahora un pasodoble sin contenidos valencianos.

No fue precisa la acción de los maceros. Había policías de la Secreta entre nosotros, público del Mercado, y enseguida se descubrieron, aunque más que intervenir, se dejaron notar por sus voces: gritos por todos lados, dirigidos incluso a los que estaban por encima —y lejos— de ellos. Pero la energía de aquellos gritos tuvo el efecto que deseaban: la gente se asustó y se apartó, las autoridades se confiaron, y los maceros volvieron a su estampa de sotas de la baraja. También cesó, por fin, la música, a una seca caída de la batuta del director; sólo el tamborilero, por un despiste suyo, siguió en solitario, dando a la escena expectativas de ejecución.

La gravedad de esa tensa situación se distraía con miradas. El Obispo le pedía indulgencia a la Provincial, ésta miraba desconsolada a las dos madres (una de ellas de raza negra) venidas ex profeso de Africa en acompañamiento de los bordados, los dos Procuradores se miraban entre sí con familiaridad, el Alcalde no le quitaba ojo a la segunda dama de la Reina Mayor de las fiestas, la reina infantil a los únicos niños de la comitiva, los monaguillos del Obispo, que miraban una y otra vez a la fachada de La Lonja y no se tapaban la cara con las dos manos —como lo llegó a hacer la Reparadora blanca—, ignorantes aún del símbolo enemigo de su religión. A todas partes y a ninguna, con la estopa humeante lejos de la pólvora envuelta en papel fino de colores, como caramelos para regalo, miraba el encargado de los fuegos, venciendo unas ganas visibles de hacer ruido. Y yo, después de ver todo eso, miré a los míos.

Ellos también miraban la escena, comprobando los buenos resultados de su valor, y me fijé en un detalle: los cinco, escalonados, coincidían en el ojo brillante, en el pecho henchido por la respiración contenida, en la frente con gotas de sudor, en la barbilla alzada hacia el futuro. Las caras de los sellos revolucionarios.

Pero se habían hecho las once y veinte, y los que dentro del edificio de la Antigua Lonja esperaban la entrada de las autoridades se extrañaron. Del retraso, de los silencios, de la música interrumpida. Se abrió una rendija de las puertas, que parece que no se abren mas que en las ocasiones, y se asomó un ordenanza muy bien puesto; y bajo la tracería de los ventanales de la planta baja, la mancha blanca y negra de las tocas de las Reparadoras. Simultáneamente, las voces policiales habían conseguido algo material: un escobón cedido por un vecino del barrio, con el que, desde los escalones de acceso, intentaron alcanzar nuestra divisa. El locutor gritón de Radio Valencia ahora no decía nada, pero la megafonía del coche seguía conectada, y todos los presentes en la calle tuvimos que oír a través de los altavoces el jadeo de su ansiedad. El escobón no alcanzaba.

Entonces lo intentó desde las almenas coronadas del palacio un guardia civil, que, no teniendo a mano otro útil, alargó en vilo su propia carabina, creyendo el tonto que la hoz y el martillo habían sido pegados en lugar de pintados. Estaba a punto de dar con la boca del cañón en el mango de la hoz cuando, perdiendo el equilibrio, cayó hacia delante y el fusil se le soltó de las manos. El hombre pudo agarrarse de momento a una gárgola, hasta que sus compañeros volvieron a izarle, pero la carabina se disparó al dar en el suelo, y la bala, muy traviesa, atravesó el corazón en carne viva de una Virgen bordada en el pendón de una cofradía fallera.

Esta casualidad, más que nuestro desafío comunista, hizo perder los nervios a las fuerzas del orden. El Comandante desenvainó, los policías que aún no lo habían hecho dejaron ver sus pistoleras de la axila, los maceros volvieron a pensar en mostrarse beligerantes, y, despojándose de las casacas, empuñaron sus mazas como bastos.

Pero a quien hubo que socorrer primero fue a la Reina de las Fiestas, la adulta, que había caído desmayada al pie del estandarte atravesado, aunque a mi lado una señora con un bolso del que sobresalía el codo abollado de una barra de pan dijo muy convencida:

—Eso es por el calor. No sabe usted lo que esas pobres llevan encima, entre refajos y delantales.

Y, en efecto, le estaban quitando a la chica el mantón estofado de lentejuelas, la mantilla de blonda, la peineta de punta dorada y cantidad de ganchos del pelo, que así pudo caer suelto, precioso, a los lados de la cara pálida. También le aflojaron la banda de su honor para abrirle el corpiño negro, y con la prisa alguien rompió su collar de perlas, que saltaron entre las hermosísimas naranjas. Y es que se me había pasado decir que en el momento de mayor estupor de los ofendidos se había adelantado desde el Mercado Central una delegación de Exportadores Jóvenes de Cítricos, que, también con adornos típicos en el vestido, presentaban a las monjas el homenaje de

unos banastos de naranjas.

Pues bien, ni el aroma de las flores de azahar que estos fruteros le pasaban a la Reina por delante de la nariz conseguía volverla en sí, y tuvieron que llevarla —entre cuatro de los fuertes— al interior de La Lonja. Ahora sí que se abrieron de par en par esas puertas de uso histórico, y los de enfrente pudimos ver el campo de bordados de las monjas —algunos imitando la figura de animales del Trópico— colgados en lo que parecía, por las altas columnas góticas en forma de palmera, una antesala de la selva.

Estaban llegando los bomberos y no quedaban en la acera de La Lonja mas que los Huérfanos con sus trompetas apoyadas al costado. La procesión entera había entrado, sin ceremonia, a trompicones, en el palacio, y fuera el locutor de Radio Valencia, recuperada la voz, gritaba desde el coche, molestando mucho a los *secretas*:

—¡Valencianos! Mostrad vuelta repulsa a este sacrilegio dispersándoos ordenadamente. Volved a vuestros hogares y rezad. Ya habrá tiempo mañana de comprar a las monjas sus bordados.

Entonces tuve dos sentimientos. Por un lado vi, como despojos de una retirada, tres telas preciosas echadas de cualquier manera sobre uno de los capazos de naranjas. Una era el mantón recamado de la Reina, la otra la casaca del macero de menos estatura, y la tercera un bordado del interior, que monjas previsoras habían sacado, descolgándolo de la exposición, para curar a quien podía haber resultado herido de bala. Las tres telas formaban, me dije, un concierto de hilos bordados, y esta impresión, retorno de pasadas impresiones de belleza, me retrajo. Lo segundo que me pasó es que me puse a reír.

Me había entrado una risa profunda, inexplicable, muy ruidosa, que llevaba un rato preparándose en mi interior y saltó, no sé por qué, con la abstracción de los bordados, molestando a unos y otros. Los policías, que estaban tratando de que el que se dispersara fuese el locutor de Radio Valencia en su vehículo de grandes altavoces, y los bomberos, que ya casi llegaban con sus escalerillas a los ángeles esculpidos sobre cuyas cabezas brillaba más ahora, por un sol desigual, el martillo que la hoz, buscaron, sin localizarle entre la masa revuelta de las escalinatas del Mercado, al responsable de la risa. Pero, más próximos a mí, los camaradas distinguían asustados al irresponsable de la risa. Y yo no podía parar. Y menos cuanto más les miraba, enardecidos como correos de la Buena Noticia. Y tampoco cuando oí, en un lacónico reparto de voces, a los Monosílabos mayores:

—Oye. Tú. Calla. Basta.

—Eso. Sí.

—Disimula.

—Ya.

—¡Ya!

—¿Ya no sabes fingir?

Pues no sabía, en aquel momento. Está claro que yo había aprendido a fingir bien en las situaciones de peligro y a faltar a las pequeñas verdades que impiden el asiento de la gran verdad, pero no estaba preparado, por mucho que lo intentase, para sobreponerme a una expresión que no tenía verdad ni mentira. Que, por no tener, no tenía ni una palabra.

Mi risotada contra el cielo y el infierno se estaba haciendo peligrosa, y no soy tonto. Los camaradas-niños me cogieron de la mano, a la fuerza por si acaso yo no quería, que sí quería, y me arrastraron al interior del Mercado; el dueño del puesto de ultramarinos estaba al tanto en el pasillo central, y relevando a los niños me guio por el laberinto de los abastos, cuando ya los primeros policías llegaban a las escalinatas a investigar.

El Mercado estaba muy vacío; nadie tenía interés en comprar nada con un suceso de tanto escándalo en el exterior, y sólo alguna carnicera desconfiada seguía, hacha en mano, protegiendo su mercancía. Yo avanzaba no muy aprisa, pues el suelo estaba resbaladizo y el tendero amigo no me quería ver caer en los canales de la sangre de las terneras. Así pude fijarme en la repetición de un motivo conocido: las naranjas, allí dentro pintadas en las losas de loza que alegraban los pilares de hierro.

Vi de reojo la mejor coliflor de mi vida, el montón de judías, la mitad de las calabazas, los frutos secos, que en la larga mesa de su grisalla querían afear la paleta subida de las verduras; a un lado los dulces, a otro los salados, y detrás los limpísimos despachos de las aves de corral, unas con la vanidad de su plumaje, otras peladas hasta la última vergüenza, todas muertas y todas humilladas por las patas.

Llegamos a la encrucijada de la carne y el pescado; a la derecha, en un anejo con olor propio, el lomo independiente de los emperadores, la corona de espinas de los peces de poco precio, la pinza de los monstruos acorazados luchando con la mano que los quiere meter en la cesta. A la izquierda, la serena cabeza de los corderos, poco afectada por la separación del cuerpo, que le daba la espalda desde el garfio.

Tomó la iniciativa mi guía, y tiramos hacia adelante, por la avenida de las hortalizas, donde aún quedaban los tenderetes más esquinados: la larga hilera de balas de pepino, el puñal enfilado de las zanahorias, el cuerpo de la bomba de las berenjenas. Llegamos sin novedad a la salida trasera.

Pero también en esa escapatoria por los alimentos seguí riendo. No

pude parar. Aquella carcajada sostenida —que bajo el gran hangar de vidrio y hierro del Mercado retumbaba como la del vampiro en las películas de miedo— ¿qué podría ser? A unos les sonaría como la única venganza del enemigo, y eso me gustaba pensarlo; dentro de La Lonja de Mercaderes tenía que haber en esos momentos una escena de autoridades desautorizadas y bellezas despatarradas y monjas despagadas. Para otros, la risa del adiós del amigo del barco que zarpa dejándoles en tierra. Y a éstos, confundidos entre los ciudadanos que vuelven a casa comentando, les podía ver en su parsimonia de mensajeros de mi causa. Pero ¿y si era la risa loca que salda el resto de las ganas de reír?

A punto estuve, por estar ocupado en el pensamiento de esas y otras posibilidades más descabelladas, de ir a caer, en un mal salto final de salida, sobre un puesto de encurtidos.

La mano del amigo de los fiambres me salvó de la balsa de aceite de las aceitunas.

Escapé del Mercado, y cruzando la plazoleta de las descargas se me fue la risa. Mi salvador me veía correr y se quedaba satisfecho, dispuesto a meterse como si nada en sus embutidos. Corrí un poco menos, me mejoré el pelo con la mano, me abroché los botones de la camisa aunque tenía calor y seguí caminando como un valenciano más.

En ese momento explotaron los cohetes de La Lonja. ¿Impaciencia del técnico, órdenes del Alcalde de que el acto acabara con un alarde, simpatía de los petardos con el calor de la ira oficial? Unos niños que jugaban a las chapas en un bordillo aplaudieron sin molestarse en mirar al foco de los truenos.

Me detuve a su altura y les sonreí, como si tampoco a mí esos terribles estampidos me afectaran a los nervios. Incluso aparenté interesarme en el orden de sus tiros, en los colores del equipo que habían formado con caras recortadas de futbolistas pegadas al corcho de los tapones. Ellos se interesaban de verdad en el juego. Volví a las baldosas de la acera.

Lejos, aún más lejos, se oía al exaltado de la Radio marchándose a su pesar del lugar de los hechos con llamadas a la movilización de sus paisanos.

Esa tarde seguí al revés los pasos señalados al «Grupo de La Lonja» y no acudí a la casa del barrio del Carmen donde nos reunían para el balance de los hechos. Desaparecí. No, no me perdí. Desaparecí. Fue una tarde, una noche y todo un día siguiente en blanco para los camaradas y de mucho color para mí.

La ciudad tenía cosas que darme que yo no podía darme. 44 horas, cuarto de hora más o menos. Tantas caras. Tantísimos lugares.

No diré itinerarios ni nombres. Ninguna pista. No pienso hablar de ese tiempo ni de lo que pasó en ese tiempo. Me lo reservo. Además, no me fío de mi entusiasmo, y menos de mi capacidad de síntesis. Quedará para mí. Un secreto para el futuro, por si se presenta la ocasión de ofrecérselo a alguien en un intercambio de exclusivas. Punto en boca. A otra cosa.

Juan Anido quería verme a una hora y en un lugar nuevos, y más nueva había sido la manera de emplazar: con la voz de una niña que se acercó en el bar del barrio de la casita de los salvavidas y me tiró de la manga. Dejé caer el bollo en el café con leche, me agaché, me abrió ella las manos, me buscó después los nudos de los dedos, se fijó un momento en mis zapatos, y cuando estuvo convencida de que yo tenía que ser *él*, habló. Un recado de nueve palabras.

A las once era yo el que *esperaba* ante el portal *quince* de la *calle Comedias*, pero no había nadie. Un rótulo anunciaba a un cardiólogo en el Segundo Piso, y al lado había una librería sin clientes. *Juan Anido* no llegaba. Oí mi nombre, pero desde muy lejos. Miré al interior del portal, al interior de la librería, al cielo: allí, asomado al balcón de un edificio de Enfrente, estaba *Rech*. Se apoyó en la balaustrada y bajó la cara. Yo también. Y mis ojos descubrieron entonces al camarada *Ochotorena* esperándome en una puerta de la acera de los pares.

Entramos en un piso de pasillo largo sin cortinas ni cuadros; sólo puertas cerradas, cinco a cada lado, y detrás mucho ruido: el tiro de las máquinas. El corredor estrecho nos condujo a una habitación grande y clara que daba a un deslunado.

Ochotorena me dejó pasar y se retiró. Al fondo, detrás de una mesa de papeles colocada ante el mirador, sorprendí en movimiento a un grupo que al detenerse por mi entrada y en el primer golpe de luz me hizo pensar en un *paso* de la Pasión.

En el centro, con el torso desnudo y los brazos abiertos y peluca castaña de melena, *Juan Anido* se dejaba hurgar por *Orts*, que esmerándose mucho aplicaba un paño blanco a la brecha del costado; al retirarlo, las huellas de sangre repetían la boca de la herida en la tela. A su derecha, *Bru* extendía una mano que terminaba en unas tenacillas, como el sayón que pasa los ganchos de tortura al verdugo. *Plá* era el escriba. Llevando ese día un abrigo de pelo de camello, tomaba nota, apoyado en la mesa, de lo que *Juan Anido*, en medio de sus lamentos, seguía dictando. En un extremo del retablo *Gil* se lavaba las manos manchadas de sangre en una palangana. En el otro, el cirineo, siempre *Rech*, miraba a *Juan Anido* con aprensión y le sostenía con una mano la chaqueta, el chaleco y la camisa, y con la otra la cartera abultada de las finanzas.

—Ah, *Simón*. Es un segundo.

Y, en efecto, terminó la cura, se guardaron las gasas y el instrumental, se descompuso el trono y los cinco Monosílabos salieron

del cuarto en doble fila.

—No te asustes. Esta vez no ha habido comisario. Ayer chocamos con un carro en Cullera. Rasguños. Siéntate ahí, tranqueo. Esto no es una reprimenda. (Pero me senté intranquilo, tomando posiciones de defensa en el butacón.) Te lo podrá parecer; sobre todo por la forma de convocar. Pues no lo es. Va a ser una conversación de camaradas, con una sola diferencia, la de edad. Olvida las otras. Y también te digo que no estoy seguro de que lo que voy a decirte sea *necesario*. Es decir, a lo mejor me equivoco en mis… suposiciones sobre ti. Ojalá. (Aquí tomó y después descargó sobre la mesa, como si fuera un mazo, un fajo de papeles.) Mira, todo esto son Resoluciones de la Comisión Permanente, papeles de urgencia y de mucha necesidad; para ti, aquí, ahora, letra mojada. Podría hablarte de lo que dicen y no decirte nada. Prefiero una confesión más personal. Por ejemplo explicarte a bocajarro por qué soy marxista. Pues qué listo, vas a pensar, como todos *nosotros*, porque el marxismo es la única fuerza que lucha desde la práctica por la liberación de los explotados. Eso es magnífico. Hay más. *Simón*: el marxismo no es invento de un día y una cabeza. Es, ha sido y tiene que seguir siendo un desarrollo que da a los hombres el instrumento con el cual se colocan a un nivel humano, *consciente*, en el terreno de la colectividad. Les da, nos da, el conocimiento de las tensiones que deciden la vida económica y social de los pueblos, y por eso mismo nos revelan la clave de nuestra propia vida.

Aquí debí yo de dejar ver, en un gesto sin conciencia de mis manos, los adelantos de la evasión, porque *Juan Anido* cambió. Cambió de cara, de sitio, de carácter. Acercando una banqueta a mi butaca me sonrió y, al reanudar, su voz tronante ensayó la indulgencia.

—Voy a dejarme de monólogos. El monólogo está sordo a la respuesta; no la espera, ni le reconoce fuerza decisiva. El monólogo sobrevive sin *el otro*, y así cosifica toda la realidad. El monólogo pretende ser la última palabra. Esto es un diálogo, *Simón*. Y te aseguro que yo no sé el final. Pero ahora me escuchas; tampoco quiero que tú vivas en tus monólogos. (¿Yo? Iba a protestar dialogando. Le dejé. El era las dos voces de la conversación, y en los dos papeles estaba inmejorable.) No voy a descubrirte los principios, porque sé el maestro que tú tuviste, *Cayuela*, el mejor ser humano que he conocido, el más recto, el más listo, el más profundo comunista. Pero refresca la memoria, *Simón*, que todo se anquilosa en esta vida. Todo. El hombre que organiza su vida sin contar con el otro es amoral; el pequeño-burgués. El muerto. El que no escucha la llamada de los demás. Soy un observador por obligación, *Simón. ¡Simón!* ¿No estarás cayendo en los fetiches del para ti? Sí, esto es de Hegel. No lo has leído, pero lo sabes. (No lo había leído, no. Pero no lo sabía. A los de Burgos Hegel nunca

nos cayó bien, por olímpico y por cristiano.) Pues bien. *Je m'en fous de Hégél*! Perdona. Me río yo de Hegel. Ha habido muchas cosas *después*. El describió idealizadamente el mundo, pero vino Marx con la rebaja y lo puso todo a la altura del hombre en su lenguaje de «ideales a conseguir». A lo que iba, ¿no te estarás dando pena, tú, a ti mismo? La cosificación sentimental. De eso sé yo un rato, y no te voy a cansar con la sarta de mis errores… ¡Aléjate del yo, *Simón*, y créeme! ¡El yo quema! (*Juan Anido* dejó de hablar después de este apostrofe, volvió a su sillón, detrás de los papeles oficiales, y encendió un cigarrillo, que tardó en arder.) El yo que se explaya a sus anchas lo quiere ver todo y escucharlo todo, probar y tocar todo y olerlo todo. Juzgarlo todo. Ese es el camino seguro de la desidia. Una enfermedad. Me la conozco. Atento a la ventana todo el día, esperando que el menor chirrido de la puerta o las voces de la calle anuncien la llegada de un visitante que no existe. Uno está sentado las horas muertas con su yo como si dijéramos en brazos, pero en vez de bajar a comprobar quién viene, no consigue salir del estupor. De ahí al cálculo ocioso, a la aversión por la gente de tu propia célula que actúa a tu lado hay un paso. Lo demás viene solo. La melancolía. El rencor. El suspiro pusilánime. La soñolencia de las mañanas. La divagación. Y luego lo peor: la verborrea con la que uno, entretenido, se satisface a sí mismo. ¡Y la curiosidad! Como un tigre siempre en busca de la presa de lo nuevo para saltar sobre ella, y antes de que termine el salto ya querrá comerse lo que aún sea más nuevo. Resultado: la desesperación.

Había vuelto a restallar, a relampaguear, silbar, zumbar, retumbar, a tambalearse por la emoción. Se desgañitaba. Enronquecía. Sudaba tanto que tuvo que quitarse la peluca color castaño. Era la imagen de la completa falta de desidia.

—¿Te sorprendería saber que yo también fui un solitario? Pues sí, un soñador. Y hasta un introvertido de la Resistencia Francesa. Ahí conocí a gente muy buena. Surrealistas. ¿Te suenan?

Sí. Algo me sonaban. De unos recitales de *Corominas* con poesías vueltas del revés, muy cacofónicas, y un juego con las palabras «sexo», «flexo», «anexo» y «convexo» que me había hecho reír.

Para lo que sigue *Juan Anido* empleó una voz más amortiguada.

—Yo era un jovencito y nuestra guerra no me había quitado las ganas de fantasear. Tuvo que ser un médico infantil de Honfleur, surrealista de la primera promoción y militante nuestro muy activo, el que me enseñara que inconsciente también se puede servir a los demás. Cositas mías en francés y en castellano escritas al primer soplo de la ocurrencia corrieron por ahí, y en Toulouse me hice un nombre imitando bastante bien las famosas Recetas Automáticas del *Doctor E. Rhode Faché*, nombre de guerra del pediatra. ¿Que qué eran? Pues mira, mensajes cáusticos con palabras medicinales que él hacía

circular durante la ocupación nazi. Aún recuerdo algunas. Contra el sarampión alemán recomendaba la milagrosa «Solución bi-carbonaria de Vichy». Para prevenir las enfermedades infantiles del pie izquierdo prescribía los Parches «Gauchine». Y a un grupo de refugiados republicanos nos dedicó una fórmula para las desviaciones de tronco del niño español, la vacuna «Vacunín». Yo lo hice en la posguerra y para España, avanzando así en clave información sobre los libros que pasábamos clandestinamente desde el sur de Francia. Por ejemplo. Para las cefaleas, «Calmarxina decápita». Al que sufre de callos, «Engels-pato anti-dúrico». Y en todos los problemas de articulaciones, «Ulianovit», el lenitivo ilíaco.

Por un instante se olvidó de mí, acordándose tanto de él. Pero fue sólo un instante.

—Qué tiempos. Nos reíamos. Ahora… ¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Cuesta, pero es posible: llegar a ser un ser *para* el otro, ser *uno mismo* a través de los otros. *Simón, nuestro* hombre, el hombre que queremos ser y queremos hacer, no dispone aún, de un territorio sólo para él. Mientras llega el momento de la última baza de la utopía, mientras tanto, mirando al fondo de sí mismo el marxista encuentra los ojos del otro. Y verá con los ojos del otro. Pero un día… Ah… No te preocupes, que llegará. El momento de la plenitud. Y entonces sí podrás, tú, y el resto, *podremos* mirarnos las entretelas del corazón y encontrarnos… ¡totales! *Simón* fe. Te llegará.

Su mirada me estaba llegando, *mientras tanto*, a lo más hondo. Bajé la cabeza rendido. La volví a levantar. No quitaba los ojos de mí. Ni siquiera los desvió cuando la manivela de la puerta dio un chasquido al topar con la nariz del picaporte y unos pies avanzaban por el cuarto. Tres Monosílabos se hicieron escuchar.

—Me entiendes… ¿Qué? ¿Vosotros qué hacéis aquí? ¡Fuera, ahora no! ¡Fuera! ¿O es que no puedo estar *a solas* un minuto?

—*Juan*. (Mi primera intervención, aprovechando el mutis rápido de los camaradas expulsados. Una temeridad mía en ese reparto.) Te diré. Yo me encuentro… No es fácil. Me siento como si…

—¿Cómo *como si*? ¡Ahí voy! ¡Te he pillado! ¡Nada de eso! Nada de comosís. Déjate de metáforas. ¿Has descubierto un pasatiempo con las comparaciones? Pues lo dejas. ¿«Interpretar el mundo»? El mundo es *como es*. Y no hay mas que una realidad, la Material, esa que tú y yo tenemos que cambiar. «Cambiar el mundo». ¿No te lo dijo *Cayuela*? Sabemos lo que es justo, y tenemos las palabras justas. ¿A qué buscar otras aproximadas? Lo has olvidado. Has pasado por mucho en muy poco tiempo. Te comprendo. Y *se* te perdona. Pero ahora lo que toca es la realidad objetiva. Vieja amiga, ¿a que sí? Y te está esperando. Todos te esperan. No *nos* defraudes. Tú ten tu soledad si quieres, guardada, y trágate las penas que te dé. Pero que no te aleje de los

que estamos cerca de ti. Búscate una forma de comunión sencilla, leal, con *ellos*, que no tiene por qué cambiar cuando tú experimentes transformaciones, que las experimentarás. Tú puedes llegar lejos, *Simón*, en *esto*. El Partido no te pierde de vista, y te alienta, por mucho que lo que yo te digo te parezca un freno. Sólo te estoy pidiendo una cosa: sé indulgente con tus camaradas, y piensa que ellos le tienen miedo a la soledad en la que tú te regodeas.

Se levantó de nuevo el picaporte, pero esta vez entraron en la sala todos los ocupantes del piso. Dieciocho conté. ¿Eran ellos, *los otros*? Muchos, en cualquier caso. Empezaba ya a sonreír, pensando en el eco tan rápido de los mandamientos, pero recordé las razones para contenerme. Venían a llevarse a *Juan Anido* para otra misión: una gran entrada en Castellón con acompañamiento de enlaces sindicales. Había terminado nuestra conversación.

Me levanté, le di la mano, cuando ya él estaba dándose a los dieciocho, para a continuación, después de colocarse de nuevo la peluca castaña de melena, salir en andas. *Ochotorena* fue el único que se quedó a mi lado, para llevarme, como el Barquero, a las postrimerías de la calle. Recorrimos de vuelta el pasillo largo, ahora abierto a un interior de las habitaciones con Olivettis limpias de propaganda, ceniceros repletos, una copiadora, carteles de ocasión anunciando a la compañía *Iberia* en el lugar debido a las caras de Marx y Lenin.

Salí a la calle Comedias más definido, más pequeño, más tonto. En los peatones que me crucé en esa calle y en la de las Barcas sólo vi deslenguados en potencia. Sería cauto: me haría el sordo. Como el intérprete de fama que se abre paso apresurado en una masa delirante de admiradores, huyendo de sus brazos, quise atravesar sin tocarlo el espeso tráfico del mediodía y meterme en la cabina del tranvía. A casa. A la casa de los salvavidas.

Durante una semana no pensé en nada. Tampoco pude mirar por las ventanas de la casita, porque cada vez que me acercaba a una o subía y bajaba la persiana o tenía que descorrer las cortinas, me acordaba de las ventanas de *Juan Anido*, que tantos quebraderos de cabeza le causaron en la juventud. ¿Y si aparecían al otro lado de los visillos de organdí las manos de un extraño con apetito, arañando el cristal para que yo le siga a su país de cuento? De la Ventana toda mentira puede esperarse. Por eso, por alejarla de mí, trabajé mucho, dentro de casa y fuera, cargando sacas y arrastrando muebles, pelando las patatas de una tortilla gigante con la que dimos de comer a unos compañeros de Altos Hornos que se reunieron en casa con *Orts* y *Gil*.

Toda esa semana me comporté como un burgalés de la fuerza manual.

Y no me encontré en esos días, con *Juan Anido*, que estaba en Barcelona. Mejor. Octubre avanzaba y en Valencia se organizaban las asambleas de base y los paros de solidaridad. Había inquietud y ganas de dar el *gran salto* en toda la provincia, pero se hablaba cada vez más de los riesgos de un estado de excepción.

Al octavo día, que era domingo, salí de casa en ayunas, no desayuné tampoco en el bar del barrio, donde hacían la verdadera ensaimada mallorquína, ni comí en el resto del día hasta el atardecer, cuando regresé. Había tomado una decisión, que no fue una toma de posición sino una renuncia. Y como aún tenía el peso de los aperitivos pegado a mis últimas horas de Madrid, ésta la quise cumplir con el estómago vacío.

El día lo pasé junto al mar, llegando otra vez hasta el sitio de la Malvarrosa. Pero a la tercera noté *como si* el mar me venciese. Corrijo: el mar me pudo.

Y fue culpa mía. Yo no quería tanta derrota, tanto abandono de lo adquirido, pero con la naturaleza no hay que mostrarse débil. De niño, antes de convertirme en un correcaminos del verano, me daba miedo el cielo de tormenta, y si lloraba cuando mi padre me sacaba al balcón

a ver la nube negra, ésta cambiaba de rumbo si era preciso y me tiraba encima su carga. Ese día el mar me notó enseguida flojo, mudable, sin resguardos, y no quiso tampoco cederme nada bueno. La playa, sin un alma. Ni el perro de los baños, ni la cancerbera del chiringuito. La draga, abandonada, descubierta, pero con su cuchara de bordes levantada, como si prometiera la limpieza de otros bajos fondos. Hacía viento al llegar, y se levantó más a medida que pasaban las horas. Un vendaval para la hora del almuerzo que no comí.

Todo el viento tuve que recibirlo en la cara. No era frío pero me llenó de arena la ropa y los ojos, y acabé por refugiarme detrás del morro de la draga, que en el descanso de sus bombeos perdía la prestancia mecánica y daba la impresión de un naufragio que nadie se molesta en saquear. El mar, más colérico aún conmigo por esa cobardía, azotó con ruido de cuchillos las mangas y cañones de la gabarra, y allí además no había vida que mirar ni parásitos en letargo con los que compararme.

Empezó a llover. Con el rostro mordido volví a la playa descubierta y me coloqué en el centro de la marina. No valía la idea del teatro con ese vendaval; las rachas impedían oír el aliento contenido de los espectadores imaginables. Se acabó —me dije, y lo repetí en voz alta, por el deseo de dejar constancia al menos de un oído— «se acabó el duelo de las medias palabras y las voces de mando. Ahora sí, ahora escucha, mar, escúchame, ya que no oyes nada más que tu borrasca. Me entrego al fondo negro del código. Y a ti te lo digo, grandísimo espíritu de contradicción. No me persigas más que no hace falta. No te respondo con un plante. No voy a competir. Te fastidias. Que nadie vuelva a llamarme demonio. Voy a meterme en la piel del hombre bueno».

Vino entonces a pasar cerca de allí, por la acera desnivelada del paseo, una buena mujer con un fardo liado en la cabeza, como yugo o como paraguas para el diluvio que estaba cayendo. Ni la miré. Seguía yo animoso, temerario. Y saqué la cartera. Formando una covacha con la chaqueta y el brazo izquierdo hice recuento: poco dinero, carnet de facultad, de identidad, de la Casa de Burgos en Madrid. Dos entradas de un cine de Madrid. Una agenda con nombres y teléfonos de chicas madrileñas a las que nunca tuve intención de llamar. Y la foto. Lo que buscaba.

Era sólo de cara, lo peor precisamente que ella tenía, pero al menos en esa instantánea de fotomatón no se veía el mar de aguas turbias de sus ojos. Detrás, a lápiz… EL AMOR/DE MARISA. El *con* se había borrado.

Me volví: la porteadora se alejaba, aunque le vi las piernas, cuando una ráfaga de viento le levantó los faldones. Ninguna otra porción de humanidad aparte de esa carne peluda. Tomé la foto con las dos

manos y me la puse encima de la cabeza, como el sacerdote en la elevación. Poco tardaron el agua salada y los soplos del Poniente en atacarla. Sólo tuve que ir desguazándola suavemente con los dedos y tirar la bola de pasta a los remolinos de la orilla. Marisa. Adiós. Qué poco queda de ti. Y qué poco de mí. No me conocerías. Soy fuerte. Y potente. Voy a resultar muy útil. Adiós, tú y tus dos nombres, tu mirada de doble filo, tus sabores de larga duración, tus ojos. *El* te recordará. Yo no.

Di la vuelta y tropecé, cayendo sobre un castillo de arena de cinco torres. Algún niño de los días soleados había dejado allí su fantasía de arquitecto, con puentes levadizos de madera y cordel, un baluarte de cúpulas de piel de naranja, y, al pie de la muralla, con palillos trenzados, un ejército de guardias. Sobre las almenas, banderolas de todos los países, en un congreso de cajas de cerillas.

Lo que me extrañó, mientras examinaba las figuritas del ejército, algunas tumbadas y otras desmembradas, fue ver letras escritas alrededor del foso. ¿Había un mensaje? Debió de haber un mensaje, borrado en gran parte, del que sólo pude leer estas palabras: MAS ALLA, y una flecha de asta larga y punta chata. La seguí.

A pocos pasos del castillo había otro montículo de arena sin allanar, sin banderas, pero de proporción y cuerpo similares: la misma fortaleza del niño después de la invasión de los bárbaros.

Como tampoco tenía defensores, lo pisé sin miramientos para llegar a la cima, coronada por una chimenea de corchos.

Al pie, grabada en la arena, otra flecha. Metí la mano por el cañón de la chimenea y llegué al hogar apagado. Una botella.

Me hizo gracia. Una botella. En otra situación menos abatida me hubiera echado a reír con ganas. Una botella. Un mensaje de California que viaja por los océanos en botella hasta mis manos sucias de la costa valenciana. Dejé de jugar a las coincidencias de los sueños y la realidad y desenterré la botella. Tenía algo dentro. La abrí: era un mensaje.

> «¡HOLA! ME LLAMO CARLOMAGNO-JOSE SANCHEZ Y TENGO QUINCE AÑOS. SOY URUGUAYO DE MONTEVIDEO. BUSCO AMIGOS EN TODOS LOS PAISES. SI ME LEES Y QUIERES ESCRIBIRME APUNTA LA DIRECCION (y la daba; no la tomé) Y TIRAME OTRA VEZ AL MAR. NECESITO PARTICIPACION INTERCAMBIO DE IDEAS Y MUCHA AMISTAD INTERNACIONAL.»

Llegué empapado a la parada cubierta del *trenet*. Un franciscano con las manos unidas en el rosario, dos muchachas cargando con un transistor y una madre sujeta por los dedos a una cadena de hijos,

esperaban bajo los brazos de la *t*; me quedé al margen, porque aunque seguía lloviendo el agua no podía ya hacerme nada más.

Tocaron el silbato y dejé que subieran todos al tren parado en el andén bajo, ellos y un anciano que llegó en el último momento elegantemente vestido de negro pero con una boina. En el asiento de guarnición rajada seguí dando vueltas a las formas de mi obediencia. Pero el revisor, que me reconocía de los viajes anteriores, me tocó en el hombro:

—Estás hecho una sopa. En este tiempo, pulmonía segura.

Y al oírle, el fraile, que rezaba el rosario enfrente de mí, se sacó de sus hábitos un paño seco y me lo alargó.

—Toma, hijo, que a mí no me hace falta y a ti sí.

Me sequé el pelo y la cara, mientras me daba cuenta de que el buen samaritano tenía la barba mojada y los pies llenos de barro; la capucha le goteaba, a punto de formar un charco en el asiento. Volví a mis disciplinas.

—Joven. Es el fin.

El revisor con su taladradora. La Estación de Madera. El franciscano reclamando su toalla. Las calles de una Valencia muy mojada.

Bajé del tren como un muñeco de cuerda con la cuerda dada hasta el tope. De frente, a pequeños saltos, mirando de frente como si el mundo no tuviera lados y sólo rectitud, me dirigí a mi obligación.

Fue un grato y corto paseo automático. Estaba habituándome a los pasos contados del muñeco, y no digo que no me gustara. Es dulce regresar a los estados del primer movimiento.

Entré en la casa de los salvavidas hecho una fuerza ciega —por la ley de la gravedad y por la decisión de ir adonde se me mandara. Había pasado una tragedia, y las caras que vi cambiaron la mía, mis ganas de rebotar, de funcionar, de cumplir.

Rech había muerto, *Bru* estaba gravemente herido —cuello roto, pulmón atravesado— y *Juan Anido*, con heridas de bala también, resistía en unos calabozos del Gobierno Civil de Tarragona. El coche en que volvían de Barcelona había sido interceptado, en una emboscada de carretera tan bien montada por la policía que sólo un *soplo* podía explicarla. *Rech* había caído en el mismo control; intentó huir con «las arcas» en la mano y le dispararon de cerca y por la espalda.

—La puta ley de fugas —repetía *Orts* sin comerse la lengua.

—Nos vamos. Te esperábamos. Hay prisa. Y mucho que hacer —me dijo *Gil*, que había escapado porque su coche, con tres camaradas de Alava, se había retrasado y pudo dar media vuelta al ver la escabechina.

—Todo cambia. Olvídate del Mes Rojo. Vámonos. Te lo explico. — Y frunció entonces *Orts* los labios, para evitar que saliera algo más de su boca.

No había tiempo de pensar ni de hablar, pensé. Pero fue cuestión de segundos. Cogí maquinalmente mis cosas de más necesidad y me reuní con los Monosílabos supervivientes. Tan pendiente de la rapidez que ni se me ocurrió fijarme en cómo vestía esa mañana *Plá*, que iba a conducirnos a la siguiente observación.

Nos olvidamos de la Unión Soviética, de los aniversarios, de nosotros como vanguardia del comunismo valenciano. Eramos todos dinamita, y yo el primero. («Tú, más bien, una bala perdida», oí que me decían al fondo, en alguna parte de mí, pero impuse silencio con la nueva autoridad mecánica.)

Primero había que tirar tres maletas llenas de indicios al río Júcar. *Plá* nos conducía hacia las mejores playas del sur de la capital, señalando con conocimiento al pasar los lugares de diversión de la noche. Había campos de arroz y arroceros con un palmo de agua mirando con más esperanza de medro a los coches de la carretera que a sus plantas:

—Aquí —dijo *Orts*, y antes de que parase *Plá* del todo estaba ya bajándome.

El punto elegido era un ensanchamiento del río, a pocos kilómetros de su desembocadura, con agua espesa y abundante y brazos a sus lados, las acequias, robándole caudal. Pero el Júcar no perdía fuerza por esas sangrías, y fluía allí con la alegría de saberse muy cerca del final de su carrera.

Yo iba a hacer la tarea, pues por algo era todo manos. Cogí las tres maletas que me iba pasando *Gil* y las sopesé. Podía con ellas a la vez. No se veía a nadie en el camino ni en la orilla, y avancé sin miedo por el puente de las acequias. «Pero si alguien aparece y hay que utilizar las piernas, aquí está el que ha corrido delante de la policía.»

No hicieron tanta falta las extremidades como la buena vista, porque de las tres maletas que tiré sólo la que estaba llena con los tampones y tinteros y cajetines de la imprentilla se hundió al caer al río; la de los restos que nos habían quedado de la última propaganda se hundió al primer impacto pero subió a los pocos segundos a la superficie y flotó. La tercera, la de la ropa y objetos personales que no quisimos dejar en la casita, se rompió del golpe y después de esparcir algunas prendas por el agua siguió el curso del río medio abierta.

Llamé a mis camaradas, y los cuatro observamos el avance comprometedor de las maletas, que se hacía más y más rápido a medida que el río tomaba la velocidad del desenlace. Salimos disparados.

Había a continuación que recoger a un compañero que también escapaba del peligro. Estaba esperándonos en la parada de un autobús de línea, en la carretera que une a Alcira y Algemesí.

—Ahí está *Such*.

Era imposible no reparar en la casualidad de la suplencia de un monosílabo de la misma letra por el caído, pero también me equivocaba en esa maligna perspicacia.

—*Sí. Ese es. Such Mustieles.*

Paramos a su altura, y sin saludar entró y se acomodó entre *Gil* y *Orts*, que iban detrás. *Plá* arrancó de nuevo. Y entonces dijo este Semi-Monosílabo:

—El comandante ha muerto.

Sentí al oír esta frase que algo que no habría podido pasarme sin ayudas me empezaba a pasar. En el minuto o menos que transcurrió entre esa primera afirmación y la segunda, la certeza de que *Juan Anido, mi* comandante, había muerto, me hizo sentir del todo contento con los servicios de la camaradería. Sólo la crueldad de la muerte podía con la crueldad de mi vida reciente, y la brusca imposición de una sobre otra me trajo bienestar. O, más exactamente, un relevo de fuerzas. Primero estaba aturdido, desfallecido, y mis robustos miembros de la fuerza animal parecían abandonarme, yéndose a un cuerpo menos conflictivo. Pero no. Algo en mí se debilitaba para que otro se hiciese fuerte. El resultado, a pesar del dolor que me producía la muerte de *Anido*, era confortable: *mi* voluntad de ser, cualquiera que fuese, iba a supeditarse sin vacilaciones a *su* voluntad de verdad. Que pasaría a ser la mía, con la más completa aceptación. Siguió una gran claridad. Y sólo por el hecho de eliminar los lujos de la contradicción me vi capaz de entender las emociones que sentía —muerto también yo a mi manera— por esa muerte, y como cadáver superarla y aprovecharla.

—Sí, el comandante ha muerto. Ya se ha confirmado.

Y sacó *Such Mustieles* un periódico inglés que lo decía en primera página, con foto. Había sido ejecutado —y no era por tanto una baladronada de los militares— el Comandante Guevara, Ernesto «Che» Guevara, en Bolivia.

Todos lo comentamos, y hubo una animada discusión sobre la figura del guerrillero. Yo mismo intervine, con dos o tres opiniones. Pero debajo de ellas, de la coraza de las palabras que las expresaban, seguí sintiéndome unido, ya que no en la muerte en la obediencia, al otro comandante. Una mala interpretación me había llevado a las puertas de la servidumbre voluntaria que antes no acababa de encontrar, y estaba decidido ahora a no irme sin abrirlas. Entré.

Enfilamos la carretera general, embalados. El trayecto se hacía largo, pero hablábamos del *Manual de la guerra de guerrillas* y de otras maneras de combatir al enemigo en el campo de las ideas o más directamente, a tiros. Hablé también sobre ese particular, volando con los amigos del coche hasta la América Levantada en Armas, pero sin descuidar mi otro frente. La entrega de mi última comparación. El

alivio del actor que sale a escena sabiendo de memoria la nueva obra a punto de estreno y puede así ese día por fin fingir el personaje sin miedo a olvidarse de sus líneas. Sólo en ese momento de abandono a las astucias marcadas por el autor entierra el actor en el camerino las últimas palabras de despecho que pronunció al salir de su propia casa, borra de la cabeza las que no habría querido oír nunca en boca de la persona amada, descuida los intríngulis de lo que no tiene tan fácil desenlace, y sirve con un arte ya probado por intérpretes de toda la vida los destinos del drama escrito, como lo han hecho siempre, (contentos, los que no saben obedecerse a sí mismos.

—Eso es soliviantar a las oligarquías…

Les escuchaba, decía «sí» y «no», veía la razón que el ! nuevo camarada tenía en sus precauciones, sentía los calores del «volcán latinoamericano», y todo sin salirme nada de mi papel. Nunca me había visto mejor haciendo de alguien distinto al que yo soy. Como el eterno actor de reparto al que un J día, por los accidentes de su físico, se le adjudica el protagonista de una obra de mucho cartel, y de repente su bajo horizonte de aspiraciones se eleva con la moral de un triunfo que le asiente definitivamente en los primeros papeles.

Así me prestaba a desempeñar honrosamente mi cometido en ese crepúsculo que empezaba a dar luces de sangre al escenario del campo valenciano.

VI

Habíamos llegado. El Señor Bonastre, intermediario sólo, nos esperaba incómodo en el lindero de su granja. Bajamos del coche. Seguíamos camino por otros medios. Nos cruzamos de nuevo con el río, pero esta vez lo acompañábamos a la inversa, alejándonos de su fin y buscando la primera agua. Íbamos a pie, despacio, menos despacio que las aguas del remanso; cada parcela de buena tierra tenía una guardia de labradores, celosos del canal que les regaba y poco amigos de ceder su terreno a la rarísima piña que formábamos andando, sin pertenecer al campo ni al río, por las orillas.

Y no podíamos hablar, porque decía el Señor Bonastre que allí, en lo que era ya la boca del Valle de la Murta, las voces viajaban en columpio, y lo que aquí uno susurra otro lo escucha claramente en su bancal de la ladera opuesta.

El último trecho del camino tenía su peligro. Un sendero muy empinado lo subimos a lomos de unos asnos preparados, I y los que no tenían costumbre de montar se agarraban como podían a las crines de su animal.

—Lo mismo que los *jockeys* del hipódromo —dijo uno de nosotros.

Los asnos resbalaban con facilidad en las piedras húmedas del monte, pero nadie cayó al precipicio.

Después hubo que cruzar el mayor afluente del río, una vez que dejamos el curso de la corriente madre a la espalda, sin haber llegado a los orígenes. El afluente no estaba previsto para el paso de los hombres ni las bestias, pero el Señor Bonastre, adelantado, ya tenía cuando llegamos un andarivel a punto, y en la otra orilla un camarada, éste completamente nuestro, nos esperaba con su cabo de cuerda.

Metidos uno a uno en la caja de saco que corría por la maroma tirante de una parte a otra, vimos abajo las aguas rápidas, que por mucho salto de su espuma no conseguían mojarnos. El camarada de la ribera opuesta nos daba un abrazo al llegar, nos echaba encima de los hombros una manta y tenía luego que conducirnos a la casa.

La casa era grande y estaba en un hondón apartado del valle, rodeada de mucho campo cultivado. Se llamaba *Palma Hermosa*, y lo que había delante de su porche era el resto del tronco de la palmera, ahora utilizado como mesa para las cenas al fresco.

En *Palma Hermosa* nos refugiamos los viajeros del coche y otros dos camaradas que ya estaban allí; iba a ser una célula de ocasión.

La vivienda tenía tres plantas y dos mitades. En el piso de abajo se

movían los dueños, una familia numerosa de campesinos acomodados —padre, madre, hijas-hembra y sobrinas-hembra— que nos acogían por fidelidad a la persona de un hermano de la madre muerto en 1951 cuando la barca de pesca que él solo como patrón y timonel y marinero tripulaba se hundió en una noche de poco mar. De él nosotros no teníamos que hablar con la familia —eran órdenes del Señor Bonastre, que habíamos oído, como marco del cuadro de la situación, mientras sorteábamos los riscos del valle— pero a aquel pescador solitario le debía el Partido un escondite seguro en la zona. Padre y madre eran muy religiosos y franquistas de los de antes de la guerra.

Pero cuando, tres días después de haber desaparecido frente al Cabo de San Antonio ese hermano que la mujer idolatraba, las aguas devolvieron a la costa un resto reconocible de su cuerpo, ella y el marido —las niñas eran muy pequeñas y no habían tratado al desabrido tío marinero— bajaron desde el Valle a la Alquería de la Condesa, donde había vivido retirado sin que nadie supiese mucho de él fuera de sus amarres contracorriente y su silencio en las subastas de la lonja del pescado de Gandía. Su casita de pescador era humilde y sin sorpresas. Pero advertidos por lo que el mar había devuelto, la hermana y el marido llegaron hasta una cueva camuflada cerca de la playa y allí encontraron la razón de ser de aquel hombre. A esa muerte, a esa razón guardada en secreto, a la piedad fraterna de la hermana, que, no creyendo en lo que él había creído, venció la resistencia del marido —«un tirano, un verdadero tirano», en el relato de Bonastre— y después de dar sepultura a los despojos incompletos del hermano supo honrarle sin entenderle, teníamos que agradecer nosotros el disponer de la segunda mitad de la casa, el primer piso, donde comíamos y dormíamos, repartidos en las literas de un dormitorio sin divisiones de ninguna clase.

Las mitades no se juntaban ni para las comidas. Porque a nosotros nos ayudaban en eso cuatro madres y hermanas de militantes encarcelados de los pueblos cercanos, que nos hacían llegar muy buenas cosas a lomos de la acémila de Bonastre. Teníamos apetito, por encima de los recelos de la coyuntura; de sol a sol, con intervalos para la teórica, trabajábamos el campo con unos naturales del valle que acababan de entrar en el Partido. No hace falta decir que todo el día íbamos vestidos de campesinos.

Trabajamos mucho y en campos diferentes, y además se hizo una buena labor en la instrucción. Los aprendices jóvenes llegaban temprano, con la carga de sus azadas, y en los primeros días enseñaron a los que no sabían de antemano, por no ser de campo, la forma de plantar y de regar y cómo sujetarse el pañuelo a la cabeza

con cuatro nudos. El sol nunca faltaba. A media mañana el bocadillo era sagrado, con pan que ellos traían reciente de los hornos del pueblo y companage de longanizas de nuestra reserva: de las que aportaban las buenas madres y hermanas. A esa hora se veía pasar por el porche con delantales negros y pañolones negros a las seis hembras jóvenes de la familia, siempre sin detenerse, siempre mirando hacia el otro lado.

—Ahí van las Brujas Buenas —solía decir el más faltón de nosotros.

Más trabajo en la tierra y la comida, con las tarteras de pisto y el clarete de porrón. Luego se dormitaba a la sombra de las higueras, y otros, más despejados, empezaban informalmente a discutir. La discusión propiamente dicha, «la clase», era después de la siesta; de la siesta de las hijas de la familia, cuyos ronquidos llegaban hasta el pozo.

Las clases eran, teniendo en cuenta lo verdes que estaban esos chicos, muy generales. Y como a *Palma Hermosa* no habíamos traído libros tampoco se hacían lecturas en voz alta. Al atardecer se iban los del pueblo, tristes ellos y más aún nosotros, pues con ellos se iba —¿hasta el día siguiente, para toda la vida?— la continuidad de la especie. Indiferentes a la pena nuestra, como estaba pactado, los ocho miembros de la familia trajinaban para la cena desde su lado neutro de la casa.

Días largos, espalda doblegada de peones, que era por lo que pasábamos a los ojos de los demás, noches cortas de mucha conversación, mientras unos y otros encontrábamos siempre algo más que hacer dentro de la casa: un enchufe mal conectado, un asa suelta de la paellera, un anillo partido en el legón, los remiendos para las manos del que sabía coser y zurcir. Horas de evasión; no nos gustaba hablar de lo que habíamos dejado en Valencia o antes de Valencia, y menos de lo que nos podía suceder al dejar *Palma Hermosa*.

Salimos muy poco del recinto vallado de la propiedad, pues no convenía dejarse ver con ese aspecto de ciudadanos disfrazados. Pero cuando salíamos, el campo se hacía querer. Tanta extensión para nosotros solos, sin el suspiro negro de las mujeres de la casa que nos toleraban sin profundizar en lo nuestro; tanto silencio no-correspondido (pues a eso salía alguno de nosotros, a desfogarse con palabrotas políticas), tanta espesura verde para dejar volar el pensamiento de lo prohibido; tantos deseos realizados de perder en el interior apático de la naturaleza el interior de nuestra condición de amenazados.

Y el campo era hermoso por allí. Tan pintoresco en los collados y en la cañada que daba paso al otro mundo del valle que parecía obra de una mano movida por la guadaña del Gran Jardinero, aunque esto uno, el menos dispuesto a perdonar en esos momentos las concesiones

de la ilusión, lo atajó diciendo:

—El campo es un lugar de casualidades. Y lo nuestro va por otro lado. La pura causalidad. Sólo así cambiamos el paisaje en historia.

Únicamente dos veces se rompía la rutina semanal. Los miércoles llegaba, acompañando la carga de sus asnos, el propio Señor Bonastre cargado de noticias, malas siempre. *Bru* se había salvado, pero desde el momento en que pudo andar por su pie le sacaron del hospital y fue a juntarse con *Juan Anido* en Carabanchel. Los dos estaban encerrados en celdas de castigo. El gobierno quería hacer un escarmiento, y el juicio, que ya se anunciaba, iba a ser «ejemplar». Para nosotros no había de momento esperanza de salida.

Los domingos el matrimonio y las muchachas, con un negro más limpio todas, se iban a la misa de doce del pueblo y nos dejaban dueños de la casa hasta la tarde, porque luego comían en la Fonda, convidando a la maestra, al párroco, al médico y al jefe local del Movimiento. Ese día también nosotros comíamos más y de otra forma. Si el tiempo era bueno, y allí siempre lo era, sacábamos los platos al tocón de la palmera y nos sentábamos al aire libre, sin reparo de hablar de nuestras cosas en voz alta y hacer bromas sobre la verdadera cara de las Brujas jovencitas. Además, el menú era especial. Las madres y hermanas se esmeraban los domingos y nos hacían llegar fuentes de arroz caliente (con carne de conejo o de pollo, sin carne pero con derivados de la carne, sin ninguna materia crónica y mucha de verdura, con pescado, sin el pescado en sí pero con la substancia del pescado, con caracoles, con ranas, negro, azafranado, verde —por llevar sólo alcachofas—, cubierto todo él de una capa de huevo revuelto), convencidas de que esas proteínas tan suculentas pasarían, a través de la comunión de las ideas, de nuestro estómago al de sus presos queridos.

El domingo del arroz con nabos y judías sucedió lo extraordinario. Ese día amenazaba lluvia, y después de comer casi todos subimos a descansar a las literas. Al llegar a nuestro piso nos dimos cuenta de la novedad, que no podía ser casual: la puerta que nos había separado siempre de la segunda planta cerrada y en desuso —un desván, un granero sin grano, un cuarto para el juego de los niños en una casa donde no hay niños— estaba abierta. Es más, estaba abierta y habían arrancado la cerradura de artesanía que hasta entonces había estado taponada.

Nos miramos los cuatro de las siesta dudosos. Un olvido, una trampa, una insinuación. El primero se asomó al hueco de la escalera y encontró la respuesta más probable: una segunda puerta pequeña situada al final de los escalones también nos esperaba de par en par, dejando ver la mucha luz eléctrica del piso alto encendida. Eran sólo

las tres y faltaban tres horas para el regreso de la familia; subimos sin dudarlo más los cuatro. Pero lo que allí había nos movió a bajar enseguida para llamar al resto, que aún charlaba rebañando los fondos socarrados del arroz.

El piso tenía algo de desván, de granero y de cuarto de juegos, pero en el conjunto abigarrado de los objetos lo principal era el esqueleto.

Así había que llamar a la compostura de los pecios de una embarcación pesquera que ocupaba el centro de la larga estancia corrida del piso. Debió de ser una bonita barca, «Stella Maris», con su único palo aún en pie, un poco inclinado hacía proa y con el mastelero asegurando la cabeza, la vela de cortina remendada pero entera, el detalle patriótico del gallardete de barras rojigualdas con murciélago en el ángulo superior. Las planchas que quedaban de la cubierta estaban barnizadas, el cristal de la pequeña cabina limpio; la quilla tenía partidos los empalmes de sus escarpes de madera, y por ellos habría entrado el agua que lo hundió en las aguas.

Si el esqueleto de «Stella Maris» era un barco de la muerte, lo que le rodeaba tenía los colores de la vida futura. Con un temblor de admiración nos detuvimos los siete camaradas antes de acercarnos a las paredes para estar seguros de que aquello formaba parte de la realidad y no de los sopores que preceden a la siesta.

Cuando la hermana y el tirano de su marido llegaron a la cueva camuflada de la playa, llevaban el diente de tiburón tallado en forma de tirabuzón que la mano restante del cadáver apretaba con fuerza en el momento del rescate. El diente encajó a la primera en la tuerca engastada en una piedra plana que impedía la entrada a la cueva. La losa resbaló sobre carriles inexplicables, dejando un hueco de paso estrecho. Lo que Bonastre nos había dicho en la subida al valle que ella misma le dijo por entonces a un camarada nuestro de la zona (que así lo contó a las siguientes generaciones) que encontraron en las paredes rezumantes de la cueva, tuvo que ser lo mismo que ahora nosotros veíamos, sin humedad, trasladado a aquel lugar de la casa.

Banderas rojas de un rojo puro y fuerte, con las letras de los Partidos pertinentes, carteles, recortables, libros, \in calendario de más de doce meses de los muchos pasados después del Primer Octubre, con el enero ilustrado del forjador, el marzo del lechero de la cooperativa agropecuaria, el verano de las familias disfrutando de la paz de los campos labrados con el tractor aparcado en reposo fuera del surco, el noviembre de los altos hornos y el diciembre de los obreros abrigados volviendo del taller. Eso pegado en las paredes.

Del techo caían sin una arruga más banderas, de desfile y de verbena revolucionaria, y al fondo de la sala, en la pared maestra, cuadros apilados y fotografías ampliadas de las figuras del comunismo

fundacional. Destacaba entre las pinturas por su buen color la efigie de Stalin paseando por la floresta, él con su chaquetilla abotonada hasta el cuello, los bolsillos vacíos de bienes, las botas de campaña, las cejas preocupadas entre las paralelas de un pelo más tupido: el bigote de línea gruesa, el cabello de empeine alto; a su lado, los niños, los rubios y crecidos hijos de la Revolución, con la red de las mariposas y el balón de los deportes de reglamento.

Los carteles que no dejaban metro de pared desnudo tenían el ejemplar propósito de infundir entusiasmo: el brazo recio y firme que mueve el yunque contra la tentación de la pereza, las mujeres con los puños alzados en una polka de libertad, la fábrica con el humo del pleno rendimiento que sube hasta fundirse con el humo de las chimeneas de los buques de la guerra justa, el ferrocarril imparable sobre el puente de nueva construcción, la estela del avión en un cielo sin nubarrones, la enfermera curando con la sonrisa, el timonel llevando la nave de las Repúblicas a buen puerto, el artista laureado que moja su pluma en el charco de la sangre derramada, el niño estudioso mirando el mañana con el cuello estirado y el pelo al viento, el perro, sí, el perro que arrastra en los trineos carga útil.

En nosotros lo infundieron. No llegamos a abrazarnos por miramiento, pero celebrábamos con otras afirmaciones la sorpresa del hallazgo. Lo conocíamos todo, y si no lo reconocíamos, con la euforia respetuosa de ver en aquel almacén señales de tanta identidad. Y seguimos revolviendo, porque había más.

El pescador solitario, a pesar del poco calado del «Stella Maris», llegaba en sus pesquerías, había oído Bonastre, oyó alguien, alguien oyó que Bonastre había oído, hasta los grandes caladeros marroquíes, y allí trató con hombres de muchas razas. Marineros del ancho océano que antes de morir le regalaban lo más curioso de su petate, después de confiarle al oído el secreto de las sentinas. Piadosa no sólo con respecto a la memoria del hermano, la dueña de la casa se había dejado llevar por sus propias creencias, y, en una mesa baja con mantel blanco que descubrimos en el último rincón abuhardillado de la planta, había dado rienda suelta a sus cultos de la personalidad. Conchas muy rebuscadas y corales de arco iris, cartílagos de escualo trabajados a la navaja para representar el Taj Mahal, una hélice de ballenas de la mandíbula de la ballena blanca, la raspa de una lija gigante con una batería de calumets entre las espinas, un pez-martillo disecado junto a la sierra comba de un pez-sierra. Todos estos recordatorios estaban colocados, en orden y con brillo, delante de un portafotos que se movía al baile de la luz de cinco lamparillas de aceite.

Detrás del ara de la mesa, respaldando a la fotografía por su mayor aura épica, el famoso retrato de *Los bateleros del Volga* pintado al

pastel.

Los primeros lugareños en ver el cuerpo mutilado que las olas habían dejado, después de maltratarlo, en la orilla, se miraron extrañados, y el rumor corrió por la costa acusando al muerto de servir a potencias extranjeras como espía no sólo industrial. Todos tuvimos curiosidad de ver la foto de aquel correligionario de otro tiempo. La cara era redonda, sin parecidos con la de la hermana, y tenía el labio superior partido; una cara de pocos amigos. Ningún rasgo desvelaba sus simpatías. Al ir a depositarla de nuevo en la mesita advertimos la ampolla en el reverso del *passe-partout*.

Al cadáver le habían comido los peces miembros enteros, pero se le distinguía un tatuaje en la zona de los pectorales, y eso debió de desatar las lenguas. Aquel hombre inhóspito había encontrado en sus pesquerías no sólo aventureros decepcionados del Indico y arponeros con un brazo más largo que otro, sino que hizo amistad con los alegres pescadores soviéticos del atún. En las noches de las Azores y entre aquellos voluntariosos camaradas que volvía a ver en la siguiente temporada, encontró el hermano una vía de agua al marxismo. Cada año le traían los atuneros, junto con la palabra, obsequios de su tierra, y el pescador «sin base ideológica» —palabras garantizadas de Bonastre en el último trecho de la escalada de los asnos— acabó comunista de puertas adentro. Un año, en una francachela de las que se celebran en los barcos cuando el banco ha caído en la red, los rusos le tatuaron.

En su fanatismo santero, la hermana (y en aquel punto el tirano se rebeló y hubo una momentánea separación del matrimonio que en esa sociedad de rutinas conyugales conmocionó, había que pensar, a todos los propietarios de la comarca) se empeñó en mantener conservado un recorte de la piel del hermano: la piel alrededor de la tetilla donde le habían tatuado en rojo una estrella de cinco puntas. Allí estaba el pellejo dentro de la ampolla. Arrugada la estrella en los brazos, el color tenía intacta su luz clara.

Volvimos a subir veinticuatro horas después, el lunes, a dejarnos guiar por la estrella de oriente, y esta vez en compañía de los oriundos, que descubrieron un mundo.

La siesta se dormía mejor bajo el silencio de las banderas que un día hicieron tanto ruido. Y para los camaradas-junior era más fácil entender el abecé del leninismo con ayuda de cromos.

El martes, uno que sabía nos leyó los folletos en ruso, resumiendo a beneficio del colectivo los contenidos de sus páginas. Otros matamos la tarde jugando con pasión de ganar, con lentejas, a un parchís republicano que apareció —como saldo de otra revolución popular y perdida— en un armario, con los senderos tricolores para las fichas, el cubilete de pies de sandalia de miliciano, y el cuadrado de la Madre Libertad con las carnes de La Cibeles madrileña en el centro, en el sitio donde aspiran a entrar los ganadores.

El miércoles, a la hora del bocadillo de blanco y negro, también nos congregamos alrededor de la estrella. En voz baja cantamos la melodía del *¡Ay Carmela!* con una letra adaptada a las últimas pifias del franquismo por los poetas del exilio.

Por la tarde se presentaron a la hora fija nuestro proveedor y sus caballerías.

El Señor Bonastre no podía creer lo que se le contaba. Los militantes de la Ribera Alta habían olvidado los pormenores de aquel naufragio histórico y si bien, parecía, alguien alguna vez mencionó un tatuaje, eso los dirigentes avanzados de la capital lo reputaron de leyenda supersticiosa. El convencimiento general entre los miembros del Partido en la zona era que la hermana llevaba cobijando a nuestra gente tantos años por una enrevesada apuesta de fe. cristiana en la salvación eterna del pescador, pero después de haber quemado en su momento, con un ensañamiento en la pira por parte del esposo-y-tirano, los pocos indicativos de la tardía inclinación que quedaron en la cueva: un mechero con la calcomanía de Stalingrado, un disco de los Coros del Ejército Rojo, las tapas, sin el texto, de *El capital contado a los niños de América*, un samovar. Nada más, según esos informes de época.

—¿Atuneros? Es posible. O náufragos de un mercante de Riga que él recogió en su barca a la altura de Alborán.

Pero Bonastre más que elucubrar lo que quería era ver el cielo que se le prometía. Rompió su hábito y entró por vez primera en la casa, aprovechando que las chicas estaban tendiendo la colada negra en el patio. Subió con aprensión, incrédulo, hasta nuestro chiquero, seguido del convoy de los convencidos.

La hoja de la puerta de acceso a la segunda planta había vuelto, en las pocas horas transcurridas desde el almuerzo, a su lugar en el marco, y los herrajes de la cerradura llenaban de nuevo, con sus relieves de latón, el hueco de la madera. Sin forzarla, sin hacer mucho ruido, intentamos abrirla en vano. Ni siquiera logramos meter la ganzúa en el ojo ciego. En el suelo, junto a la puerta, unas astillas y unos mistos.

Bonastre, sin embargo, no pidió explicaciones ni se burló. Observó con curiosidad la puerta, la tanteó, dio golpecitos con los nudillos en las jambas, y finalmente se inclinó y acercó el ojo al cajín de la cerradura. A continuación se enderezó, se volvió hacia nosotros con la cara desencajada, se limpió el rodal negro del párpado y bajó a saltos la escalera. Los animales le recibieron con los rebuznos del respiro de haberse quitado el peso de encima y regresar al pueblo de vacío.

De miércoles a miércoles pasamos una semana pobre en acontecimientos. Alguna ojeada a la puerta condenada, alguna ojeada de más intensidad de lo corriente de las hijas, que parecían correr menos ahora cuando cruzaban al mediodía camino del Angelus. Padre y madre rara vez salían del pasadizo que unía la capilla con la cocina.

No dormíamos bien. Y algunos empezamos *z* decir que por la noche se oían cosas. Lamentos en idiomas de consonantes duras. La entrada en el agua de los remos, de tantísimos remos como enarbolaban los bateleros realistas de arriba. Oleaje, crujir de juntas. Uno soñó que iba por el monte y por el riachuelo nadaban tiburones en grupo, hasta que el leñador se echaba al agua y les podía en el cuerpo a cuerpo e incluso arrancaba aletas a mansalva. Otro insistió en que a ciertas horas de la tarde rodaban tanques por el suelo del desván, siempre en la misma dirección, la del oeste. Era, tenía que ser, nuestra forma de echar de menos los regalos del paraíso cerrado.

Llegó el miércoles y Bonastre no llegaba. Había sido un día duro, por una granizada que descargó en las primeras horas de la mañana sobre el frutal maduro, y estábamos todos descansando en la mitad permitida de la casa. Con la espera prendió la conversación.

—Saldremos pronto de aquí. No hay que hacer caso a Bonastre. Es un cenizo.

—Cenizo… ¡Verdades como puños!

—Verdad, mentira. Qué importa. Para lo que ahora podríamos hacer fuera de aquí.

—Mucho. Muchísimo. *Todo.*

—Sí, ¿y cómo?

—Volviendo a asentar las bases provinciales… desde…

—Esas son problemáticas de muy corto plazo. Valencia, Valencia. ¿Y la Revolución qué, nada?

—Hombre. Eso es lo último, quiero decir, lo primero. Pero el objetivo primordial…

—Es *Ella*. Más posible hoy que nunca si se fija como meta de los países…

Un toque suave nos distrajo. Había en el piso de las literas un ventanuco de poca luz, y era en su cristal donde sonaba el golpe. El repique se hizo más largo y más fuerte. No caía lluvia a esa hora. De repente, el cristal de la ventanita saltó en pedazos y entró en la habitación una figura negra. Todos nos levantamos, preparados para lo peor. Era sólo un pájaro.

Habló el más amigo de los animales, después de explorarlo con delicadeza.

—Está herido y perdido. Ya sé lo que es… Un cormorán… a ver… de barbilla moteada. Poco corriente. La bandada se le ha adelantado. Y tiene rotas dos remeras. Hay que dejarle ir.

Nos juntamos alrededor del pájaro negro, que era grande, más de un metro de envergadura con las alas abiertas, y tenía en el pico rastros de sangre, suya o de la presa reciente. A pesar de su herida el cormorán no se mantuvo quieto. Miró calculadoramente al techo de vigas descubiertas y empezó a revolotear, pero con vuelo corto y a tropezones, ridículo en un ave de su gran porte. Eso nos movilizó.

Durante unos minutos le seguimos dando voces por la habitación y levantando las manos hacia su esbelta cola negra, sin conseguir que cayera en las redes de nuestros brazos. Apuntado por la artillería de tantos dedos, el cormorán nos trató de enemigos, bajando a media altura para picarnos y dar coletazos sin miramiento. La sangre del pico, o la otra, la de las remeras, quedó en el pelo de los más altos.

—El invierno templado les desconcierta. Son aves de mar frío.

Continuamos detrás de él, ya por diversión. No se dejaba coger. El que sabía de pájaros dijo que a esos animales la única manera de convencerlos es con la indiferencia.

Así fue como cambiamos de actitud pero no de sitio, inmóviles en las baldosas del último paso, mirando disimuladamente al suelo, al ventanuco, al camarada. El pájaro aún desconfió, parado en el poste de una litera con un aleteo que salpicaba de sangre las colchas. Nadie le hacía caso. Al cabo de unos segundos vino a posarse mansamente sobre la mesa central donde estaban nuestros papeles. Entonces sí que nos abalanzamos, con intención de salvarle. El que había estudiado Biológicas le trató de acoplar las plumas. El que tenía un paladar fino se mojó los labios con la sangre del pico del pájaro y dio su opinión. El que quería reanudar cuanto antes la discusión política sugirió lanzarle al vacío sin más cuidados. Entre todos le matamos.

Demasiada atención. El cerco de las manos bienhechoras, los vahos del aliento a tan poca distancia de las pintas de su barbilla, la barra de los cuerpos cerrando el perímetro de la mesa. Se ahogó por el calor de la solicitud.

Recuperó la iniciativa el ornitólogo, tomándolo de nuevo en sus manos y realizando operaciones de embalsamador en aquel cuerpo tieso. Después lo depositó con una solemnidad funeral en el suelo del piso, que antes barrió de un soplido.

Lentamente regresamos a las literas, pero sin ganas de regresar a la

conversación. El cadáver imponía respeto.

No llevaba ni cinco minutos sobre los baldosines cuando el cormorán despertó del desfallecimiento, irguiendo primero la cabecita de ojos turbios y anunciando después su vuelta a la vida con un único batir de alas. Pero antes de que entrasen en acción los buenos oficios del pajarero, levantó el vuelo, dio dos pasadas rasantes sobre nuestras cabezas, ahora menos lisiado y menos ofensivo, y acertó a salir por el ventanuco sin cortarse.

Ese limpio final feliz nos devolvió del todo la tranquilidad. Y las lenguas volvieron a encenderse.

—Pues nada.

—Este Bonastre. Que no llega.

—No.

—Lo que te decía. Estamos en una coyuntura imponente. El gran salto cualitativo.

—¿Ahora? Pero si no hacen mas que caer frentes. Mira Latinoamérica. Y no digamos Africa. El Este… Y a mí que los checos me huelen a…

—Pero es que no sería, me tomas por tonto, una revolución como ellos, Marx, y Lenin, y los otros, previeron. Yo hablo de la acción imparable que ha de salir de los que están más allá de las clases…

Entonces, interrumpiéndoles, habló el camarada-vigilante que acababa de asomarse al ventanuco del pájaro y adivinó lo que podía pasar.

—¿No habéis oído? Arriba. Debe seguir ahí. El. O Ella. Pues claro, la Revolución. La hemos estado viendo estos días pasados, ¿verdad que sí? Para él resultó fácil: no tuvo más que ir recogiéndola y guardándola con esas manos suyas de pescador. Pero también está al alcance de las nuestras. Es cuestión de seguir probando. Nos falta práctica. Si insistimos con toda la perseverancia del mundo. Si resistimos. Si aprendemos bien lo que hay que hacer, aparecerá. Entonces sí que bajará. ¿No la respiráis en el ambiente?

Quedaron flotando en las literas estos presagios. Por poco tiempo.

Enseguida se oyeron ruidos en la era, pero no de las coces previstas de Bonastre. Se oyó una estridente voz de mando, ladridos de los perros enseñados, portazos de los coches y la casa, el martilleo de las armas montadas, la carrera de muchos pies, primero por la parte delantera y luego por la trasera de la vivienda; un golpe seco sobre el tocón de *Palma Hermosa*. Un silencio después, breve, antes del asalto.